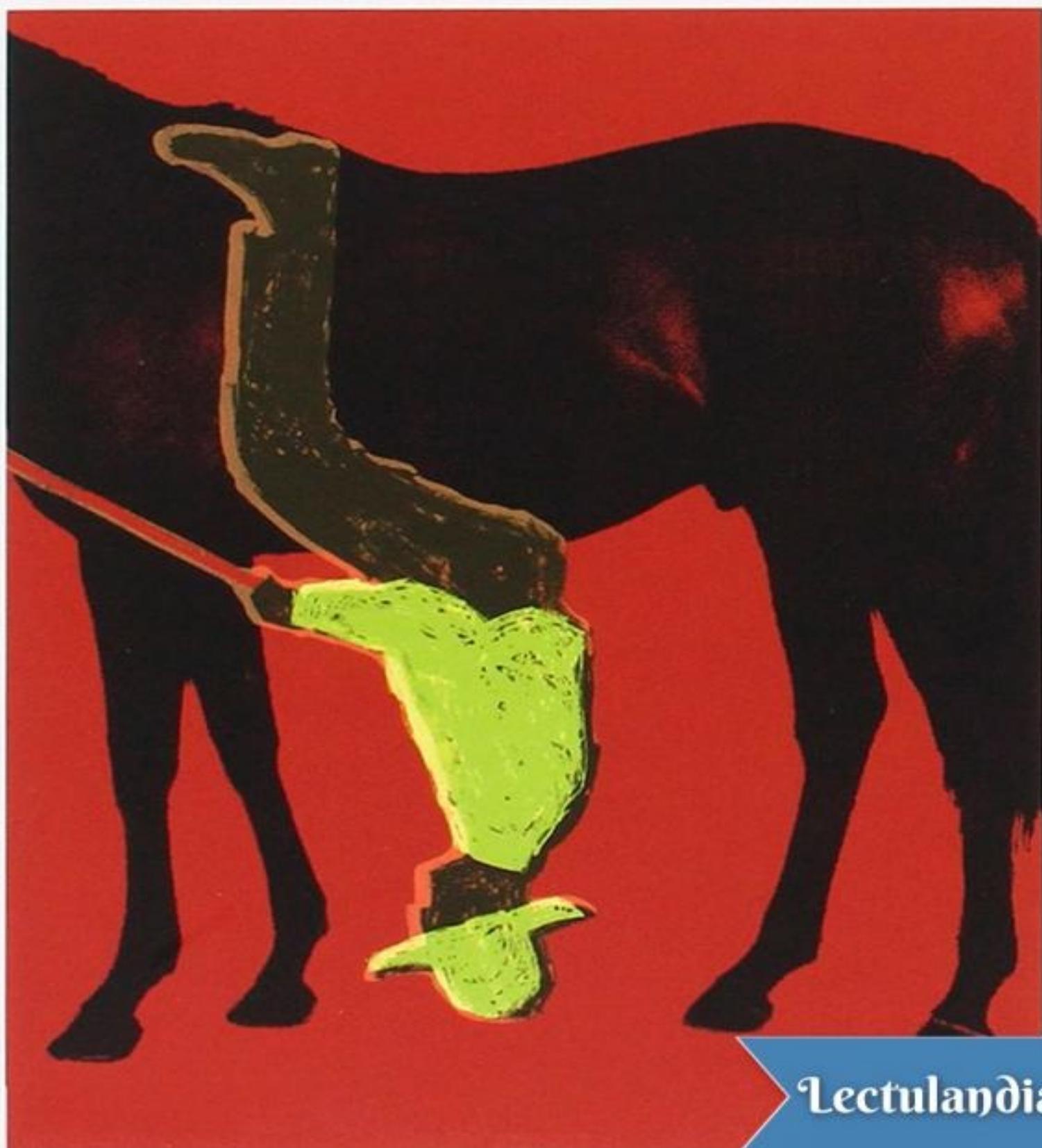


Robert Coover
Ciudad fantasma



Lectulandia

En *Ciudad fantasma* Robert Coover ha tomado prestada la forma clásica del western. Nada falta en esta novela: el forastero solitario que llega a la ciudad, tiroteos y peleas de salón, burdeles, robos de trenes y, por supuesto, la posibilidad de elegir entre la perturbadora cantante del salón o la maestra de mirada dulce. Con una energía intelectual prodigiosa y frases de una sublime belleza que nunca dejan de sorprender, Robert Coover reanima las epopeyas de Zane Grey y Louis L'Amour, y les añade ecos de Beckett, una fuerza cómica única y la prosa exuberante que lo han convertido en una de las figuras más influyentes de la literatura norteamericana contemporánea para deleitarnos con la pintura más viva del Viejo Oeste que se ha escrito en mucho tiempo.

Lectulandia

Robert Coover

Ciudad fantasma

ePub r1.0

Titivillus 16.09.2019

Título original: *Ghost Town*

Robert Coover, 1998

Traducción: Benito Gómez Ibáñez

Ilustración de portada: *Hombre montando un caballo al revés*, Hardie

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Para los miembros del American Place Theatre, que en 1972 puso en escena mi obra del Oeste *The Kid*: Joe Aulisi, George Bamford, Alice Beardsley, Beeson Carroli, John Coe, Steve Crowley, Cherry Davis, Jack Gelber, Bob Gunton, Wynn Handman, Grania Hoskins, Sy Johnson, Franklin Keysar, Kert Lundeli, Julia Miles, Roger Morgan, Jenny O'Hara, Albert Ottenheimer, Caymichael Patten, Neli Portnow, Don Plumley, David Ramsey, James Richardson, Dale Robinette, Edward Roli y Stanley Walden.

Yupi ti yi yupi yupi yii

Horizonte sombrío bajo un cielo vidrioso, desierto raso, matas de salvia, maleza, cerro lejano, jinete solitario. Es un territorio de arena, peñascos resacos y cosas muertas. País de buitres. Y él lo está cruzando. Porque: ahí es donde se encuentra ahora, y por ahí no hay motivo alguno para detenerse, ni tampoco para volver, no hay nada a lo que volver. Sobre su cabeza, un sombrero redondo de fieltro y ala ancha, viejo y arrugado, de color parduzco como la tierra circundante, protege del sol su enjuto rostro. Un pañuelo, tal vez rojo en otro tiempo, anudado al cuello, recoge el escaso sudor que, deshidratado y dolorido por la silla, alcanza a destilar. Un chaleco ligero y raído, camisa gris, zahones de piel deteriorados por el camino sobre unos vaqueros oscuros remetidos en botas puntiagudas con una costra de polvo, todo ello viejo y gastado, empapado por la lluvia, secado al sol y al viento y mugriento de polvo, ésa es la imagen del desolado jinete que, a paso lento y obstinado, atraviesa la desértica llanura. Lleva un revólver de seis tiros con culata de madera justo bajo las costillas, un cuchillo de caza con mango de cuerno de ciervo al cinto, y del pomo de la silla, con el cañón apuntando a su emparejada sombra, cuelga un fusil. Está curtido, quemado por el sol, y es tan viejo como las colinas. Pero no deja de ser un crío. Nunca será otra cosa.

Esto no ha sido siempre así. Antes había montañas, un terreno accidentado y peligroso, con riscos y abismos, ríos embravecidos en profundas gargantas y bosques espesos, de insociables habitantes. Ha sufrido mordeduras de serpiente, ataques de pumas y manadas de lobos, ventiscas y tempestades, congelación, embates del viento, tábanos, langostas y mosquitos, sin contar osos pardos, chinches, heridas de flecha; una cabellera negra, trenzada con conchas y abalorios, le cuelga de la cartuchera, aunque si le preguntaran no sabría explicar su procedencia, sólo es de algo que ha pasado, que ha debido pasar. Por entonces, puede que anduviera detrás de alguien, o de algo. O lo perseguían, una vaga amenaza a su espalda, eso es más o menos todo lo que recuerda de aquella época, una abrumadora sensación de peligro, si no de desesperación, que cargaba el ambiente cada vez que el cielo se ensombrecía o el camino se difuminaba. En cierta ocasión tuvo que enterrar a alguien, según recuerda, alguien que era como un hermano, sólo que el muerto en el

hoyo que había excavado no estaba muerto del todo, no dejaba de moverse ciegamente, apartando la tierra a patadas, en realidad era él mismo quien no dejaba de agitarse y retorcerse, el que pataleaba sin ton ni son, el que estaba abajo, en el agujero de la fosa, con la tierra salpicándole el rostro, pero entonces ya no era él, y el que era él salía a rastras de pronto y se ponía a agitar los brazos mientras la carne se le desprendía limpiamente del hueso como tocino en la sartén; así que se marchó de allí, para perseguir a alguien o que lo persiguieran, o simplemente para ir a otro sitio, para no ver cosas así.

Y luego un día, saliendo de un profundo cañón surcado allá en el fondo por un torrente bravío y espumoso, luchando todo el tiempo contra una especie de presión invisible que caía sobre él, casi palpable, como si un enorme pájaro se abatiera sobre su pecho para exhalar su último aliento, tuvo que desmontar finalmente y tirar del caballo, que respingaba con ojos enloquecidos, para pasar el último y temible desfiladero, y se encontró en esta inmensa planicie desierta, donde nada parece haber ocurrido aún y sin embargo todo parece haber terminado, concluido antes de empezar. Un espacio que está y no está, como un vacío monumental, espantoso y corriente a la vez. Como si el suelo que pisa el caballo, pese a toda su vastedad, fuera tan fino como el papel y se extendiera sobre la nada. No espera llegar al fin del mundo por aquí, pero tampoco espera no encontrarlo.

A donde quiere ir es a una ciudad allá lejos, en el horizonte, lo primero que vio cuando salió por el desfiladero y el cañón se cerró a su espalda. La ciudad sigue allí, plantada al borde como un portal que se abriera a la cara oculta del cielo. Unas veces desaparece tras una ligera elevación, para aparecer nuevamente al llegar a esa altura, con frecuencia como si no estuviera más lejos, a primera vista, a primera vista de él, que la última vez que la vio, como un espejismo que retrocede, cosa que probablemente es. Otras, no hay horizonte en absoluto, calcinado por el resplandor del sol o por el súbito borrón de la noche, y tampoco ciudad, por tanto, y su objetivo es más el recuerdo de un objetivo, pero él sigue avanzando y antes o después se muestra de nuevo, oscilando en la distancia como un trapo mustio agitado por el viento. No sabe cómo se llama ni siente necesidad de saberlo. Es simplemente el sitio adonde va.

Puede que se quede dormido a ratos, pero por aquí siempre parece que está oscuro y sin estrellas o que le da el sol de pleno, machacándolo como si lo acusara de algún crimen olvidado, simplemente un estado o su contrario como las dos imágenes del cristal de una linterna mágica que oscilaran de un lado a otro cuando él abre y cierra y abre los ojos. Nada se le puede acercar

subrepticamente mientras siga montado frente a todo ese vacío, de modo que es sobre la silla donde suele dormir, y comer también, en general sólo tiras de cecina de búfalo viejo, negras como el alquitrán y la mitad de sabrosas, que encontró en el caballo. No le vendría mal un abrevadero ni un poco de forraje para la bestia que lleva bajo las piernas, y donde más posibilidades hay de encontrarlo es en esa ciudad del horizonte, por insustancial que parezca. Por aquí, nada sino cactus achaparrados, plantas rodadoras y unos cuantos huesos viejos, alimento indigno hasta para los muertos.

Quienes lo persiguen, o parecen hacerlo, murmuran a su espalda como un viento seco provisto de ojos. Esa sensación de ojos en el aire es tan poderosa a veces que se ve obligado a estirarse y volverse en la silla para echar una mirada por encima del hombro, y un día, tras volverse de ese modo, descubre otra ciudad en el horizonte opuesto, una especie de imagen especular de aquella hacia la cual se dirige, como si viniera del mismo lugar al que se encamina. Un vapor en la atmósfera, supone, pero cuando mira de nuevo allí sigue, y más nítida que antes, como si le fuera ganando terreno. Y eso es lo que ocurre, porque a medida que los días, si es que son días, van pasando, la ciudad a su espalda se le acerca al tiempo que la de delante se aleja, hasta que acaba deslizándose bajo los cascos de su caballo y empieza a sobrepasarlo sin que él interrumpa su lento avance. Trata de dar media vuelta a la montura para hacer frente a ese suceso, pero el rumbo de la bestia está trazado y sin duda es incapaz de tener en cuenta nuevas instrucciones. Es una ciudad ordinaria la que pasa, vacía y silenciosa, hecha del desierto mismo con unas cuantas estructuras destartadas de falsa fachada de madera puestas en fila para que aparezca una calle en medio de toda esa desolación. Nada se mueve. Cuelga desfallecido un visillo de encaje en una ventana abierta, penden cuerdas inánimes de la horca y las barandillas de amarre, oscila pesadamente al sol, como la hoja de un hacha, un letrero sobre la puerta del salón. Con el rabillo del ojo percibe que un abrevadero lo adelanta perezosamente, y aunque espolea al caballo no parece capaz de alcanzarlo. Toda la polvorienta calle se arrastra lánguidamente de ese modo, dejándolo pronto en los límites de la ciudad y luego fuera. Da un grito en el extrarradio, pero sin convicción, y no obtiene respuesta, aunque tampoco la esperaba. De nuevo está solo en el desierto. La ciudad se va deslizando despacio delante de él y se aleja cada vez más hasta que desaparece en el horizonte y cae la noche.

Una pálida luz titila en el suelo del desierto como si una estrella en decadencia se hubiera desviado de su posición normal, y él la sigue hasta una hoguera sin calor frente a la cual se acurruca un grupo de hombres envueltos en sarapes y mantas de caballo, que fuman, beben y mascan: bandidos, a juzgar por su aspecto.

Mira lo que viene por ahí, dice uno de ellos, escupiendo en las débiles llamas.

¿Cres ques humano?

Ao mejor. Pue que no. Una mierda pinchá en un palo, más bien.

Él acaba de erguirse en los estribos para descansar un poco de la silla, pero cambia de idea y vuelve a sentarse. Un cazo de hojalata se agazapa al borde de la humeante fogata, inclinándose hacia las brasas como para burlarse de los hombres allí acurrucados y emitiendo un olor a café requemado que forma una nociva mezcla con la peste viscosa de las boñigas que arden.

Mimporta un carajo, dice otro, sin alzar la vista del ancho borde del sombrero flexible que le cubre el inclinado rostro, si no me lo pueo zampar o follar.

No parece bueno ni pa una cosa ni pa otra. A menos que ao mejor sea uno de esos maricones travestíos.

¿Tú cres? Este cabroncete no parece tener mucha barba.

Ven pacá, chaval. Agáchate y enséñanos tus credenciales.

Si hace mucho que no san bajao de la silla, te se quitarán las ganas de verlas.

Los hombres sueltan risotadas húmedas y expectoran un poco más. ¿Qué te traes entre manos, chico?, pregunta al fuego el del sombrero flexible, su voz áspera y hueca como surgiendo de una profunda fisura en la tierra a sus pies. ¿Qué haces por aquí?

Na. Sólo voy de paso.

Eso también parece hacerles gracia, por la razón que sea.

¡La leche! ¡Sólo va de paso!

¡Ésa sí ques buena!

Un mestizo tuerto envuelto en una manta hecha con remiendos levanta una nalga y suelta un pedo fulminante.

Lo siento, muchachos. Ése sólo iba de paso.

Será mejor proseguir la marcha, piensa él, y con ese propósito pica al caballo en los flancos, pero el mustang baja la cabeza en actitud de solemne renuncia, inclinado, al parecer, a no seguir adelante.

Bueno, chico, ¿y hacia dónde vas de paso?, pregunta un tipo acartonado de barba gris con sucios pantalones a rayas, camiseta roja y abollado sombrero hongo. A su lado, el hombre del sombrero flexible lía hábilmente con nudosos dedos unas hebras de tabaco en una fina hoja amarilla.

A esa ciudad de allá lejotes. Su fusil ya no cuelga del pomo de la silla, sino que descansa sobre sus piernas.

No me digas.

Pierdes el tiempo, chico. Allí no hay na.

Bueno, igual me vale.

Nunca llegarás, chaval.

No es más que una ciudad fantasma.

Pallá voy.

¡Ja!

Si tienes que ir a alguna parte, chico, dice el barba gris con camiseta roja y sombrero hongo, te aconsejo que arrastres el corvejón fuera del Territorio y te vuelvas pa casa. Ya mismo.

No pueo.

¿No? Sombrero flexible lame la hoja de tabaco, la aprieta. ¿Por qué no, chaval? ¿De dónde eres?

De ninguna parte.

Nadie es de ninguna parte. ¿Y tu familia?

No tengo a nadie.

Tol mundo tiene familia.

Yo no.

Eso sí ques alarmante. El hombre hace desaparecer el delgado cilindro amarillento bajo el borde sobresaliente del sombrero al tiempo que un tipo alto y feo, con un sombrero de copa plana lleno de agujeros y un pelo tieso y enredado que le cae como una telaraña sobre la peluda camisa, se mete en la boca otra buena porción de tabaco y le pregunta como se llama su mustang.

Pos eso.

¿Y qué es eso?

Mustang.

Joer, eso no es un nombre. Lanza un salivazo contra el cazo de hojalata, para freírlo.

No necesita otro.

No me tomes el pelo, chico. Ese jamelgo debe tener un nombre como es debido.

Si lo tiene, no me la dicho.

Este muchacho es un sabidillo, ¿que no?

Si él no, el jamelgo sí.

Dime, chaval, dice sombrero flexible, que tiene una cerilla sin encender frente al cigarrillo recién liado. Y na de cuentos. Mimporta una mierda lo del puto caballo. Pero ¿cómo te llamas?

No lo sé mu bien. ¿Cómo te llamas tú?

Lo llamamos Papi Yano, dice un chepa entrecano con un grasiento bigote de manubrio cuyas puntas le caen hasta la clavícula como una réplica lineal de la oscura deformidad de detrás de sus orejas. En razón de que ya no lo hace más. Y sueltan otra amarga carcajada, todos menos el aludido, que enciende el cigarrillo.

Así que, ¿por qué no tapeas de ese bicho deprimente y pasas un rato con nosotros?, dice el mestizo tuerto, sin sonreír.

Él los mira sin expresión, sabiendo lo que va a pasar ahora, aunque ignore de dónde le viene ese conocimiento.

Sabéis una cosa, dice un pobre diablo escuálido de mandíbula torcida, tirándose de la nariz verrugosa, este jovencito no es mu simpático, en mi opinión.

Parece que está pegao al puñetero caballo.

Ni que estuviera casao con él.

Mira, muchacho. Techo una pregunta, dice sombrero flexible, enderezándose sólo un poco, de forma que la punta encendida del cigarrillo resulta visible en el tenebroso vacío que se abre bajo el ancho borde, las manos hincadas como garras en las rodillas.

El jinete desliza el dedo por la culata del fusil hacia el gatillo, removiéndose en la silla en busca de mayor estabilidad, y en el súbito silencio la silla cruje perceptiblemente como una puerta que se abre de golpe bajo él.

Y yo te he contestao, viejo, dice.

Nadie se mueve. Hay un largo y funesto silencio durante el cual aúlla un lobo en alguna parte y caen estrellas dispersas, que surcan la tenebrosa bóveda como colillas desechadas. Luego se apagan y todo se detiene. Se prolonga tanto, ese silencio atónito de estrellas, que empieza a dar la impresión de que no va a acabar nunca. Como si el tiempo los hubiera abandonado a todos, convirtiéndolos en piedra. El jinete, con el caballo rígido y frío bajo las piernas, siente que a su propio corazón se le acaba la cuerda. Sólo sus manos son capaces de moverse. Las utiliza, luchando contra el letargo que lo aprisiona, para alzar el cañón del fusil y disparar al del sombrero flexible. El impacto le estalla en el pecho, el sombrero sale volando,

los labios sueltan el cigarrillo y el hombre se derrumba de espaldas en el suelo del desierto. Con eso, las cosas se tranquilizan un poco, el mustang resopla y se mueve bajo él, el cielo gira de nuevo, los demás lo observan con recelo pero recobrado ya, más o menos, su estado animado. Mascan. Escupen.

No tendrías que haber hecho eso, chico, refunfuña el feo del pelo enredado.

Él vuelve a colocarse el fusil sobre las piernas. No tengo la culpa. Que hubiera desfundao.

Joer, ese joputa ni siquiera iba armao.

Es ciego, chaval. No ve na.

Era.

El hombre al que ha disparado yace con los brazos abiertos en el suelo del desierto, mirando al cielo de la noche con ojos, según ve, blancos como lunas.

Te has cargao a un viejo ciego y desarmao, chico. ¿Qué alegas en tu defensa?

Él hace avanzar a su caballo hasta el muerto, se inclina sobre la silla y recoge el cigarrillo caído. No un bandido, como había supuesto, después de todo. Lleva una placa de sheriff, con la estrella atravesada por la bala de su fusil y negra de sangre. Puede que deba matarlos a todos. A lo mejor es lo que esperan. En cambio, se pone el cigarrillo a medio consumir entre los labios cuarteados, da unas caladas para avivar la brasa y, sin mirar atrás, deja esa fastidiosa compañía y se aleja lentamente.

Es mediodía, la calle principal de la vaporosa ciudad que ha estado eludiéndolo tanto tiempo circula ahora bajo los pesados cascos de su mustang como si de pronto hubiera arreglado algún problema mecánico. La calle, con sus desvencijados edificios de madera grisácea destacándose sobre la infinita desolación, está vacía y silenciosa y sin embargo llena de ecos apenas audibles, un alboroto lejano de voces murmurantes, quizá barridas hacia la ciudad por el cálido viento del desierto. El letrero de un salón cruje con desgana en ese viento parlante, ronzales deshilachados cuelgan despreocupadamente de las barandillas de amarre, un visillo de encaje aletea en una ventana abierta. Partículas de polvo se congregan en espirales aéreas que danzan en la calle como ahorcados con los brazos atados a la espalda para disolverse de pronto y, con la misma rapidez, reagruparse de nuevo en el viento.

Desmonta y, pasando frente a una vieja calesa con una rueda rota, conduce su caballo al abrevadero. Sólo un lecho de polvo seco en el fondo de hojalata. A un extremo, junto al combado poste de un porche, encuentra una bomba de agua con la manivela oxidada, y la acciona una vez. Sin resistencia. Como zarandear el brazo de un esqueleto. Bajo el letrero del salón sobre su cabeza, pende de unas cuerdas atadas una pequeña tabla con la palabra HABITACIONES, pero lo que le llama sobre todo la atención es el anuncio CERVEZA FRÍA rudimentariamente escrito y clavado sobre la puerta. Fusil en mano, pasa por las puertas batientes y entra en la densa tiniebla del salón, preparado para cualquier cosa, pero ese cualquier cosa no sucede. El local está oscuro y desierto, hace más calor dentro que fuera. Hay una dispersión de sillas y mesas derribadas, lámparas rotas, unas cuantas botellas vacías, cubiertas de polvo y tiradas por el suelo, pero nada para acariciarle la garganta. Un viejo piano de cola, con una pata derrumbada, descansa en cuclillas en un rincón, enseñando los amarillentos dientes en una amplia sonrisa, las cuerdas rotas brotando desordenadamente como cabellos erizados. Por una escalera cubierta de telarañas se sube a la vaga sugerencia de las habitaciones anunciadas. Ninguna promesa allá arriba, y el tenue y susurrante murmullo se oye más por aquí, el modo en que sopla el viento por las ventanas destrozadas, quizá, así que vuelve a salir a la luz cegadora, con el polvo crujiendo bajo la suela de sus botas en los tablones del piso.

Su caballo se ha dado un paseo hasta las afueras de la ciudad. Lo ve a lo lejos, la cabeza gacha, la grupa al viento. Buscando agua, probablemente. Se encamina hacia él pero lo distrae un letrero pintado en la mugrienta ventana de un viejo edificio de madera: ¡ORO!, dice. OFICINA DE CONCESIONES. La puerta cuelga de los goznes desprendidos. Dentro, hay una silla giratoria y un escritorio de tapa corrediza detrás de un mostrador, todo ello recubierto de una espesa capa de polvo depositada por el tiempo, y sobre el mostrador, una baraja de cartas frente a una indicación: COJA UNA. Las coge todas, les da la vuelta: un mazo de naipes corrientes, pero con ciertas coordenadas escritas a tinta por ambos lados. Se guarda en el bolsillo la jota de picas, tira las otras sobre el escritorio para levantar polvo, y vuelve a salir a la calle.

El mustang se ha alejado aún más, ya casi perdido de vista. Intenta silbar para que vuelva pero tiene la boca seca, de modo que se dirige a buscarlo una vez más, maldiciendo para sus adentros. El viento cargado de polvo, con breves rachas irregulares, le tira del ala del sombrero y le agita el andrajoso chaleco, mientras el caballo sigue alejándose a medida que él avanza. Como si intentara sacarlo de ese lugar. O meterlo en líos. Se observa a sí mismo

como desde una gran altura mientras avanza a grandes zancadas por la abrasada calle de bancos y salones abandonados, ferreterías, tiendas de confecciones y comestibles, establos y burdeles, dispuesta en el suelo del desierto como dos líneas paralelas trazadas en una pizarra para practicar caligrafía entre las cuales el texto escrito fuera su paso, sinuoso, cruzado y puntuado, sin ningún significado, y desde esa elevación recuerda algo que un agente del orden le dijo en otro tiempo. Vivir por aquí es una mierda, chico. No tiene más sentido que escribir con la picha en la arena cuando sopla el viento. Y empeñarse en ello, a sabiendas, sufriendolo, es una perfecta idiotez. Una locura, en realidad. Pero continuar haciéndolo, enfrentado a una mierda así, a esa verdadera futilidad y estupidez, a tal locura..., eso, muchacho, es jodidamente sub-*blime*.

Esa elevada perspectiva se desbarata de pronto, con lo que de nuevo se ve transportado al suelo y detrás de sus dos ojos cuando, frente a esos mismos ojos, aparece, al otro lado de la mugrienta ventana de una casa bastante alejada del centro de la ciudad, una hermosa mujer, muy pálida, de cabellos oscuros recogidos en un moño apretado y toda vestida de negro, que lo está mirando con fijeza, como para formarse una opinión, o con deseo. Se detiene, agarrando el fusil y el sombrero en la calle azotada por el viento, paralizado por la inviolable pureza de su rostro enmarcado, como un sueño que cobra vida; pero cuando, aturdido, da un paso hacia ella, la mujer desaparece de la vista. Al llegar frente a la casa, atisba por la ventana, pegando la cara al cristal y haciéndose pantalla con una mano ahuecada: una habitación desolada, casi sin muebles, con dos largas mesas para enanos y una docena de sillas rectas con las patas serradas, sin utilizar desde hace mucho. Ni rastro de la mujer. Si es que la ha habido. Probablemente no. No más probable que el hecho de que el susurrante zumbido de su cabeza lo traiga realmente el viento caprichoso. Es el acoso del puñetero sol. Que sigue dándole tan de pleno como al principio, cuando llegó.

Ni rastro de su caballo tampoco, nada sino otro espectral remolino de polvo que viene y va por donde lo ha visto por última vez. Aunque en tan absoluta soledad no pueda imaginarse cómo se le ha ocurrido tal cosa, piensa que se lo pueden haber robado, o que el caballo mismo se ha dejado robar. Pero entonces descubre al perverso animal más atrás, junto al salón, cerca de la calesa, hociendo una vez más en el abrevadero vacío. Ha debido dar un rodeo para volver cuando él no estaba mirando. Lo llama y el caballo alza la cabeza con expresión afligida, para luego darse la vuelta. Él avanza de nuevo en su dirección, las botas empiezan a hacerle daño, pero cuando se asienta una

cortina de polvo que el viento levanta brevemente, el mustang ha vuelto a desaparecer. En su lugar, en la lejanía calcinada por el sol, vienen cuatro o cinco jinetes a medio galope, con polvo brotando en menudas explosiones bajo los cascos de sus caballos, dando la impresión de que avanzan sobre nubes manchadas. Se detienen frente al salón en silencio absoluto, desmontan sobre su propia sombra, amarran a sus animales a la barandilla, y, con los pasos de sus botas inaudibles como si la acera de tablones estuviera hecha de plumas de ganso, desaparecen tras las puertas batientes. Aun sabiendo perfectamente que de eso no puede salir nada bueno, entra después de ellos.

En el salón, los parroquianos se dan palmadas en la espalda, juegan a los dados, beben, ríen, se pelean. Oído entre el brumoso jaleo: el suave revés de cartas que se distribuyen, el *¡fuiit! ¡zop!* de salivazos que no acaban en la escupidera, el *tric-tric-clac* de ruletas y ruedas de la fortuna. Dame otra, dice un tipo grueso con bigote y canotier, golpeando las cartas que tiene en la mesa con el puño cerrado. Sirven cerveza de barril. Arrancan una oreja. Un individuo calvo y huesudo con camisa blanca, tirantes amarillos y corbatín negro aporrea el piano de cola, contra el cual se apoya una mujer pechugona con mucho colorete y estrafalarios tirabuzones anaranjados, cantando una canción sobre una buena chica que fue por mal camino. Va vestida, como alguien que él ha visto hoy, toda de negro, salvo por los volantes carmesíes de la blusa, y en la perforada mejilla lleva, como un lunar, un alfiler de rubí, además de una llave de latón, brillante como el oro, colgada de una cinta negra entre los empolvados pechos. El gordo del canotier recibe un guantazo y se tambalea de espaldas hacia el pianista, que sin dejar de tocar con la mano izquierda alza el codo derecho para darle un mazazo que lo manda de cabeza contra y casi a través de la pared. ÉSTA ES UNA CASA DECENTE, dice un letrero justo encima. Los demás jugadores de cartas vacían los bolsillos del gordo y se reparten sus ganancias.

Voy a matar a ese chepa cabrón, le murmura alguien al oído.

¿A quién...?

Te toca, socio.

Suena un disparo, y por alguna parte relincha un caballo como presa de súbito pánico.

¡Eso es una machá, predicador! ¡Se lo advierto!

¡Ahorra saliva y pon la pasta, tonto los cojones!

Vale, doblo y le machaco, cabeza melón. ¡Venga, da cartas!

¿Vas a tirar los jodíos dados, chico, o te los vas a comer?, le preguntan. Un pequeño círculo de hombres encolerizados lo mira malamente por encima de unos rostros mal afeitados, con las narices picadas de viruela reluciendo bajo la lámpara de petróleo.

Lo único que quiere es una cerveza, cualquier cosa húmeda, pero el cubilete de cuero a cuyo alrededor se ha cerrado su mano sólo contiene un par de dados de marfil. Al otro extremo del local, la cantante lamenta con pesar la suerte del jugador que ha apostado y perdido, una por una, todas las partes de su cuerpo. Él agita los dados en el cubilete. Cómo sufre esta noche, oye que alguien dice a su espalda. Pue que se ponga cachonda con eso, aventura otro. ¿No cres?

Oye, chico, le llama la atención un viejales bizco de pelo grasiento con una levita negra de jugador que le llega hasta las rodillas: ¿Qué te juegas ahí? Como no tiene otra cosa, tira el sombrero sobre la mesa, agita otra vez el cubilete, lo lanza y gana todos los sombreros. Algunos refunfuñan en voz baja. El viejales frunce receloso el ceño, hace girar los dados sobre las esquinas y acaricia una derringier con culata de ébano que lleva en el bolsillo del chaleco.

Él engancha el pulgar en el cinturón, al alcance del revólver. Por si acaso. ¿Alguno de estos sombreros vale una cerveza?, pregunta, y todos empiezan a gruñir mientras se los tiran, furiosos.

Entretanto, se arma una pelea detrás del piano, frente a la rueda de la fortuna, que gira despacio. Es el de la oreja arrancada. Estoy harto de todas las fanfarronás que sueltas por la boca, grita, con la sangre chorreándole por la mejilla como una cascada por un acantilado, y el indio mestizo con bolsas bajo los ojos a quien se dirige lanza un grueso gargajo hacia la escupidera y contesta: Y con razón. Ése es el problema, tío, dice el de la oreja arrancada, sacando del pantalón una pistola con el cañón recortado que hunde en la ancha nariz rojiza del mestizo. Antes de que llegue a apretar el gatillo, sin embargo, el pianista calvo, durante el largo y peligroso compás entre el estribillo y la estrofa (la dama está ahora en plena canción de amor sobre un héroe legendario que expiró súbitamente a manos de un pistolero itinerante y «ha ido a recibir su recompensa, benditas sean sus grandes botas puntiagudas»), se levanta de pronto y le da un tremendo cabezazo. El cráneo del hombre de la oreja solitaria revienta con el *paf* que haría un cuenco de barro y los sesos se le derraman como gachas de avena en cuanto toca el suelo, momento en el cual comienza la siguiente estrofa y el pianista ya está de nuevo en el taburete. Nadie presta mucha atención a todo eso.

Vuelve, vaquero, y haz lo que antes nos hacías, gimotea la cantante, aunque más que nada al ahumado techo, tumbada como está sobre el piano de cola mientras los parroquianos esperan en fila para turnarse con ella. A través del trajín y la nacarada luz del salón, él alcanza a ver que lleva enaguas negras y, enganchadas a un tobillo que se agita, unas bragas negras.

Por lo visto aquí está de moda el luto, observa en tono amistoso al que atiende el mostrador, forzando una sonrisa en sus labios cuarteados.

El otro refunfuña. Aquí, siempre lo está. Es un individuo alto y flaco, de pelo tieso y grasiento hasta los hombros, que da la impresión de tener un desagradable insecto allá arriba, el vientre posado en lo alto de la cocorota. Bueno, ¿y qué pueo hacer por ti, forastero?

Whasky. Doble. No es lo que quiere, para nada. Lo que ansía son ocho o diez litros de agua. Pero se dice que ahí hay cosas que puede conseguir y otras que seguramente no.

El alto y feo camarero, fulminándolo con la mirada, las manos apoyadas en el borde del mostrador, sacude la cabeza con aire inquisitivo, mandando a sus greñas a dar un paseo. Ah. Le ofrece el acribillado sombrero de copa plana que acaba de ganar al viejales, el mejor del lote pese a todo el deterioro acumulado, pero el camarero lo rechaza con un gesto. Una sed realmente formidable le atenaza la garganta y está dispuesto a dar a cambio todas sus pertenencias, incluidas las armas y el mustang, suponiendo que el caballo siga en los alrededores. Entonces se acuerda de la carta de la oficina de concesiones y la tira sobre el mostrador.

Se hace un súbito silencio. El camarero da un paso atrás, dejando caer las manos a los costados. La mujer se incorpora en el piano, con la falda negra levantada hasta la cintura, y los hombres vuelven a subirse subrepticamente los pantalones. El pianista sigue sentado, impávido, las manos sobre las piernas, mirándolo fijamente, igual que hacen los jugadores de faro, de monte y de dados, todas las manos suspendidas en el aire. A su espalda, la imponente rueda de la fortuna gime y chirría en incesantes y lentos giros.

¿Quién es ese chico?, oye que alguien murmura, aunque no se mueve labio alguno.

Algún pistolero, seguro.

¿Tú cres?

¡Echa un ojo a la cabellera de indio que le cuelga del cinto!

Pero si no es más que un mocoso. Y sólo lleva un revólver.

Que se vea.

Fusil, tamién. Un cuchillo...

El camarero de pelo de chinche, que parece haber encogido quince centímetros, pone un vaso de whisky en el mostrador y, con mano trémula y una sonrisa en la boca, toda dientes de oro, se lo llena a rebosar. Antes de que pueda cogerlo, sin embargo, le arrebatan el vaso. Es el hombre desorejado a quien se le salen los sesos, que está de nuevo en pie. ¿De dónde has sacao ese naipe, forastero?, le pregunta, rompiendo el silencio sepulcral, balanceándose con aire inseguro de acá para allá bajo la lámpara de gas colgada en el techo. ¿De donde has sacao esa jota negra que sólo tiene una oreja? Todo el mundo los está mirando. No pretendía llamar la atención sobre sí mismo, pero por lo visto eso no es nada fácil por aquí. Dámela, chico. Dame esa carta.

Él se encoge de hombros. Qué coño, mimporta un pito. Ten, pues quedarte la jodía cosa.

¡Maldita sea!, brama el hombre, la cara roja de rabia, a ambos lados de la hendidura. Surge una daga, la hoja fulgurando a la amarillenta luz de la lámpara. ¡He dicho que quiero esa jota negra!

Y yo he dicho que te la pues quedar.

¿Me vas a dar esa puta carta, chico, o tengo que matarte pa cogerla?

Está bien, dice él, viendo lo que va a pasar y preparándose. El hombre se abalanza sobre él con la daga, los sesos al aire temblequeando como natillas grisáceas: desvía la estocada, que le rebana limpiamente el andrajoso chaleco desde la sisa de la manga al dobladillo de abajo. Saca velozmente su cuchillo y, cuando el desorejado se lanza de nuevo hacia delante, le sepulta profundamente la hoja en el vientre. El hombre da un traspiés, mirando con asombro y confusión el mango de cuerno de ciervo que le sobresale del estómago, órgano que poco a poco lo va aspirando hasta hacerlo desaparecer. Incluso la perforada camisa parece remendarse a sí misma a medida que se va hundiendo el mango. El hombre alza la vista bajo la grieta del cráneo, le dirige una sonrisa torcida, abre la boca como para burlarse de él, y le sale un borbotón de sangre. Se le ponen los ojos en blanco y se derrumba de espaldas. Le sigue saliendo un reguero de sangre de la boca. Luego se le abren los labios y el mango del cuchillo emerge lentamente como una lengua rígida. Los parroquianos se congregan alrededor para ver cómo va surgiendo, inclinándose muy de cerca como para descifrar un mensaje en los hilos de sangre que fluyen entre las ranuras del mango de cuerno de ciervo. Es una ofrenda que se le hace, o eso parece, una especie de regalo, o desafío, que él acepta, cogiéndolo, como asistiendo al parto de los labios del hombre. Nada fácil. Igual que arrancar un cuchillo clavado profundamente en un tronco, es como si el hombre lo aspirase o lo mordiera con fuerza. Un manantial de

sangre sigue a la retirada de la hoja, obligando a retroceder, con un grito ahogado, a la gente congregada. Él limpia la sangre del cuchillo en la camisa de franela del hombre, lo guarda de nuevo en el cinturón y se vuelve hacia el camarero, que le entrega una reluciente llave de latón colgada de un cinta de terciopelo negro. Indica las escaleras con la cabeza. No, gracias, dice él, devolviéndole la llave. Sólo dame una maldita copa. Pero el camarero ha desaparecido, el mostrador también, y la llave que tiene en la mano extendida se desliza en la cerradura de una puerta.

Esperándolo en la habitación, en una mesa puesta con mantel de brocado, hay una gran jarra de cerveza fría y un plato de huevos con judías sobre pan de maíz frito. Su apetito es tan desmesurado que todo eso, consumido de pie, pasa como aire, pero alivia un poco, si no el hambre, al menos su ansiedad — a un festín así, siempre puede sucederle otro—, y siente que su espina dorsal, triturada por la silla de montar, se afloja como el arco de un violín bruscamente retirado de las cuerdas. La habitación está llena de voluminosos muebles tallados que no son de aquí, la cama, de alto cabecero de madera, cubierta de edredones y extravagantes colchas, las ásperas paredes disimuladas con papel satinado, unos visillos de encaje agitados frente a las ventanas abiertas como revoloteantes mariposas. ¡Mariposas! Se frota la hirsuta barbilla, quemada por el sol. Maldita sea. No piensa en esas extrañas criaturas desde que entró en el desierto. Que ha sido un poco como caer enfermo. Durante un tiempo interminablemente largo.

Detrás de un biombo pintado a mano hay una bañera de madera llena de agua caliente con espuma que, seguramente, han preparado para él. Igual que todo lo demás aquí, esa cama, con su cabecero tan atrayente como la fachada de un salón, a su debido tiempo. Se desata de la cartuchera la cabellera trenzada, lo deja todo, cinturón, revólver y cuchillo, sobre la mesa, contra la cual ya ha apoyado el fusil, se acomoda luego en una lujosa butaca de alto respaldo para quitarse las botas, respirando por la boca para evitar el tremendo hedor. Se pone frente a un espejo con marco de roble y se quita el resto de la ropa, el chaleco destrozado y la vieja camisa gris, zahones y vaqueros, así como los harapos deshechos y malolientes que una vez fueron ropa interior de una pieza, observando en la azogada superficie, bajo el sombrero que le oscurece los rasgos, su escuálida y ulcerosa figura, llena de costras y cicatrices, una visión bastante malsana en general, pero que comparte con la pálida viuda de cabello negro que ha visto antes y que ahora

está a su espalda en el reflejo, observando con calma, respeto y compasión su descarnado estado.

Se vuelve para encararse con ella pero ya no está. La habitación sigue tan vacía como antes. Tal como él, en cierto modo, se había figurado.

Se desata el trapo rojo, ennegrecido de sudor, de alrededor del cuello y, vestido únicamente con el sombrero de ala ancha, se mete en la bañera, donde sus pies, tan recientemente liberados, se deleitan con la emoliente función del agua humeante, aderezada con ciertas sales de baño cuyo aroma evoca tierras lejanas, un país donde crecen flores, o crecían. Que es sin duda lo que le trae especialmente las mariposas a la cabeza. Permanece erguido un momento, dejando que se le deshinchén los pies, que se le empapen de esa dicha recién hallada, se pone luego en cuclillas para que sus partes pudendas y su trasero, bastante magullados, se habitúen al calor, para acabar metiéndose del todo, hasta la barbilla, y entonces los párpados se le cierran como postigos de hierro sobre los ojos, cuya dura mirada se ve obligada a dirigirse al interior, a las más suaves sensaciones que, como una familia de pronto encontrada, lo abrazan por todos lados.

El agua perfumada no está del todo quieta sino que, removida quizá por su entrada, parece formar remolinos a su alrededor como si se bañara en un murmurante arroyo nutrido por fuentes termales, un manantial que se limpia a sí mismo al tiempo que lo limpia a él. Se siente flotar, acariciado por las corrientes que lo cosquillean, arrullado jabonosamente de pies a cabeza como si estuviera en manos de una ninfa acuática o una princesa india, que le toca en las partes más tiernas, trasmutando el dolor en dulce delicia, experta como lo son todas esas criaturas de la naturaleza en las artes de la sanación por el agua, o eso le han contado. Intenta abrir los ojos, no puede, y se rinde a las sedosas caricias, aceptándolas por lo que parecen ser y muy probablemente son, todas las muertes que ha visto y causado ya borradas, al tiempo que olvidadas, o casi. Dándose la vuelta en el agua para abrir todos sus intersticios a las tiernas atenciones acuáticas, o femeninas (según se las representa), siente que el agua cobra volúmenes como de muslos líquidos, removiéndose con él, y con partes esponjosas entre medias y labios cálidos que besan y cosquillean, depurándole la mente y el espíritu en la misma medida en que le purifican el cuerpo, el suyo y el de ella también, con los pechos desnudos tan suaves como la espuma que le roza dulcemente cuando se mueve el agua. Nada de ropa de luto en ese mundo acuático, nada de ropa en absoluto, porque ella, al igual que él, como todos los seres vivos de este valle feliz de clima tan benigno, siempre va desnuda, en pelota viva, como suele decirse, sin nada

encima de la mañana a la noche salvo conchas y abalorios entretejidos en su negra melena. Ahí, donde él se encuentra ahora, todo va al unísono con el amor y la naturaleza, y todo lo que es cierto, digno y natural en una pasión es auténtico y legítimo. Tal como ella le enseña con su silente y voluptuosa aquiescencia.

¿Cómo ha ido a parar a un lugar así? Puede que se haya perdido, o que lo enviara el ejército, lo persiguieran agentes de la ley, anduviera buscando resueltamente algún secreto tesoro o el conocimiento de sí mismo, o tal vez lo hayan capturado y traído a esta tierra extraña, sin ropa, atado, con los brazos y piernas abiertos en el suelo del desierto para torturarlo y matarlo, pero rescatado en el último momento por la única hija del gran jefe, que pone su cuerpo inocente a horcajadas sobre el suyo de condenado, inmovilizando la mano de su padre con su tierna súplica mientras se arrodilla sobre él, vestida simplemente con sus tintineantes conchas y abalorios, rara visión jamás vista por él hasta entonces, y que, pese a lo extremo de sus circunstancias, suscita en él la más profunda agitación, cuya evidencia se yergue ante los pasmados ojos como un tótem hostil erigido en la árida llanura; lo que a su vez provoca en los hombres de la tribu una emoción contraria y, presa de la rabia compartida por todos ellos, un joven guerrero, uno de sus hermanos o de sus pretendientes, o ambas cosas, se acerca tambaleante con un tomahawk para cercenar la abominable cosa. Para salvarla de la destrucción, o simplemente para ocultarla a la vista, la hermosa princesa pagana se empala en ella, gritando de súbito dolor, arqueando la cobriza espalda mientras una cascada de sangre cálida le chorrea entre las ingles. Como un bautismo, piensa él, una bendición, una dulce salvación, y su cuerpo prisionero descarga agradecido sus propios jugos bullentes en el húmedo interior de la princesa como una revelación torrencial. Ya no hay elección. Lo han liberado, pero no es libre: uno de ellos.

La vida en la tribu, que fluye del mismo modo en que el río sigue su cauce, aunque siempre armoniosa en esas idílicas tierras vírgenes, no es siempre indolora. Para iniciarlo en sus ejemplares costumbres, sus nuevos hermanos juegan a darle patadas en la cara, arrojarle fuego y flechas para que las esquivé, a untarlo de aceite de mofeta y a dejarlo colgado al sol de los pies sin agua ni alimento durante una semana, lo encierran en una jaula con serpientes de cascabel, le atraviesan el escroto con afiladas plumas de halcón, le cortan un dedo y lo mandan a luchar en pelotas con un oso negro de más de dos metros de altura. Le enseñan sus propias cicatrices y mutilaciones para demostrar que no la están tomando con él, que sólo es para divertirse, parte de

su cándido modo de vida. Cuando le instruyen en el arte de arrancar cabelleras, le proporcionan un coyote salvaje para hacer prácticas, sin informarle de que suele ser prudente —lección que aprende casi de inmediato al perder otro dedo— matar al dueño de la cabellera antes de querer pasarle el cuchillo por el cráneo, y las consecuencias de su ignorancia procuran un nuevo entretenimiento a sus hermanos paganos, imperturbables pero atentos a todo.

Aquí todo da placer o si no a la mierda, ésa es la esencia de su religión, según llega a entender. El niño blanco, por ejemplo, adoptado superviviente de una u otra matanza, quizá la misma en la que fue capturado él —si lo fue—, es el juguete preferido de la tribu hasta que su llanto colicoso perturba el sueño del jefe, padre de su novia india, con lo cual le piden que coja de los pies a la berreante criatura y le reviente la cabecita contra un árbol, que es uno de los trabajos más fáciles que le han encomendado. En comparación, digamos, con la ardua tarea de desollar búfalos, curar luego sus pesadas pieles, coserlas para hacer tipis, capas, mortajas, tallar los huesos para fabricar cuchillos y puntas de flecha, azadas y dados, hacer jabón con la grasa y cepillos para el pelo con la lengua, odres con el vientre, hilo para los tipis y cuerdas de arco con los tendones, y sonajeros con el escroto vaciado. Todo eso, con su característica paciencia y tolerancia, le enseña a hacer la tribu. Y también cómo rebanar pescuezos, representar espíritus de animales, domar mustangs a pelo, lanzar mocos a los perros, comerse las liendres de sus propios sobacos, dar serenatas a su amada con una flauta mágica y cantarle melodías inspiradas en los bramidos del alce en celo.

La muchacha india, mientras, lo ama abierta y libremente, con un amor tan puro y sanamente ingenuo como libre es su tierra natal de los males del mundo civilizado del que él procede, según evidencia su reveladora palidez y su penosa ignorancia del protocolo del tipi. Ella le da de comer, lo baña y le venda las heridas infligidas por sus hermanos y adorna su cuerpo desnudo con gorros corniformes y colgantes de plata enganchados en tiras de cuero, acogiéndolo generosamente en todos sus orificios. Le cura el dolor de vientre con col de mofeta y menta silvestre, le chupa el cerumen, le echa la buenaventura. Tras examinarle las manos y los ojos y estudiar las entrañas de un tejón muerto, profetiza que, cuando pasen numerosas lunas, su vida anterior lo llamará de nuevo y la abandonará a ella y a sus nuevos hermanos, condenándola a morir de tristeza, si no le ocurre algo peor. Él no lo cree, y se lo dice golpeándose el pecho tal como le han enseñado pero, en cierto modo, sabe que es verdad.

Primero, sin embargo, deben casarse, algo que él suponía ya hecho, equivocadamente, y en preparación de ese acontecimiento se requiere una ceremonia purificadora especial, conocida como la danza del novio errante. El hechicero le practica unos agujeros en el pecho a cada lado de los pezones y se los ensarta con unas clavijas de madera atadas con cuerdas de cuero, para luego hacerle bailar al extremo de las cuerdas hasta que se le arrancan las clavijas. Si no se desprenden, lo cuelgan al poste central de la cabaña del hechicero, con los tobillos y el miembro viril cargados con cráneos de búfalo (una especie de bendición, le aseguran sus hermanos con compadecidos movimientos de cabeza y guiñándole el ojo sin alegría), hasta que las clavijas se sueltan, mientras los demás guerreros lo pinchan rítmicamente con lanzas y flechas y le graban símbolos religiosos en las nalgas. Afortunadamente, una vez extirpada la primera clavija, le dicen, la segunda no tarda en salir, pero entretanto el dolor es tal que sólo permanece consciente parte del tiempo, con pesadillas recurrentes sobre la podredumbre de la civilización, los horrores del cosmos tal como se representan en el reino animal y las visiones del futuro pronosticadas por su futura esposa: sí, la abandonará; así se lo dice el tremendo dolor que atenaza su corazón. Tal vez le dirá su triste adiós cuando esté acostado junto a ella en el bosque de hayas, en donde brincan las ardillas, apacientan los ciervos y canta el nostálgico cardenal. O cuando la disfrute por detrás mientras está agachada en la orilla del río lavando las camisas ceremoniales y el taparrabos de su padre, montándola como un caballo y tirándole de las trenzas como si fueran bridas. O quizá espere hasta que compartan un último y placentero baño. Ella ha vaticinado que acabará despidiéndose, no será una sorpresa, y sin embargo su bello rostro parece ensombrecerse y aplanarse por la conmoción cuando se lo dice, se entornan sus ojos, se alzan de rabia sus pómulos, se espesan sus labios con una furia indecible. Al momento siguiente, le atenaza la garganta con sus fuertes manos y de pronto se encuentra sumergido en el agua, luchando por su vida. Agita desesperadamente los brazos pero no llega a encontrar el resto del cuerpo de ella, sólo sus manos de afiladas uñas que se cierran sobre su tráquea y lo van hundiendo cada vez más.

—*¡No! ¡Para! (¡glup!) ¡Me... (blub) quedo! Me...*

Respira hondo y, frente al espejo de marco de roble, examina su nuevo atuendo: camisa de gamuza con flecos y bordada de abalorios, muy suave y descolorida hasta ofrecer un matiz dorado, polainas a juego, botas nuevas y

relucientes con espuelas de plata y grabados de tiroteos, estampidas y fuegos de campamento, gran sombrero blanco de vaquero, pañuelo de cuello de seda blanca y una cartuchera repujada a mano. Todas esas prendas le sientan de una forma que no le resulta familiar, como si se hubiera hinchado durante el largo baño. Está bien afeitado, le han cortado el pelo y hecho la manicura. Al ponerse unos guantes de cabritilla blancos como la nieve, finos como piel nueva, se cuenta los dedos: están todos. Sus viejos andrajos han desaparecido, nada queda de ellos salvo su arrugado sombrero de ala ancha, que flota sobre la mugre jabonosa de la bañera, y la cabellera trenzada prendida a su nueva cartuchera. De donde también cuelga un par de plateados Peacemaker, con grabados y culata de marfil y, en su propia funda de cuero crudo, su viejo cuchillo de caza, muy limpio y pulido, tan brillante que puede verse en la hoja, mientras en el mango de cuerno de ciervo se aprecian nuevas incrustaciones de plata que parecen resaltar su historia más reciente. Toquetea todo eso, meditativamente, y también el nuevo Winchester allí apoyado, con culata de caoba labrada a mano y adornos de cobre, mientras piensa en su viejo sombrero de fieltro, en un tiempo de color tostado, más oscuro ahora que está todo empapado, flotando alicaído en la superficie fría y gris del agua del baño como una balsa abandonada en el río. O la espalda hinchada de algo muerto hace mucho.

Eh, vaquero. Es la cantante del salón de tirabuzones anaranjados y el rubí en la mejilla, recostada en la cama con camisón de seda negra provisto de aberturas para exhibir sus empolvados pechos con puntas de rubí. Él observa el panorama, se vuelve luego, coge el fusil de cañón largo para comprobar su peso y equilibrio. Buen alcance, fácil de hacer puntería pero quizá menos letal en distancias cortas, y es de cerca como en general tiene que matar aquí en el desierto. Quizá tenga que recortarlo unos centímetros. Ven pacá, cariñín, y consuela a una pobre viuda con el corazón mu triste y el chochín solitario, que padece una súbita y horrenda privación.

Lo siento, señá. No se me dan mu bien las condolencias.

Entonces acércate y ponte a menear el mondongo en mi jodío aparato, que no es mu quisquilloso sobre tus intenciones.

Otra vez será, ao mejor.

No seas tan cruel, chico. ¿No ves cómo sufro? ¿Qué es lo que te preocupa, de tos mos?

No lo sé. Él suspira, alza la vista. Ve que ahora tiene los pechos algo caídos, han perdido frescura, los pezones apuntando al vientre con espíritu abatido. Creí que mahogaba.

Ella ve cómo la mira y se coge los pechos con las manos para que le apunten de nuevo a la cara. Ven aquí, encanto, le dice. Vamos, acurrúcate en ellos y cuéntamelo.

Na que contar. Estaba debajo el agua. Y luego ya no.

Pues, vaya, válgame Dios, como dice la gente decente. Pero acércate más. To este duelo ma taponao las orejas, y no te oigo bien desde tan lejos.

No importa. Él se da la vuelta para mirarse en el espejo, pensando en por qué está tan bien vestido. Se siente sumamente poderoso y sin embargo muy vulnerable al mismo tiempo. Extraño territorio. Todo ese espacio vacío, donde la vista alcanza a kilómetros de distancia. Pero resulta imposible librarse de la impresión de que, siempre que se vuelve, tiene a alguien o algo a su espalda.

Ya sabemos que estás de lo más macizo, corazoncito, pero no está bien que te lo guardes pa ti solo. Venga. Da un achuchoncillo a esta buena chica. No es mucho pedir, ¿eh?

Lo siento, señá. Tengo algo que hacer. Ni mimagino lo ques, pero entre esos tíos de abajo y yo hay una historia, y hay que acabarla.

¡Estos hombres! ¡No valen pa na! ¡Ya ves cómo tratan a una dama!

Sí. Bueno. Él abre la puerta, sale al rellano, amartilla el fusil. Sus botas nuevas rechinan sobre la suciedad del piso. Utiliza el arma para apartar las telarañas: una penumbra susurrante por todas partes. Abajo, en el salón oscuro y desierto, los muebles están volcados y rotos en un desorden adornado con naipes, viejas botellas vacías, fichas de póquer, algún que otro sombrero destrozado o una bota con el tacón arrancado, vestigios de otra época más gozosa, ya pasada. Hace mucho: todo lo recubre el polvo como una mortaja quebradiza. Junto a la destrozada rueda de la fortuna, el piano de cola ha caído de rodillas, y le sonrío con un rictus amarillento, fiel reflejo de la inquieta mueca que siente extenderse por sus propias mandíbulas: vuelve a la habitación de la que acaba de salir y cierra la puerta de golpe.

Vaya, dice la voz desde la cama, qué sorpresa tan inesperada. Siempre contenta de tener visita.

Ahí abajo no hay nadie, anuncia él.

Debe ser que aún no están preparados pa recibirte, dice ella, dando palmaditas a las almohadas de satén negro, a su lado. En la mesilla de noche hay una botella y dos vasos, y ella ha encendido un cigarrillo del que emana un olor dulzón. Parece que intentas matar el tiempo, vaquero.

Sí, bueno. ¿Es que se puede hacer otra cosa con él?

Ella sonríe y sus pechos vuelven a la vida. Eso está mucho mejor. Ahora ven pacá, guapo, que voy a enseñarte cómo se quitan esos pantalones tan bonitos.

Esta vez los parroquianos lo están esperando cuando sale de la habitación, aún atándose las polainas. Antes de que pueda desenfundar, lo agarran y lo estampan contra la pared, y piensa que es hombre muerto. Pero lo levantan bruscamente en el aire y lo bajan a hombros por las escaleras hasta el atestado salón, entonando a voz en cuello «Destetado y domado», y el pianista jorobado con su camisa blanca y sus tirantes amarillos aporrea la presunta melodía mientras los demás siguen el ritmo dando palmadas y patadas en el suelo y golpeando las botellas contra las mesas.

Lo depositan sobre una mesa de juego redonda en medio del local y se apiñan a su alrededor, cerrándole el paso hacia el suelo o la puerta. Abrirse camino a tiros sería posible, supone, pero las cosas podrían ponerse feas y de todos modos adónde iría sino a ese desierto abandonado de la mano de Dios, así que de momento se yergue en toda su estatura y los mira impassible, las manos en las caderas, esperando los acontecimientos.

¡Eh, chicos, fijaos lo *fardón* que va!

¡Joo-eeer! ¡Como si llevara una lámpara en las tripas!

¡Me deslumbro sólo con mirar pallá!

Hay un extraño olor en el aire, que no ha traído él. Tarda un momento en darse cuenta de que huele a carne recién asada. Su nariz se empapa de esa rareza igual que el desierto absorbería un súbito chaparrón. Los hombres que tiene a sus pies, ahora lo ve, agitan huesos rebañados a la parpadeante luz de las lámparas, tamborilean con ellos en las mesas, gritan y ríen a través de trozos de carne a medio masticar, que acompañan con vasos de whisky. Invita la casa, por lo visto. Sobre las greñudas y ensombreradas cabezas, al otro lado de las puertas batientes, es de noche en la calle. No sabe en qué se le ha ido el día.

¡A tu salud, campeón!, grita un barba gris de ojos bizcos con un canotier sin tapa, alzando el vaso para vaciarlo inmediatamente de un solo trago. Remata el brindis con un eructo retumbante que los demás, rodeándolo, remedan sonoramente. Golpean los vasos vacíos contra las mesas y sirven otra ronda de whisky, que alimenta la creciente agitación.

¡Uaah! ¡Qué pestuzo tan agradable!

¡Como el de un coño caliente en la mano!

¡Pero mirad esos revólveres de plata, fijaos!
¡Y esas botas de postal!
¡Y el cuchillo con todas esas tachuelas!
¡Qué refinao!
¡Un vaquero mu distinguío, hombre!
¡Seguro que tamién tiene tachuelas en el nabo!
¡Después de to lo que habrá hecho allá arriba, será mu duro encontrárselo!
¡Ja! ¡Podrá ser duro encontrárselo pero seguro que no se lo encuentras duro!

Sueltan estentóreas y agrias carcajadas, dan gritos y silbidos, trasiegan whisky, sirven más. Él no sabe dónde está la gracia pero, sea lo que sea, seguro que el centro es él. Le gustaría bajarse del pedestal para escapar a su mirada pero entre los cuerpos apiñados a su alrededor no hay hueco alguno. Se siente como una botella puesta encima de una piedra para hacer prácticas de tiro. El chepa de dedos de araña inclinado sobre el piano ha cambiado a «Yo no he sido», canción sobre un pistolero que convence al juez de que es su revólver quien ha cometido el asesinato, y no él, así que el juez deja libre al pistolero y ahorca al revólver, y todos los demás se unen ahora en el estribillo, soltando risotadas, dando gritos y lanzando huesos de chuletas al aire.

¡Yo no he sío sío sío, no!

No le vendrían mal unos segundos para ocuparse de alguna de esas sobras pero no lo puede decir, y nadie pasa lo bastante cerca de él para coger algo. Pero entonces, inesperadamente, el jorobado remeda un redoble de tambor y una fanfarria metálica, un pasillo se abre entre el gentío del salón, y un mestizo indio de ojos soñolientos con pantalones de banquero, camiseta roja y sombrero de copa avanza por él como salido de la rueda de la fortuna, que no deja de girar, llevando ceremoniosamente una fuente de barro rebosante de viandas de alguna especie.

¡Ahí llegan, chico!, dice un hombre alto con bigotes de manubrio y una horrenda cicatriz que le cruza el rostro. ¡Hemos guardao la mejor manduca pal final!

¡La crema del crimen!

¡La hemos reservao pa ti!

¡Cremos que te las *mereció*!

¡Necesitas rellenar la carga, chaval!

En la fuente de barro hay un par de enormes testículos crudos, aún sangrantes, que palpitan como un corazón peludo. Se le ocurre entonces que

lo más probable es que se estén dando un festín con su caballo. No, gracias, contesta, ya he comío.

Sabe perfectamente que esa débil negativa no va a servirle de nada, y así es. Me temo que esas ostras de la pradera, tan frescas, son todas pa ti, tío importante, le anuncia inequívocamente el anciano bisojo, lanzando un gargajo que resuena en una escupidera invisible, mientras los demás, cerrando filas de nuevo, le cantan a coro con escalofriante insistencia. Hay revólveres desenfundados por todo el salón.

De mala gana, coge el recipiente que le ofrecen a la fuerza. Los sonrientes parroquianos se apelmazan en torno a la mesa para presenciar su colación, chupándose los dedos grasientos de las manos que tienen libres, trasegando botellas hasta la última gota.

¡Cuidao, chico! ¡No te manches de grasa esos flamantes pantalones de gamuza!

¿A que son bonitos? ¡Suaves como el satén!

¡Suaves como las cachas de la seño! ¿No es verdá, chaval? Como no responde, le repiten la pregunta: ¿No es *cierto*, chico?

No sé, contesta cauteloso, cogiendo el dudoso manjar y oliéndolo. Nunca he visto las cachas a la seño.

Eso les arranca más gritos y carcajadas, haciéndoles disparar las armas. Si pudiera cogerlos desprevenidos podría salir de allí, pero no se le ocurre nada para pillarlos por sorpresa. ¡Venga, zámpatelo, coño, gruñe cuando se atenúa el jaleo el larguirucho de la cicatriz y el cráneo reluciente, apuntando a la fuente con el cañón de su pistola, no nos hagas cabrear!

Los testículos tienen el sabor externo de esponjas tendinosas empapadas en orines con un fuerte tufillo al ojete del mustang, pero él contiene el aliento y se los mete en la boca, sin dejar de observar a sus vigilantes por si descuidan su insistente atención. Si ha tenido alguna esperanza de pasar rápidamente esa prueba, la perspectiva se desvanece pronto. El escroto, duro y correoso, no cede a sus rechinantes dientes y al final, para no vomitar, tiene que tragarse entero el sanguinolento amasijo, proceso que parece durar una eternidad y que, según piensa, podría costarle la vida. Sin duda, toda idea que haya podido albergar sobre desenfundar sus nuevos revólveres y abrirse camino a tiros queda por completo eliminada por las sofocantes náuseas que se apoderan de él y le hacen doblar las rodillas. Cierra los llorosos ojos para concentrarse en la simple tarea de ingurgitar y cuando, una vez que el amasijo se desliza por fin hacia su estómago, los vuelve a abrir, ve que su cartuchera y sus pantalones de gamuza han desaparecido y que se ha abierto un pasaje

desde la mesa al piano de cola. Peor aún, se siente invadido por una rijosidad tremenda, tan poderosa y perturbadora que la amenaza de clavarle tachuelas de plata en su órgano, tan súbitamente dilatado ahora, parece menos espantosa y más bien un medio de procurarle alivio. Tiene la sensación de que se le va a reventar como una salchicha que se hincha en la sartén.

¡Ja! ¡Parece que los cojones de ese penco han hecho efesto!

¡Hora de que conozca a la seño!

Vuelcan la mesa por detrás; pierde el equilibrio, dándose con las desnudas nalgas en el tablero, cae al suelo. Al otro lado del pasaje, sumida en la aflicción, sujeta sobre el piano por los hombres del salón, está la pálida viuda que ya ha visto dos veces. Se dirige a ella con paso vacilante, decidido a rescatarla, o eso le parece, siente empujones y codazos por la espalda, y se ve impulsado hacia delante por su propio miembro estremecido. La viuda está llorando, brazos y piernas inmovilizados, sacudiendo la cabeza de un lado a otro, su moño prieto y oscuro deshecho en esa angustia, el vestido negro retorcido en torno al cuerpo. Grita alarmada cuando percibe el inflamado estado en que él se encuentra, se vuelve bruscamente a un lado, suplicando piedad. No se preocupe, señá, no pasa na, jadea él, agarrándose con ambas manos el ofensivo elemento, pero no está seguro de que sea verdad. Ni siquiera puede dominarlo; no hace más que escapársele de las manos, brincando con su propia vida aparatosa.

Ahí la tienes, chico, gruñe un escuálido mequetrefe bizco con patillas. ¡A por ella!

¡No pueo! ¡Acabo de... hartarme!

No, na de eso, contesta el mequetrefe, con los ojos girando en direcciones opuestas. De *esto* no se harta nadie, vaquero.

Nadie se la beneficiao, hijo. Te la estábamos reservando.

Le arrancan el corpiño, le levantan las faldas, dejando al descubierto la enmarañada complejidad de su ropa interior. Y también la proximidad de su carne, su imponente profundidad, bajo la frágil envoltura. Es ese envoltorio, la delicada armadura negra, lo que está resuelto a defender con su vida si es preciso, incluso cuando sus manos, motu proprio, lo hacen trizas. Las cierra para enterrar las uñas que desgarran y los puños que golpean brutalmente el aire como si trataran de escapar al gobierno de sus brazos. No tenga miedo, señá, yo ya me iba, dice resollando mientras que, con la fuerza de un toro encabritado, acopla de golpe las caderas entre sus muslos abiertos a la fuerza y la incontenible violencia de su cuerpo lo aterroriza tanto a él como a la mujer que forcejea bajo sus piernas.

Por tol fuego del infierno, ¿qué te pasa, chico? ¿No sabes cómo meter el puto chisme?, rezonga un individuo gordo con perilla, corbatín negro y levita de paño negro de jugador. Con irritación, tira la colilla del puro y le agarra el encabritado órgano para encaminarlo a su sitio. El colmo. Sus puños voladores se mueren de ganas de lanzarse y chocar con algo sólido: con alivio, se vuelve a un lado y da un mamporro al gordo en la cara con tal fuerza que le hunde completamente la roja nariz en la cabeza; tiene que dar un fuerte tirón para sacar el puño antes de que el hombre caiga redondo hacia atrás, la perilla apuntando ahora hacia lo alto como un plumero sobre el tierno agujero fruncido entre los ojos, ahora tan juntos como dos bolas de billar que se besan.

El puñetazo le ha distraído por un momento el espíritu y las manos de su tempestuoso asalto, pero no ha impedido que el miembro persiga su propio objetivo. Embiste ahora contra la última defensa de la aterciopelada puerta, mientras la viuda alza los dolientes ojos hacia él y le suplica que rece con ella, por favor, antes de cumplir sus desesperados designios, indicando con la cabeza una Biblia que tiene al lado en la tapa del piano. Con mucho gusto, señá, jadea él, mientras sus manos agarran la Biblia como si quisieran despedazarla (¿acaso ha roto ya su última línea de defensa?; es algo suave, peludo, ¡húmedo...!) y en su interior, oculta entre páginas recortadas, encuentra una vieja pistola con culata de cuero negro: la saca bruscamente y acribilla a la escoria que lo rodea, empezando por los ebrios palurdos que sujetan las extremidades de la viuda. Los muertos caen como plomos de cañas de pescar, los vivos se dispersan como aspirados del local por un huracán, y él siente en las ingles un golpe prodigioso que lo ciega por un instante con su explosiva intensidad.

Cuando vuelve a abrir los ojos, despatarrado sobre el piano de cola con las desnudas nalgas al aire, el salón está vacío salvo por los cadáveres que yacen como abultados sacos de arpillera y el pianista jorobado, solitario, sentado al teclado con sus tirantes amarillos y un cigarrillo liado a mano colgando de los hepáticos labios, aporreando una melodía que él reconoce como una nana burlona. Incluso la hermosa viuda ha desaparecido, así como todo vestigio de su potente emisión, la Biblia, la pistola de culata negra, la tremenda lubricidad. Pero sus pantalones de gamuza han aparecido, están colgados en el respaldo de una silla cercana, junto con su cartuchera y sus elegantes armas nuevas, los guantes blancos de cabritilla con los extremos de los dedos cortados.

¿Qué relación tiene con la ley, joven?, le pregunta el pianista en torno al oscilante palillo de tabaco mientras él baja de la tapa del piano para coger sus pantalones y ceñirse de nuevo la cartuchera. Algo más elegíaco sustituye ahora a la canción infantil. Un canto fúnebre, quizá.

Ninguna. ¿Eres el sheriff?

No. Sólo un ayudante. Andamos escasos de sheriffs. ¿Busca trabajo?

Me parece que no, contesta él, pero ve que no tiene más remedio. Ya lleva una placa prendida en la camisa de flecos: una estrella con las puntas dobladas, atravesada por un agujero de bala y negra de sangre.

Qué tal, sheriff.

Eh, sheriff, ¿cómo van las cosas?

Los transeúntes lo saludan afablemente por la calle y se alzan el sombrero cuando su ayudante y él salen del salón y caminan por la acera a la vidriosa luz de mediodía. Se toca el borde del sombrero para responder, apretando con la otra mano el fusil amartillado, aún no muy seguro de las verdaderas intenciones de esos tipos. Llevan a rastras a un hombre rollizo de cara roja con un arrugado sombrero de copa y traje con chaleco hacia un cadalso sin erigir del todo en medio de la calle polvorienta.

¿Qué está pasando aquí?, quiere saber, porque piensa que preguntar por esa clase de actividades públicas es propio de sus funciones.

Ah, no es más que el jodío banquero, sheriff. No es justo que tenga toda esa pasta y nosotros na, así que vamos a lincharlo. Los bolsillos del gordito rebosan de acciones, títulos y papel moneda, mientras le sobresalen billetes del ala del sombrero y de la parte de arriba de las botas. Un reguero de hojas de papel, que el viento del desierto dispersa, sigue su rastro desde las puertas del banco.

Pero ¿no hay que juzgar a un tipo antes de colgarlo?

¡Noo, sheriff! ¡Pos vaya!

No tenemos tiempo pa esa clase de gilipolladas.

Bueno, no llevo mucho en este puesto, pero no me parece muy legal.

Por esta parte lo es, sheriff. Así es como se hace.

No estará pensando en jodernos la vida, ¿verdá, sheriff?

No pienso joder na. Sólo quiero hacer mi trabajo como es debido.

La turba se detiene y le corta el paso, como instándolo a dar su aprobación si no quiere enfrentarse a graves problemas, los rostros oscurecidos por las negras sombras proyectadas por el borde de los sombreros. No les tiene

miedo, incluso está tentado de enfrentarse a esa escoria, pero puede que tengan razón con respecto a la ley, quién sabe, él es nuevo en este tipo de trabajo. Bueno, está bien, dice, aclarándose la garganta. Sólo por esta vez, entonces.

Se queda mirando mientras, exhibiendo sus amarillentas y sombreadas sonrisas bajo el ardiente sol de mediodía, la turba arrastra al condenado hacia el cadalso. Su escuálido ayudante, encorvado junto a él con un cigarrillo entre los hepatolabios, ha guardado silencio hasta ahora, y él no está tranquilo, como si hubiera dicho y hecho menos o más de lo que hubiera debido. Bueno, ¿tú qué dices, ayudante? Tiene la impresión de que la insignia recientemente prendida a su camisa de gamuza está en contacto con su propia piel, el redondo agujero de bala bien ajustado en torno a su pezón izquierdo como un molde de galletas al rojo vivo. Lo mismo que atarse un cordel en un dedo para no olvidarse de algo y luego prenderle fuego. ¿Qué deberíamos hacer, exactamente?

No lo sé, contesta su ayudante, cogiendo la colilla entre el pulgar y el índice, pequeños y nudosos. Lanza un lapo que describe una curva de dos metros hasta el abrevadero, vuelve luego a ponerse el cigarrillo en la boca. Supongo que quizá deberíamos ir hacia el banco.

El ayudante se sube los pantalones de un tirón y, sin prisas, balanceándose de adelante atrás sobre sus arqueadas y cortas piernas, echa a andar despacio en esa dirección y el sheriff lo sigue como si de verdad tuviera una razón para estar allí. Bueno, puede que sí. No tiene ninguna para estar en otra parte, y desde luego es mejor que arrastrar su desdichado culo completamente solo por ese desierto. Hasta ahora siempre se ha sentido tan fuera de lugar como la sombra de una nube, como una vez le dijo un vaquero agonizante describiéndose a sí mismo en el momento de diñarla, aunque no sabe si era por elección, azar o causas naturales. Sólo que siempre ha andado de un sitio a otro, como si estar en movimiento fuera lo mismo que respirar y renunciar a lo uno significara poner fin a lo otro. Quizá ese vaquero moribundo se lo contagiara como una infección o unas ladillas. Aunque hubo una época, bien se acuerda, o eso le parece, en la que durante una breve temporada sentó la cabeza y se dedicó a criar ovejas en un rancho. Una noche ganó veinte dólares jugando al keno y con eso adquirió el rancho entero, lo que incluía un centenar de ovejas, un campo de patatas, una mujer y seis o siete críos, un buen negocio, según le pareció, aunque el ranchero a quien se lo compró, un mastodonte barbarrubio con acerados ojos azules, sonreía cuando le cogió el dinero. Aprendió a criar ovejas, esquilas y sacrificarlas, trabajó mucho y

podría haber vivido como un ovejero de la pradera hasta el fin de sus días, porque parecía valer la pena, aunque a decir verdad aborrecía cada momento que allí pasaba. Pero entonces, un día se presentaron los ganaderos, mataron a toda su familia y prendieron fuego al rancho, exterminando a las ovejas, arrancando las patatas y meando por todas partes para matar la hierba y echar a perder todo lo comestible, y aquello fue el fin de su aventura de granjero por veinte dólares. Recuerda haber contemplado aquella vasta extensión de ovejas muertas empapadas de orines como si fuera ayer. Yacían como nubes caídas del cielo en un húmedo bochorno, tan indecorosamente fuera de lugar como él en aquellos campos llenos de maleza, y, sin mencionar su desdichada condición ni mostrárselas, logró cambiárselas a un vecino por un penco viejo y renqueante, y se marchó de aquella parte del territorio para nunca más volver. El recuerdo que guarda de la familia que tuvo durante ese tiempo es menos importante. Sólo se acuerda de que antes de que los asesinaran comían más de la cuenta. Cierta tiempo después, se encontró con el hombre que le había vendido el rancho, y el tipo, que se había hecho leñador y había trabajado en los ferrocarriles, observó mientras bebían un vaso de whisky en agradable compañía que la adquisición de un terreno equivalía a reivindicar una sepultura y, por tanto, a poner un fin demasiado prematuro a las cosas. La muerte es más divertida, le dijo, poniendo el revólver sobre la mesa y haciéndole un guiño con sus cansados ojos azules, si dejas que se presente por sorpresa en sitios en donde creías haberla esquivado.

Su ayudante y él siguen el rastro de papel moneda por la calle abrasada por el sol hacia el banco, y cuando pasan frente a la oficina de concesiones, que por lo visto ha cruzado de acera y dado media vuelta desde la última vez que la vio, oye que hay una ruidosa disputa en el interior. ¡Yo digo que eres un maldito badanas más feo que un pegote!, oye que grita un hombre, al que otro contesta: ¡Y yo digo que te voy a reventar el jodío ojo del culo! Hay unos tiros y un individuo sale a través del cristal de una ventana.

Oh, oh. Creo que deberíamos ir a ver lo que pasa, ¿eh, ayudante?, pregunta él, llevándose la sudorosa mano enguantada de cabritilla a la culata del revólver.

Venga, sheriff, maldita sea, si deja que le distraiga cualquier mierda de na, ¿cómo coño vamos a hacer nuestro trabajo?

Parece que su ayudante ha perdido la joroba durante el paseo y ahora tiene que quitarse el sombrero y agachar la calva para entrar en el banco. Dentro, el local está destrozado, los muebles rotos y amontonados, las ventanas como picadas de viruelas a balazos, los muros de adobe plagados de obscenidades,

y dinero tirado por todas partes. Entra un chico pequeño detrás de ellos, coge una moneda y el ayudante gira en redondo y lo mata de un tiro. Es que no soporto los mocosos ladrones, gruñe en torno a su pardo cigarrillo mientras recoge el cadáver del chico y lo cuelga en un perchero. Su ayudante tiene una fea cicatriz, según ve ahora, que cruzándole un ojo le atraviesa la otra mejilla. Podría resultar difícil reconocerlo a no ser por los tirantes amarillos. Sabe una cosa, sheriff, dice con el cigarrillo oscilando como un dedo admonitorio, a la hora de hacer justicia parece usté un poco lento en desenfundar.

Eh, sheriff, ya era hora de que viniera por aquí, saluda el cajero, guardándose los anteojos en el bolsillo y ajustándose los elásticos de las mangas. Con to lo que está pasando, ni dios ha venío a sustituirme, y me muero de ganas de echar un trago. Así que, ¿qué le parece si ocupa un momento mi lugar mientras su ayudante y yo nos vamos a remojar el gaznate?

Pero si yo no sé na de banca.

Coño, ni yo tampoco, sheriff. Un puto misterio, eso es lo ques.

Su ayudante le pasa por el hombro un brazo huesudo y frío, echándole un aliento que huele a cuero podrido, y le murmura al oído con voz ronca: No pierda de vista las pepitas de oro de aquella caja fuerte, sheriff. Y cuando el cajero y el ayudante, agachando la cabeza y riendo amargamente, lo dejan allí, él se dirige a inspeccionar la caja fuerte: ni pepitas ni nada, sólo cagarrutas de ratones y unas cuantas moscas enfermas. Intenta, de todos modos, cerrar la pesada puerta de acero, que entonces se desprende de sus goznes cayendo de golpe sobre el suelo de madera con un estruendoso ¡catacrás! Le pasa rozando la puntera de las botas nuevas y manda por los aires billetes de banco que aletean como gallinas queriendo remontar el vuelo, o como hojas muertas agitadas por un súbito vendaval, recuerdo de una olvidada época de árboles, de bosques enteros, antes de que él pisara el desierto.

Se quita los guantes de cabritilla para airearse un poco las manos y luego, a falta de mejor inspiración, se pone el cigarrillo en la comisura de la boca (ahora recuerda que, antes de marcharse, el ayudante le puso su cigarrillo a medio fumar en los labios como una especie de adelanto sobre su salario y luego, esbozando una tortuosa sonrisa, le apretó bruscamente la placa con un dedo largo y huesudo, produciéndole un malestar agudo en todo el cuerpo semejante a un súbito dolor de muelas en el pecho), coge una escoba y se pone a barrer el dinero desperdigado, amontonándolo en un rincón. El edificio, muy caluroso y sin ventilación, tiene un olor a humedad de sótano que le da escalofríos, igual que el cadáver del chico allí colgado, con un

hombro más alto que la cabeza a causa de la percha, el otro oscilando flojamente bajo el agujero de la mandíbula, medio arrancada del disparo. Es una visión tan desagradable que le produce rabia, y lamenta que todo eso de hacer de sheriff, a lo que le va a costar acostumbrarse, según presiente, le impide simplemente correrse una juerga y pillarse una tajada monumental para luego ponerse a disparar contra cosas y pisotear a un montón de gente hasta que llegue a calmarse un poco. Recuerda algo que en cierta ocasión le dijo un agente de la ley, o quizá fuese un forajido con quien anduvo de socio durante un tiempo: El orden público, muchacho, le dijo, es un poco como cagar con regularidad; en general te hace pasar mejor el día, pero de vez en cuando la gente necesita un acceso violento de diarrea sólo para no sentirse taponada y mantener el espíritu de lucha.

Mientras medita sobre el aspecto mierdero de la ley y cómo podría influir en su nueva carrera, entra la cantante de los tirabuzones anaranjados y el rubí atravesado en la mejilla, acompañada de cuatro o cinco hombres enmascarados con pañuelos, y se acerca a la reja de la caja.

Aunque la mujer tenga aspecto de albergar probablemente malas intenciones, la saluda amablemente y le pregunta si quiere hacer un depósito.

No, pero te estaría mu agradecida si lo hicieras *tú*, sheriff, responde ella con un guiño, pasándose la mano izquierda por la entrepierna y apuntándole con una pistola con la derecha. En realidad, cariño, esto es un atraco.

Bueno, suspira él, tendría que deteneros a tos, pero aquí no hay na que valga la pena robar. Las pepitas de oro ya han desapareció.

Lo sé, sheriff, las robamos nosotros hace poco. Lo que hemos venido a buscar hoy es la insignia de plata que llevas.

No, eso no os lo pueo dar.

¡No irás a decirme que estás dispuesto a morir por esa estrella de hojalata!

No. Pero tampoco os la voy a entregar.

¡Vaya, qué enérgico es este tío!

¡Qué va, se le va la fuerza por la boca!

Me parece que conozco a este joputa, Belle, dice uno de los forajidos que la acompañan, un tuerto de barba gris y nariz gruesa, por lo que él puede ver detrás del pañuelo. Es el tipo que se cargó a Big Daddy.

¡No me digas!

¡Coño, Belle, vamos a dar una zurra a este escuchimizao y a quitarle la estrella!

¡Sí, y toa esa ropa elegante tamién!

¡No me vendría na mal una chaira como ésa!

¡Eh, no saquéis los pies del tiesto, muchachos! No vamos a tocarle las pelotas al sheriff cuando está tan cabreado. Ya habéis visto lo que es capaz de hacer cuando pierde los estribos. La cantante se sube un pecho como para colocárselo bien en la copa y lanza una larga mirada, cariñosa y apreciativa, a sus dorados pantalones de gamuza para luego alzar la vista y guiñarle un ojo con aire soñador, rascándose la entrepierna con el cañón de la pistola. Mejor birlamos otra cosa.

Joer, Belle, se queja uno de los bandidos, un alfeñique de ojos saltones con las orejas tatuadas como telas de araña. San llevao to lo que valía la pena llevarse.

Bueno, dice la cantante con aire lánguido antes de que la pistola se le dispare entre los muslos, con la bala rebotando por el vestíbulo vacío del banco como un avispon furioso; él se agacha antes de que pase silbando, choque en el marco de acero de la caja fuerte y cambie allí varias veces de rumbo antes de salir por una ventana, por donde, al otro lado y al sol de mediodía, se oye un aullido, difícil saber si animal o humano. Cuando él alza la cabeza, con los revólveres desenfundados, observa que en las faldas de la cantante hay un agujero que le permite ver como por una mirilla al otro lado, y allí sólo hay dos o tres hombres cuando antes eran más. Ella lame de manera insinuante el cañón de la pistola humeante y dice: Está ese chico que cuelga de ahí. Supongo que lo podríamos robar. ¿Qué te parece, sheriff, cariño?

¿El chico? Está más bien fiambre.

Lo sé. Ese pijolín no valía una boñiga de vaca cuando estaba vivo, pero en su estado actual tiene algunas cositas que se pueden vender. O comer.

¿Qué dice, sheriff?, pregunta un gordo enmascarado que lleva zahones anchos y un chaleco de tejido suave hecho jirones, rasgado de la sisa al dobladillo. ¿Lo resolvemos a tiros o qué?

A través de la reja observa a la cantante y a su infame banda, cansado de la conversación y preguntándose si quizá debería elegir otra profesión, como la de buscador de oro o cuatrero. O tal vez asociarse con la cantante y su cálido y empolvado busto; ¿quién es él para reparar injusticias y castigar el mal? El agujero en las faldas atrae su mirada como hacia un horizonte lejano y brumoso que es a la vez, bien lo sabe, una promesa y la ausencia de toda promesa, y por tanto una engañifa terrible y fatal, y le trae a la memoria otra cosa que dijo aquel ovejero de ojos azules, o quizá fuera el vaquero agonizante: Por estos pagos no hay na por lo que valga la pena morir, amigo, le dijo, salvo si puedes escoger tu propia muerte, y si mueres por eso tampoco

eliges na. Entre medias, sigues corriendo aventuras debido a esa inquietud generalizá en la que vive la humanidá y porque el fin de to lo demás es el vacío, y el fin del aventurerismo tamién es el vacío. Él desví la atención del agujero y de sus lúgubres cogitaciones, que le han llevado un buen rato, aunque por lo visto a nadie le ha importado. Pos, bueno, el chico no es ninguna propiedad, suspira, después de que la decisión viniera a él un poco como la ciudad, en vez de llegar él a ella. Enfunda los revólveres, tira al suelo la colilla. Haced lo que coño queráis. Y, cogiendo el fusil, deja a los ladrones con su sombrío botín y sale a la noche súbita del desierto.

Lo primero que ve cuando se le habitúan los ojos a la oscuridad sin luna es el ahorcado que gira melancólicamente en la soga. Su elegante atuendo del Este ha desaparecido, probablemente robado; está desnudo salvo por unos gastados zahones de piel, unas botas viejas completamente rotas y un sombrero de fieltro de copa redonda que le cubre la cabeza hasta más abajo de la nariz. Es como si mascara la espectral colilla de un puro apagado, porque le cae una especie de salvilla de tabaco; probablemente un rollo de billetes que le han metido allí para después prenderle fuego con arreglo a alguna tradición jurídica del territorio; además le han rellenado la boca con papel moneda, hasta dentro y en torno a la lengua levantada. El chirrido de la soga de la horca, un aullido lejano y sus propios pasos sobre el polvo de la calle desierta son los únicos sonidos que se oyen.

A la tenue luz de las estrellas, ese polvo reluce pálidamente hasta el horizonte circundante, contra el que se recortan en negativo las siluetas de los sórdidos edificios, o se pierden con su negrura en el negro firmamento, discernibles únicamente cuando tapan las estrellas. El banquero ahorcado es su única compañía aquí: todo está cerrado, incluso el banco, en algún sitio a su espalda, perdido en la noche. El salón también, desde luego, inútil ir a ver, sabe lo que va a encontrar. Debería haber preguntado a su ayudante dónde estaba la cárcel; podría haber pasado la noche allí. Suponiendo que pueda disponer de la noche para pasarla en un sitio así.

Ahora echa mucho de menos a su mustang. Aunque era su aspecto locomotor lo que más apreciaba por el camino hacia aquí, la ausencia del caballo es ahora lo que preside sus pensamientos. A lomos del animal, siempre tenía la impresión de saber adónde se dirigía, lo que debía hacer. Incluso, extrañamente, le daba cierta sensación de arraigo, y por tanto de ser alguien, alguien con un nombre, incluso cuando atravesaban, el caballo y él,

sin rumbo pero resueltos, toda aquella desolación sin límites. El animal era una parte viva de su ser, que le sentaba como el sombrero y las botas, como si hubiera nacido con él, pero además compartía sus desgracias, sus penas y su hambre, absorbiendo parte de ellas como el trapo que restaña una herida. Y se había acostumbrado a la vista. Aquí, en el suelo, tiene la sensación de llevar anteojoeras, a su alrededor se alzan cosas que antes solían perfilarse más abajo y a buena distancia.

No es que tratara con mucho afecto a aquel viejo penco de mirada maliciosa y patas torcidas, tal como se refería a él en sus estados de ánimo más sentimentales. Lo respetaba y compartía con él lo poco que tenía, pero hacía gala de un espíritu caprichoso, y cuando se mostraba demasiado díscolo, debía utilizar la fusta o clavarle las espuelas en los flancos hasta el hueso y tirarle del bocado hasta que le salía espuma y sangre por los belfos. No podía permitir que aquella bestia estúpida le tomara el pelo.

Aunque al final lo consiguió. Habían estado bajo aquel sol ardiente durante lo que parecían años cuando se toparon con un abrevadero de agua fresca: como si hubiera surgido de la nada. La orilla estaba salpicada de esqueletos blanquecinos de hombres y caballos y supuso que el agua estaría emponzoñada, de modo que dejó que bebiera primero el mustang para ver lo que pasaba. No ocurrió nada, así que se acercó a la orilla, se puso junto al animal y empezó a beber, primero metiendo la cara en el agua y luego con el sombrero. El agua era dulce y transparente, y estaba tan fría que le hacía daño en los dientes. Se remojó, llenó la cantimplora y se dispuso a seguir camino, pero el caballo manifestaba una opinión contraria y no quería moverse del sitio. Era absurdo, no había nada que comer, ninguna protección contra el sol abrasador, y en cualquier caso no tenía sentido alguno, pero la empecinada bestia parecía dispuesta a abandonarlo todo y a dejarse caer en medio de todas aquellas osamentas anónimas. Le habló, lo acarició, lo maldijo, le dio patadas, intentó que avanzara con él a pie, le tiró de las orejas y de la brida, le sacudió con la fusta, con la culata del fusil, pero el viejo e inútil penco no se movía del sitio; seguía tan quieto y tozudo como una piedra. Entonces, después de haberle fustigado sin piedad hasta no poder levantar los brazos, comprendió que *estaba* pegando a una piedra y que el puñetero caballo se encontraba al otro lado del abrevadero, con la cabeza gacha, y seguía bebiendo tranquilamente a lametadas. Se puso furioso. Silbó con fuerza y el perverso animal, metiéndose en el agua, avanzó en su dirección y desapareció. Presa del pánico, se zambulló para buscarlo, pero el abrevadero sólo tenía treinta centímetros de profundidad y se estrelló contra el duro fondo. Ahora el agua

estaba más caliente, tenía un gusto salobre y le picaba en los ojos. Cuando logró ver de nuevo, comprobó que el caballo seguía en el mismo sitio en donde lo había estado castigando y que la piedra había desaparecido. De modo que le pegó un tiro. Ya estaba bien. Por su parte, el animal herido no dejaba de estremecerse y dar coces al aire, y tenía una expresión tan lastimera en la cara, que le puso el fusil en la oreja y acabó con él. Entonces fue cuando, apartando la vista de lo que había hecho, tuvo un primer atisbo de esta ciudad, que titilaba en el horizonte. Dejó la silla y los arreos en el animal muerto, pensando en volver a recogerlos más adelante, y echó a andar por el desierto hacia la ciudad, agotado por aquella lucha demencial, las piernas pesadas como sacos de arena, medio dormido incluso cuando avanzaba a trompicones, lamentando lo que acababa de hacer, desde luego, un hombre siempre odia perder el caballo; y luego en una oscura noche sin luna, no muy diferente de ésta, ahí estaba, desplomado sobre la silla, con el mustang avanzando lentamente bajo sus piernas como siempre, atenazado por una sed espantosa, como si hubiera chupado sal, y la cantimplora vacía.

Como suscitado por tales reflexiones, al final de la calle se oye un resoplido seguido de un relincho. No ve nada en la negra noche, pero se encamina en esa dirección, deteniéndose a cortar una vuelta de cuerda deshilachada en la barandilla de amarre frente al salón. No está muy seguro de lo que va a encontrar, quizá otro caballo salvaje que ha entrado casualmente en la ciudad, incluso su viejo mustang que ha resucitado otra vez, pero, sea lo que sea, considera que, si logra verlo, se lo apropiará y saldrá de aquí montado en él. Las formas planas que se aglomeran a su alrededor cuando avanza frente a ellas no parecen tanto edificios como su ausencia, semejantes a negros agujeros en el mundo, y recuerda haber pasado por ahí al sol de mediodía y tener la sensación, también entonces, de que otras casas acechaban como sombras detrás de las construcciones que veía. No es que diera crédito a tales aprensiones. Es el canguelo habitual del pistolero nato, él conoce bien esas falsas apariciones.

Ahora, mientras avanza con el fusil en una mano y la cuerda en la otra, distingue un misterioso resplandor delante de él y recuerda que fue por esa parte por donde vio por primera vez a la hermosa viuda, aquella a quien los hombres llamaban la seño, aunque las cosas bien pudieran haber cambiado un poco en la calle desde la última vez que pasó por allí. A lo mejor, piensa, a lo mejor ha puesto una lámpara en su ventana, una luz encendida únicamente para él, sabedora de que está allí completamente solo y necesita un poco de calor humano. La perspectiva de volver a verla lo espolea, de suerte que

pronto acelera el paso y casi echa a correr, presa de una súbita urgencia y del miedo a la oscuridad a su espalda; y temor también por ella, quizá tenga problemas de nuevo, no es fácil vivir aquí para una mujer como ella, puede pasar cualquier cosa, y él es el sheriff ahora, ¿verdad?

Corre ahora a todo meter por la calle negra, la cabeza hecha un fárrago de visiones funestas pero lúbricas, cuando de pronto aparece frente a él y lo deja paralizado en plena zancada: un majestuoso garañón blanco de más de veinte palmos de alzada, que relumbra como un espectro en la noche a la luz de la luna llena, súbitamente visible como surgida por detrás de una nube en el firmamento totalmente despejado. Es la criatura más bella y al mismo tiempo más terrible que haya visto jamás, un caballo vigoroso, de escarpado pecho, gigantesco, de altivo porte, desdeñoso de todo lo que percibe, y muy especialmente de él, de pie en la calle oscura, completamente fascinado, las rodillas como gelatina, el corazón martilleándole en los oídos, y comprende que montar un animal tan noble y digno de adoración es la sola razón de que haya venido, únicamente por eso, si es que en realidad ha venido y no ha nacido aquí. Sólo que no tiene claro, sin embargo, cómo capturar a tan maravillosa bestia con ese miserable trozo de cuerda podrida por la intemperie, y cuando el caballo resopla estruendosamente y alza las patas por encima de él, con la cabeza aureolada por las flotantes crines blancas y las poderosas patas delanteras piafando en el aire como para hacer agujeros en la noche, incluso la cuerda se le cae de las manos. Antes de volver a plantar los cascos en tierra, el enorme garañón blanco deja escapar un relincho ensordecedor que parece caer como una cascada de la bóveda misma del firmamento, resonando y repercutiendo en todas direcciones como para dejarlo clavado en el suelo, boquiabierto, allí donde está. Mientras el caballo resopla y araña la tierra con la pata, disponiéndose a precipitarse sobre él, los enrojados ojos inflamados como si en el cráneo albergara un horno bien atizado, él es consciente de que lo único que puede hacer es no ceder terreno, mostrar cierta apariencia de valor, cuando en realidad es un terror absoluto lo que le ha paralizado los miembros dejándolo varado en el sitio. Oye los cascos que galopan antes de ver el movimiento del animal y entonces, con la misma brusquedad, está sobre él y siente el corazón violentamente refrenado pero su cuerpo permanece erguido, todo se vuelve súbitamente oscuro, la luna desaparece y el caballo también y una vez más se encuentra solo en la inmensa noche vacía.

Su ayudante, un individuo gordo con perilla y nariz chata, lo encuentra allí, en medio de la calle polvorienta, aún rígido y clavado en las botas, en pleno mediodía. Eh, sheriff, le dice, recogiendo la vuelta de cuerda, colgándosela en el brazo doblado y tendiéndole el fusil caído en el suelo, tenemos un problema. Las mujeres de la ciudad están armando un follón de padre y muy señor mío. Sólo porque los putos salvajes las violan con demasiada frecuencia, pero están que arden, es un levantamiento genuvino. Creo que a mejor debe hablar con ellas.

Él parpadea bajo la luz cegadora, desdobla los brazos y los deja caer a los costados, la cuerda vuelve al suelo.

¿Hablar con ellas? Se aclara la garganta, escupe secamente al aire muerto. El letrero del edificio que tiene delante le dice que está a la puerta de la cárcel. No sé na de violaciones.

Bueno, sólo tiene que decirles que socupará de que no vuelvan a ocurrir.

¿Cómo coño voy a hacer eso?

Ah, no es difícil. De tos mos, lo de las brutales embestidas de vientre no son más que imaginaciones de esas tías, no tienen na mejor que hacer, aparte de preparar tartas o lavarnos los canonillos. Así que les dice que si no aceptan su palabra, pos vamos y les damos unos guantazos, o si no, les arrancamos la mierda de cabellera a un par de ellas; con eso sapaciguarían un poco.

Él mira fijamente a su ayudante, que tiene los ojos como perdigones enterrados en las mantecosas mejillas y desprende un olor insalubre. No soy mu partidario darrancar cabelleras.

Ya lo veo, sheriff. El ayudante sonrío tontamente, haciendo un gesto con la cabeza hacia la cabellera que lleva colgada en la canana. Pero no hay más remedio, ¿verdá? Si dejamos que se las cepille una pandilla de indios rompeculos llenos de tatuajes, se les podrían quitar las ganas de picha civilizá.

Bueno, ese asunto no mincumbe. Voy a planchar un poco la oreja en la cárcel. Este trabajo me tiene reventao.

¡No va poder ser, sheriff, ahí vienen! Entonces las oye él, chillando y alborotando como salvajes en pie de guerra, parecen centenares, aunque todavía no hay ninguna a la vista a pesar de que no haya nada entre donde él está y el lejano horizonte. ¡Esas viejas mosconas están merdaderamente cabreadas, sheriff, vienen con mala leche! ¡Creo que tendrá que preparar las armas, a mejor tiene que cargarse unas cuantas!

De pronto la calle se llena de mujeres con vestidos de algodón de tonos claros, chales, delantales y bonetes blancos, que marchan ruidosamente de siete u ocho en fondo, blandiendo escobas y rollos de amasar y aporreando

cacerolas, dirigidas por la cantante de pelo anaranjado, la que los hombres llaman Belle, toda ataviada con sus aparejos del salón, el alfiler de rubí prendido en la mejilla y exhibiendo el escote empolvado. Él sigue el consejo de su ayudante, que le tira de la manga y, fusil en mano, da unos pasos atrás para subir al porche de la cárcel y tener una perspectiva más elevada, mientras las mujeres, con aire furibundo y resuelto bajo el ardiente sol, se agolpan alrededor. Una de ellas, una bruja alta y fea con un bonete de encaje bien calado sobre el grasiento y enredado pelo, se levanta las faldas, introduce la mano en las bragas, semejantes a un pantalón bombacho, saca una pistola y dispara al aire. Él hace fuego y la pistola sale volando de la mano de la vieja.

Ay, sheriff, coño, grita ella, apretándose la mano herida entre las piernas. ¡Sólo quería animar un poco el cotarro!

Hoy estás un poco cascarrabias, sheriff, tesoro, observa la cantante con un guiño, alzándose los pechos. ¿Has pasao mala noche?

Pue que sí. Bueno, ¿a qué viene toeste alboroto, Belle?

Son esos diablos indios, sheriff. ¡Están dale que te pego todo el tiempo!

¡No nos dejan un momento en paz!, grazna una abuela jorobada con una capa cosida a mano y bonete de visera, acariciándose la barba con delgados y nudosos dedos. ¡Es que no es natural!

Y follan como cerdos, sheriff, se queja una bizca horrorosa ataviada con un vestido de novia de seda y terciopelo, entre el que asoma un grueso y velludo vientre. No como la gente decente.

Les gusta meterla por todas partes, explica una mujer con aspecto maternal a la que le falta una oreja. ¡Si les parece que no hay bastantes agujeros te hacen otros! Y se abre el vestido por delante para enseñar unos cuantos.

¡Pero un momento, señá...!

¡Y fíjese en los dibujos guarros que man tatuao en las nalgas!, dice otra, levantándose las faldas, que más parecen cortinas, para enseñar el peludo trasero, vistosamente adornado con una efigie de dos búfalos sagrados en plena cópula. ¡Es escandaloso, eso es lo que es!

¡Pero, señá, maldita sea, haga el favor de taparse...!

Tienes que hacer algo pa acabar con esta horrible tribulación, sheriff, exclama la cantante.

¡Eso *intento!*

¡Es que nosotras, las damas nocentes, no estamos habituás a esos desabusos!, grita la bruja alta del pelo grasiento y bonete de encaje. ¡Nuestros dolorizantes chichines padecen mucho!

Una mestiza tuerta toda sudorosa se quita el bonete rosa para abanicarse la cabeza calva y rezonga: ¡Enseñaselo, Belle! ¡Enseñale lo que tan hecho esas bestiolas salvajes!

Bueno, pos pa empezar, dice la cantante del salón, me ataron de pies y manos a una barandilla pa caballos, ¡así! Se dobla sobre la barandilla, con los pechos colgando, y se coge los tobillos mientras algunas matronas la amarran con una cuerda vieja y deshilachada que han encontrado en la calle. Le tiran de las faldas negras hacia arriba, le bajan las bragas, le pellizcan y palpan las partes descubiertas, se las pinchan con escobas y mangos de cacerolas.

¡Ayy!, aúlla Belle, retorciéndose de dolor sobre la barandilla, los oscilantes pechos barriendo la calle. ¡Esto no es de mu buen gusto, sheriff! ¡No tendría que pasar!

Él baja del porche para poner fin a la espantosa exhibición, pero su ayudante lo contiene y las mujeres lo empujan para que vuelva a subir. Y ahora, sheriff, preste atención, dice una vieja estrábica con bigotes de manubrio, hundiendo la larga y verrugosa nariz entre las nalgas de Belle, pero no sacerque mucho. Esto es cosa de damas.

Bueno, pero sin hacer daño a nadie, apostilla él, inquieto, y todas las mujeres se echan a reír, enseñando los huecos en la amarillenta dentadura.

¡No quiere que hagamos daño a *nadie!*, le abuchea la tuerta que, metiéndose un puro negro entre los carrillos sin afeitado, se echa hacia atrás y propina un resonante cachete en los alzados cuartos traseros de Belle con una paleta de mantequilla. A continuación va la abuela jorobada, que azota a la cantante con un manajo de ballenas de madera sacadas del bonete, y las demás siguen su ejemplo con todo lo que pillan a mano, desde cartucheras y espátulas de cocina a fustas, afiladores de cuero y cazos de sopa, mientras Belle grita y aúlla a cada golpe: ¡Ay, esos perros paganos! ¡Mira lo que mestán haciendo, sheriff!

Varias mujeres se han remangado ahora las faldas y sacuden con la parte inferior del cuerpo el desnudo trasero de la víctima parodiando las extremas vejaciones de los salvajes, mientras Belle gime, resopla y solloza de una forma que encoge el corazón. Un espectáculo de lo más perturbicioso, observa su ayudante, desabrochándose el cinturón con cartuchera y bajando del porche.

¡Basta, ya vale, dita sea!, grita él. Ya menterao. Su ayudante ya está en la tórrida calle, con la mitad del rollizo culo al aire, pero se detiene bruscamente y, sujetándose los pantalones con los gordezuelos puños, da media vuelta. ¿Y qué quiere usted que haga?

¡Queremos que ponga un poco de orden por aquí, sheriff!, grazna la pajarraca bizca de la infame nariz, sin dejar de sacudir el trasero de la cantante con las piernas arqueadas y las largas bragas en torno a los esqueléticos tobillos, las puntas del mostacho subiendo y bajando a cada movimiento como grasientas alas de cuervo. ¡Queremos justicia! ¡Anng! ¡Queremos unos cuantos —zas— indios muertos!

Todo el elemento femenino se suma al grito de sangre y justicia, agitando ruidosamente escobas y cacerolas, disparando con pistolas escondidas y armando un grave alboroto. Pensando que es hora de retirarse de ese tipo de trabajo, empieza a darse tirones de la placa cuando su ayudante, abrochándose el cinturón, dice a voz en grito: ¡Basta ya de vagimidos, viejas de mierda! ¡Sujetaos las bragas un momento mientras el sheriff y yo charlamos un poco! Y lo arrastra detrás de la puerta de la cárcel murmurando con voz pegajosa: Me parece que es hora de organizar una partida, sheriff.

Él asiente con la cabeza, suspirando. No hay más remedio. La placa no sale. Se ha enganchado en algo. Como él. Como aquí, en el límite de las cosas. Recuerda algo que vio una vez en la tumba de un suicida en Boot Hill, en uno de los cementerios de ese nombre: BINO AQUI PA SER UN HOMBRE PERO NUNCA PUDO AZER NADA UTIL HASTA QUE IZO ESTO QUE TANPOCO ABIA QUE AZER. UNA PENA. RIP. Da media vuelta y, con los pulgares remetidos en la cartuchera, se encara con el gentío. Todas las mujeres han desaparecido, menos la cantante del salón, que sigue atada de pies y manos sobre la barandilla, y la calle está llena de hombres y caballos.

¡Listos pa salir, sheriff!

¡Yupii! ¡Estamos que nos salimos!

Iría, porque es su obligación, y lo sabe, pero no puede. Lo siento, muchachos, tendréis que marcharos sin mí, les dice.

Eso no pue ser, sheriff. Sin usted no seremos una partida como es debido.

Pos, lástima. No pueo ir.

El sheriff sa quedao sin caballo, muchachos, explica su ayudante.

¿Qué? ¿Pos qué problema ha tenido, entonces?

Yo creía que iba a montar el garañón blanco.

Eso, ¿dónde está esa bestia fastuosa? Ve a traérselo, ayudante.

La perspectiva de volver a ver al garañón blanco, y además montarlo, lo anima y le hace aceptar la idea de salir con la partida de cazadores de cabelleras. El animal tiene diferente aspecto a la luz del día, sin embargo, con la columna vertebral hundida más bien parece una mula vieja, aunque por lo menos es blanca. Nada de arreos, ni tampoco silla ni bridas, sólo un ramal de

cuerda en torno a la nudosa cruz. Montar le cuesta un par de intentos, y para cuando lo logra, los jinetes no son más que una nube de polvo en el horizonte, a lo lejos. Pica espuelas con fuerza en los flancos del viejo y decrepito animal y emprenden torpemente la marcha más o menos en la dirección de la partida.

¡Sheriff, cariño, ten cuidao ahora!, le grita la cantante entre las piernas cuando pasa frente a ella, su culo blanco como la leche reluciendo al sol de mediodía. ¡Todas las personas decentes contamos contigo!

Lo sé. Cuidao tú, no te vayan a salir ampollas de tanto sol, dice él.

El vejestorio de su montura debe tener una pata más corta que las otras. Por mucho que le dirija la nariz al otro lado, la ciudad siempre queda a su derecha, como si estuvieran dando vueltas a su alrededor. O más bien, como si fueran sobre la llanta de una rueda y la ciudad fuese el cubo, pues no deja de girar a la medida de su lento avance, mostrándole sin cesar la misma perspectiva lejana del ya minúsculo culo reluciente de la cantante sobre la barandilla de la cárcel, clavado allí como un cartel de SE BUSCA. Un espectáculo de lo más desolado y de lo más desolador, esa lamentable ciudad que, agrupada en la vasta llanura desierta como desechos amontonados por un viento pasajero, está empeñada en no alejarse. Finalmente, tras haber perdido de vista desde hace mucho a la partida y cansado de tirar del ramal y dar patadas a la bestia que lleva bajo las piernas, se entrega a las peculiaridades del paisaje y sigue el camino que el huraño animal pretende marcarle. Una vez, cuando aún andaba solo por el desierto (ahora lo recuerda, era o antes o después de matar al mustang), se encontró con las esqueléticas ruinas de una vieja carreta tumbada de lado, medio enterrada en la arena. Sólo quedaban unos jirones en la cubierta de lona, ni restos de cadáveres ni ganado abandonado; lo habían dejado limpio hacía mucho. Lo que valía la pena recordar, sin embargo, era que una de las ruedas con radios de madera seguía girando despacio en el aire muerto, dando vueltas y más vueltas, como llamando la atención sobre el paso del tiempo cuando aún había tiempo. Se quedó inmóvil en la silla durante un buen rato, sin quitar la vista de aquella rueda chirriante para detenerla a fuerza de voluntad y poner fin a aquella desventura, pero cuanto más la miraba, más parecía alejarse de ella, hasta que ya no estaba allí y él se encontraba de nuevo en marcha y aquella ciudad de allá abajo titilaba en el horizonte, como imitación de un destino.

Ahora, mientras da vueltas alrededor, oye disparos, gritos, el ruido sordo de cascos más adelante, pero no ve el origen de todo eso, pues lo que sea está tapado por una ligera elevación de terreno en la que no había reparado antes. Al avanzar laboriosamente hacia allá, la pequeña altura parece desinflarse, acoplarse una vez más a la planicie del entorno, revelando así una vieja cabaña de madera completamente agujereada a balazos con un viejo despatarrado en el suelo frente a la entrada. Aguijonea al holgazán de su esquelético jamelgo, que quizá se mueva por voluntad propia, hacia donde yace el viejo, se agacha y le pregunta si se encuentra bien.

Pos claro. Tengo dieciséis balas en el cuerpo, una raya permanente en el pelo que me llega hasta la nuca, una flecha metida en el culo, y pa colmo man cortao el brazo y se lan comido, ¿por qué no iba a encontrarme bien, estúpido zopenco de dos patas?

Ah, bueno, entonces no pasa na. Pensé que podría estar enfermo, dice él, echándose hacia atrás al captar una vaharada del hedor del viejales. Tiene pinta de ser buscador de oro, lleva en torno al cuello una bolsa de gamuza sucia y destripada, sin duda destinada en tiempos al polvo de oro, su ropa es un conjunto fragmentario de viejos harapos ceñidos con un trozo de cuerda, su cara, sólo una barba sucia con agujeros para los ojos, que se entornan cuando lo miran al sol bajo el ala subida de su deforme sombrero flexible.

Con todos esos trapos tan elegantones que vas luciendo, amigo, dice, todo ese montón de flecos y borlas y púas de puerco espín, pareces un putón verbenero, como uno de esos ataúdes que parecen joyeros traídos del Este, tan chulos, y que tanto me gustaría tener ahora con vistas a la inminencia de mi último instante.

No son míos. Me los han pasao.

No me digas. Un estremecimiento recorre su cuerpo postrado, a menos que sean los bichos de su ropa. Y esos revólveres tan llamativos, jadea cuando se le pasa el temblor, ¿sabes utilizarlos o son sólo pa fardar?

Sé usarlos. Si hace falta.

Bueno, pues da pena verte, hijo, y te lo digo como lo siento. Incluso con dolores más o menos por todas partes, ese enorme sombrero tuyo, tan blanco y resplandeciente, me hace daño a la vista. No me digas que eres uno de esos defensores del orden y la tradición.

No sabría decir. No soy de los que toman partido.

El viejo emite una risita seca para verse luego acometido por un ronco espasmo de tos que le rastrilla el hundido pecho y lo zarandea por el duro suelo como un frijol saltarín mexicano. Ay, qué leche, se queja cuando puede,

y entonces sacude la cabeza y una especie de barrillo le sale de las orejas. ¿Y de dónde has sacao ese enorme garañón blanco, muchacho? Creía que esa especie de criaturas se había extinguido del to. Aparta la cabeza y lanza un oscuro escupitajo por el agujero de la barba. ¿Quieres vendérmelo? Te doy cien machacantes por él.

Una oferta bastante buena.

La mitad a crédito, claro. Esos cuatreros joputas san llevao to lo que tenía. Me he pasao un día entero pegando tiros, refugio en la cabaña, rechazando a centenares de ellos. Durante un buen rato ha sido de lo más divertido. Me debo haber cargao a cincuenta de esos cobardes forajidos de tres al cuarto, ladrones de concesiones, antes de agotar las municiones y tener que luchar a mano limpia con los últimos que quedaban; entonces es cuando esos salvajes man acribillao a cuchillás y san zampao mi brazo. Pero daber tenido otra pistola a mi alcance podría haber dao cuenta de esos malditos gallinas jodíos por culo. Bueno, ¿y por qué has tardao tanto en venir, amigo?

Porque me lo acabo de oler, como si dijéramos. Observa la árida llanura a su alrededor. Pero ¿dónde están los que te has cargao?

Pos no sé. ¿No están ahí? Se los habrán llevao. No les he tratao con mucha benevolencia y debían tener un aspecto bastante desagradable. De tos mos, ¿cómo te llamas, forastero?

No tengo nombre. Sólo soy el sheriff.

Normal. A mí me llaman Pepita debido a que nunca he visto ni encontrado ninguna, aunque no podría asegurarlo porque ni sé el aspecto que tienen. Otras veces me llaman Pastor por mi lenguaje jodíamente decoroso, o si no don Fardón por mi ropa elegante, ya sabes, aunque muy pronto me llamarán el Bello Durmiente y será la única vez que acierten. Emite otra risita socarrona entre la pelambreira que le cubre la cara, cierra de pronto los ojos pequeños y brillantes como abalorios y deja escapar un grito horroroso, retorciéndose en el suelo y tirándose del cuello de la harapienta camisa de franela con el brazo bueno como si quisiera arrancárselo. El otro brazo ha desaparecido por debajo del codo y en el extremo sólo se ve el hueso roído. ¡Ay, qué coño, amigo, este viejo está jodío de verdá!, gime cuando está en condiciones de hacerlo. ¡Maldita sea! No tendrás un poco de tabaco de mascar, ¿eh?

No. Ninguna clase de provisiones.

¡Congojación! Eres una camalidá, ¿eh, andoba? Sólo un tipo con quien un moribundo puede pegar la hebra, na más.

Tampoco soy un figura en eso, viejo. En realidad tengo que darme el piro. ¿Algo más que pueda hacer por ti antes de largarme?

¡Qué quieres decir con algo más, exasperante saco de mierda, no has hecho nada entavía! Pero vale, amigo, si no quieres ser sociable, podrías ayudar a que estos viejos huesos hechos cisco pasen ahí dentro. Me estoy asando al puñetero sol.

Faltaba más. Se baja con cuidado de su escarpada montura. Allí donde estaba sentado, observa ahora, se ha borrado con el roce lo que hubiesen untado para blanquear al animal, y una mancha oscura y sarnosa ha aparecido en su lugar. El viejo buscador de oro pesa más o menos lo mismo que sus pilosidades y sus harapos; es como coger en brazos la piel seca de un castor o un par de plantas rodadoras, aunque lo más pesado es el hedor que emana. Se ve obligado a respirar por la boca para no desmayarse. Estás podrío hasta los tuétanos, viejo, refunfuña, apartando la cabeza.

Lo sé. No lo puedo evitar. Por eso me llaman Guisante de Olor. Para sujetarse, el viejo le ha echado por el hombro el hueso roído, y él tiene la sensación de estar uncido a algo terrible y peligroso. Dime, chico, ¿qué te trae por este pozo de mierda calcinada? ¿Por qué has arrastrado tu estúpido culo hasta aquí?

No sé. No macuerdo. Tengo la impresión de que siempre he andado por aquí.

Sé lo que quieres decir. Esto es diferente, no se parece a otros sitios; en realidad no es un sitio en absoluto, sino más bien como ningún sitio. Cres que vas a él, pero es él quien viene a ti y, aunque es grande, él se te mete dentro y tú te metes dentro de él hasta que los dos venís a ser más o menos la misma cosa. ¡Eso sí que es fenomenal! Aquí pasan cosas increíbles, pero sin orden ni concierto. Tú podrías ser mil años más viejo que yo, o más joven, da igual, y podría ser mañana o ayer o las dos cosas al mismo tiempo. ¿Sabes lo que es? Te lo voy a decir. Un puto misterio, eso es lo que es. ¿No lo ves tú así?

Puede. No lo he meditado mucho.

No, supongo que no. Siento darte tanto palique, hijo, pero es lo único que me queda. Aunque esto no tiene nada que ver con las palabras, coño, bien lo sé, los hechos son los que hablan aquí en el Territorio, está escrito en la ley en alguna parte. Pero esos hechos, ¿adónde nos llevan? Parece que son la verdad de la vida pero también parece que no son nada. Como lo que llevo en los puñeteros bolsillos, si aún me quedan bolsillos. Ah, sé perfectamente por qué he venido, sé lo que *a mí* me hizo arrastrar el culo hasta aquí. Hay cabrones a quienes les gusta llevar una existencia dura y follar con las nativas, y otros

que siempre tienen que construir algo de la nada, pero lo que matrajo a mí fue la vieja leyenda del oro. Me dijeron que por aquí había to lo que se podía desear o incluso imaginar. Me dijeron que había afloramientos de oro entre árboles cargaos de piedras preciosas y ríos del whasky más puro y alegres y preciosas mujeres y hasta la puta fuente de la juventú, y, joer, yo *quería* un cacho de to eso, ¿quién no? Quería estar, tal como mabían dicho, en el azaroso escenario de una grandiosa gesta. ¿Y sabes una cosa, hijo? Acércate más, me estoy quedando sin aliento.

Pue que sí, pero el que te queda tira patrás.

Lo sé, por eso me llaman Halitofrés, pero, oye, no es más que eso, ya sabes, un escenario, según acabé enterándome, una puta escena en donde ponerte a tocar el cuerno —caramba, y hasta eso parece— y lo peor es que to eso se sabe antes de emprender la marcha. Entonces no se trata de oro ni de tierras ni de libertad —¡jo, jo, y *una mierda* libertad!—, ni de civilizar tierras inhóspitas ni de arrancar la costra pagana del espíritu salvaje, ¡ah, no, desde luego que no, joer! De lo que se trata, escúchame bien, es de *estilo*. No hay otra cosa. Salvo por las matanzas, claro está, porque no puede haber estilo sin degollina, pero eso es fácil, no hay nadie incapaz de matar, es como comer y tirarse pedos. Pero pa cargarse con clase a la gente, haciendo que el tortuoso acto tenga un poco de lustre, no hay más que uno entre un millón de millones. Ése es el que deja su nombre —el verdadero o el inventado, no importa—, pero ese nombre se pega como el barro y se traga a todos los demás, y tú, hijo, nunca llegarás a ningún sitio hasta que lo hayas comprendido. Lo que quiero decir es que puede que tengas un bonito sombrero que te separa las orejas, pero desde ahora mismo te puedo decir que lo que hay debajo no vale un montón de boñigas secas.

Gracias, viejo, eso es un gran consuelo, sobre todo viniendo de un cabullero con tanto estilo como tú. Pero yo no pretendo ir a ninguna parte.

En la puerta, como para demostrar su afirmación, le sale al paso un individuo delgaducho de pelo largo con traje negro y bombín, fotógrafo a juzgar por los trastos que lleva. No pase con el viejo chocho. Ahí dentro la luz es como pis. Por no hablar del olor.

Se está muriendo. Es su última voluntad. Y tiene muchos dolores.

No me diga. Dentro de poco na deso le va a importar, ni a él ni a nadie, replica el fotógrafo con una sonrisa torcida llena de dientes de oro, colocando sus aparatos. Todo pasa, amigo mío, ésa es la buena noticia. Ahora póngalo en esa silla dahí, donde yo pueda sacar el retrato de sus repugnantes restos para la posteridad cuando por fin estire la pata.

El viejo buscador de oro parece entusiasmado ante la idea de que le hagan un retrato, aunque ya no esté en el mundo cuando eso ocurra efectivamente, así que él lo deposita en la silla que el fotógrafo ha sacado de la tiroteada cabaña. Sólo ponedme de lado, muchachos, resuella el buscador de oro, pa que no tenga que sentarme encima de la puta flecha.

Este viejo de mierda es to pelo, masculla el fotógrafo bajo el capuchón negro mientras atisba a través de la lente, con sus grasientos mechones negros oscilando bajo la tela como patas de araña. Es como el ojo del culo de un puto puerco espín. Dele el pico y la batea, quiere, pa que parezca un poco humano.

Así lo hace, colocándole también sus anticuados pistolones y poniéndole derecho el sombrero de alas anchas, tal como le indica el fotógrafo, y luego monta de nuevo en la mula corcovada y se dispone a seguir la marcha. Lo que necesitas, hijo, le dice el viejo alzando la voz, es un compinche como es debido. Agita hacia él el roído hueso del brazo de forma acusadora, o bien para decirle adiós. Quizá sea la cosa más desnuda que él haya visto jamás. ¡Me habría gustao serte útil, pero has venido demasiaio tarde, maldita sea!

Lo sé, dice él. Parece que entavía he llegado a tiempo a na. Puede que sea *mi* estilo.

Eso suscita otro acceso de risas ahogadas, sibilancias y oscuros escupitajos, lamentable espectáculo del que él se aleja. Entretanto la ciudad se ha perdido finalmente de vista y una vez más se encuentra solo en el vasto desierto vacío.

Está oscuro, otra noche sin luna en el desierto, cuando por fin alcanza a la partida perdida, localizándola no por la hoguera del campamento ni por las amargas carcajadas sino por los mugidos de la enorme cantidad de reses que han reunido en torno a ellos, el fuego lejano centelleando en las profundidades del rebaño como la luz de una vela en el centro de un laberinto inestable. Han llenado toda la pradera de esas estúpidas bestias que se remueven sobre el mismo sitio; debe abrirse camino entre miles de ellas, procurando evitar sus cuernos como guadañas, azuzando a su reacia montura, que ya sólo es blanca por la parte de abajo, la menos expuesta a la intemperie; es como surcar un mar viscoso y corpulento, como lanzarse contra una terca marea, aunque cómo podría él saber de mares y mareas, no tiene la menor idea. Una vez entre las reses, no ve otra cosa en kilómetros a la redonda, y se pregunta si no estará destinado a flotar para siempre por encima de esas pieles pálidas y encorvadas, o en todo caso hasta que cedan las viejas anclas de su

balsa. Se producen grietas entre los flancos, se introduce por ellas, sacudido y zarandeado por atrás, empuja luego y agujonea con el cañón del fusil para seguir abriendo brecha, pero su avance es lento y carece del menor sentido de la dirección, ya ha perdido de vista la parpadeante luz de la hoguera.

Hola, sheriff. Ya es hora de que aparezca, coño, masculla una voz ahogada a su espalda. Da media vuelta sobre la silla en hueco, el Winchester a través de las piernas. La partida está justo detrás, sentada en torno a un fuego chispeante cerca de la carreta de la cocina, fumando, zampando rancho, eructando, bebiendo de tazas y botellas. Un tipo descarnado, de cabeza calva y rostro señalado, con el sombrero colgando de un cordón al cuello sobre la espalda, sopla una ocarina, haciendo un ruido apagado no muy distinto del lejano mugido del ganado, que tal vez sea lo único que se oye esta noche, salvo por el roce y los mansos golpes de cuerpos que se oprimen. Un mestizo sin una oreja, que lleva un bombín aplastado y un parche en un ojo, alza la vista de un palo viejo de madera blanca al que está sacando punta y, con la luz del fuego reflejándose en su ojo bueno como en una moneda caliente, pregunta: ¿Por qué coño ha tardao tanto?

El sheriff ha estao explorando, ya sabes, *abriendo camino*, dice otro, y todos se ponen a gritar y a desternillarse de risa y sueltan algunos pedos.

Un jorobado lleno de arrugas con gafas, pantalones de banquero y chaleco con bolsillos para el reloj, lanza un escupitajo a las llamas y dice: Bueno, sheriff, no haga como si fuese forastero. Acérquese y descanse un poco las posaderas.

Él se encoge de hombros y, agujiándolo con las rodillas y la culata del fusil, hace que el jamelgo dé la vuelta despacio y se encamine al fuego, pero es un animal terco y, cuando al fin lo consigue, el ganado ha vuelto a aglomerarse a su alrededor y parece que la hoguera ha retrocedido. Entre el fuego y él: las escuálidas grupas de una docena de vacas con el rabo tieso en el aire.

Ja. Parece que va tener que cepillárselas pa venir aquí, sheriff, dice un patán musculoso de mandíbula torcida con un pañuelo de colores en la frente y un fino bigote negro.

Naa, a esas viejas indecentes marimandonas no les gusta el sheriff, gruñe el jorobado. Es a su precioso garañón blanco a quien levantan el rabo.

Esa bestia sí que es una verdadera belleza. Hasta yo siento una especie de ansia lasciva por ella.

¡Os aseguro, muchachos, dice un tipo bizco de barba gris y aire de predicador, que montar un caballo así debe ser como volver a nacer!

Todos aclaman ese estilo de reunión religiosa y liban con veneración de sus botellas de whisky —¡O que *te monte!* ¡Sí! ¡Eso! ¡Amén, hermano!—, pero entretanto las vacas lo han empujado más y más hasta que ya es incapaz de distinguir lo que ocurre ahí delante: sólo un montón de oscuras e imprecisas figuras acurrucadas bajo el sombrero en torno a una hoguera, aisladas por la negra marea de ganado, la carreta de la comida una forma vaga y trémula recortada contra el cielo negro como una pantalla tras la cual se oculta algo.

¡Eh, sheriff!, grita uno de ellos, no sabe cuál, su grito lejano casi perdido en la noche informe de la pradera. ¿Adónde va? ¡Las judías se están enfriando!

En vez del ojete de las vacas lo que ahora tiene a la vista es sobre todo la parte delantera de los toros, las cornudas cabezas, gachas y peligrosas. Se da cuenta de que la única razón por la cual su pobre y vieja montura aún se mantiene erguida es que el toro que la ha empalado tiene metidos los cuernos en sus entrañas, sosteniendo así en pie a una criatura ya prácticamente muerta. La hoguera ya no parece en la distancia más grande que un fósforo en la punta de un cigarrillo. Antes de que se apague del todo, amartilla el fusil, dispara detrás de la oreja al toro que está debajo de él y desmonta de un salto cuando los dos animales se desploman como globos que se desinflan. Otros toros patean amenazadoramente el suelo pero los derriba con el fusil, luego desenfundan los revólveres y dispara al montón, abriendo espacio. El seco estallido de las detonaciones que resuenan en el silencio de la noche causa la desbandada entre los más cercanos que, presas del pánico, cargan ciegamente en todas direcciones, tropezando unos con otros antes de embestir contra la masa de los apiñados más allá, propagando el terror como las ondas de una piedra lanzada al agua. Pronto el rebaño entero está en movimiento pero sin seguir una dirección fija, mientras la tierra tiembla bajo el atronador embate de los cascos y de los cuerpos que chocan entre sí como un petate que se sacude. Algunas bestias de ojos enloquecidos se precipitan directamente hacia él, pero se mantiene firme pese a su escaso equilibrio y las derriba una tras otra, llenando de plomo sus estúpidos cerebros vacunos, mientras las armas le quemán en las manos. El fragor de la estampida es ensordecedor y más de una vez cae de rodillas por las violentas convulsiones de la tierra bajo sus pies, hasta que de pronto el rebaño entero desaparece en la noche como una pizarra borrada y todo es silencio.

Enfunda las pistolas, recoge el fusil caído, lo carga y emprende la larga marcha a pie hasta la hoguera, pasando por encima de los cadáveres y

sorteando sus oscuros contornos, que le marcan el camino de vuelta como voluminosos mojones. Algunas de las reses frente a las que pasa aún no están muertas y lo miran lastimosamente con grandes ojos húmedos, que él atraviesa con disparos de fusil para hacer su agonía más corta pero también más vívida.

Frente a la hoguera lo reciben quejas y murmullos, incomprensibles salvo por las malas palabras, que son mayoría pero no significan nada en particular. Repetídmelo, dice él.

Hemos dicho que ha causado graves estragos en nuestro rebaño, sheriff, rezonga el patán de la mandíbula torcida con el trazo de lápiz negro sobre el labio superior. En realidad, ya ni siquiera está ahí. Tendremos que descontarle parte de la paga.

Buena noticia. No sabía que iba a cobrar.

Bueno, no es mucho. Calculamos que después de la atrocidad de esta noche estará usted cuarenta años en deuda con nosotros.

Y eso sin contar nuestros tiernos sentimientos hacia esos pobres animalitos, dice la barba gris predicadora, atrapando un lagarto sobre una peña y lanzándolo al fuego para ver cómo se retuerce. Estamos llenos de pesadumbre.

Él los mira fríamente, el fusil apoyado en el ángulo del brazo doblado. Bueno, eso es muy lamentable, dice él. Pero, en cualquier caso, ¿qué hacíais con todo ese ganado? Lo vuestro era arrancar cabelleras indias.

Mire, sheriff, dice el jorobado, metiéndose un trozo de tabaco entre las mejillas entrecanas, el problema con eso es que nos hemos quedado enteramente sin salvajes. Hace siglos que no veo uno vivo con la piel todavía encima. Escupe en el fuego para que chisporrotee.

Pero ¿qué pasa entonces con los abusos de lelemento femenino?

¿Con los qué?

Ah, eso, bufala el mestizo, alzando el ojo bueno del palo que afila. ¡Ja! ¡Lelemento femenino!

Entonces se ponen todos a rebuznar y silbar mientras el de la ocarina acomete una melodía bailable, y un tipo gordo de ojos porcinos con un bigote de manubrio encerado que estaba en cuclillas, se incorpora un momento para bajarse los pantalones y agitar el culo frente al fuego.

Vale, vamos a ver, dice el viejo bizco de buenos modales. Considero que lo mejor debimos excavar en un viejo cementerio para desenterrar algunas cabelleras difuntas. Sólo para no desenlusionar, ya sabe. Están en una de esas alforjas ahí. Sueltan un olor indecente, pero sírvase.

No se trata deso. Os nombraron ayudantes a tos.

Pos nos hemos desnombrao, sheriff. No era na divertío. Entonces pensamos dedicarnos al ganado.

Mejor que desenterrar cabelleras mil veces.

Y además se zampa mejor, dice el gordo, volviéndose a abrochar los pantalones. Menos cuando aparece algún idiota de gatillo fácil y nos espanta toa la despensa. Los demás gruñen y murmuran, mientras el gordo enciende en el fuego la colilla de un grueso puro negro.

Lo que no llevo a entender es de dónde lo habéis sacao.

¿Sacao?

El rebaño.

Pos, hmm, nos lan prestao, explica un individuo larguirucho con una córnea opaca, hurgándose los dientes con una esquirra de hueso.

¿Quieres decir que habéis robao todas esas reses?

Bueno, no tiene que decirlo con toas las letras, sheriff. Pero ¿cómo si no va a conseguirse ganado por aquí?

Por estas tierras nos lo vamos pasando unos a otros, ¿sabe?, dice el jorobado mirándolo por encima de las gafas de montura metálica, con las mejillas abultadas por el tabaco de mascar. Lanza otro escupitajo al fuego. Así es como lo hacemos.

No sé. Nunca he estudiao la ley, pero me parece que la habéis quebrantao, dice él.

Todos lo miran con una sonrisa de asombro. Naa. ¡Jaa!

Lo que va contra la ley, sheriff, dice el gordo con la colilla del puro en la boca, es matar a las reses de otra gente y espantar sus rebaños. Ése es un delito capital por tol puñetero Terrortorio. Creo que no tenemos más remedio que colgarlo por eso. Sólo pactuar conforme a las reglas, ya sabe.

A menos claro está que se largue ahora mismo y lo traiga de vuelta.

¿Y cómo voy a hacerlo? Sa desperdigao en todas direcciones.

Coño, sheriff, no lo sé. Es su jodío pescuezo, ya se las arreglará.

Me barrunto que este tunante no va a rectificar su odiosa fechoría.

Ni arrepentirse siquiera. Es un tipo duro.

El único problema es ¿cómo vamos a colgarlo? Por aquí no hay árboles.

Podemos utilizar la carreta de la comida, dice el gordo, cogiendo un rollo de cuerda y cortando un trozo con un cuchillo de carnicero. Si no queda bastante alto, engancharemos los caballos a la carreta y lo arrastraremos.

Un momento, caraculo, dice poniéndose en pie el mestizo de una sola oreja y el parche en el ojo. Nadie se va a meter con el sheriff; mientras yo sea

ayudante, no.

¿Ah, sí? ¿Y qué vas a hacer tú pa impedirlo, charro mamón?

Te voy a enseñar lo que voy a hacer, miserable tocineras, culo de sebo, gruñe el mestizo, tirando el palo blanco y abalanzándose sobre el gordo con la navaja con la que sacaba punta. Al gordo le pilla desprevenido y la punta le penetra en la ingle, con la colilla del puro saltándole de los labios como disparada por la hoja que lo invade, pero logra hundir profundamente su propio cuchillo de carnicero en el vientre del mestizo, ambos hombres gruñendo y trastabillando antes de lanzarse de nuevo el uno contra el otro.

¡Eh! ¡Alto ahí, tíos!, grita él, alzando el fusil. ¡Ya vale!

Venga, sheriff, no iré a meterse en asuntos ajenos, dice el viejo bizco, desviándole el fusil de un empellón. Esto no es cosa suya.

¡Pero...!

Otros lo agarran y le sujetan los brazos a la espalda. Esto queda fuera de su jurisdicción de los cojones, sheriff, rezongan, cogiéndolo en volandas y atándole los tobillos.

La defensa no constituye una parte fundamental de la técnica de los contrincantes. Se acometen a estilo libre, acuchillándose mutuamente una y otra vez; es más cuestión de ritmo y persistencia que de maña mientras sus hojas ensangrentadas, reflejando la luz de la hoguera, entran y salen destellando del cuerpo del contrario. Su ayudante pierde la otra oreja y el tubo fonador, aparte sin duda de otras cosas; la sonrisa del gordo se ha abierto de oreja a oreja, le han recortado a cepillo los tiosos mostachos de manubrio, y tiene la panza tan agujereada que se le empiezan a salir las tripas; pero ninguno cede un centímetro. *Zas, zas, zas*, hacen los cuchillos, y él sólo puede mirar, los dos hombres ya cegados por la sangre y las heridas, recibiendo golpe tras golpe tras golpe, los demás miembros de la partida jaleándolos, apostando al mismo tiempo, empujando a los antagonistas de nuevo a la pelea si por casualidad se separan a causa de un traspies. Finalmente, el cuchillo de carnicero se rompe en las costillas del mestizo, el gordo desarmado se desploma de rodillas y el mestizo acaba con él a estilo matadero, dándole la puntilla en la nuca con ambas manos.

Su adjunto, hecho picadillo, se mantiene en pie, vacilante, aún con el bombín aplastado y la hoja rota en el pecho, el cuerpo rebanado por cien sitios y mostrando sus regiones internas, pero con su propia navaja ensangrentada en ristre, como más dispuesto que nunca a enfrentarse con todo aquel que quiera retarlo. El fuego le lanza un brillo disperso a la cara cortada arrojando una enorme sombra sobre la carreta de la comida a su espalda.

Bueno, ayudante, ya vale, nos damos por enteraos, dice con irritación el patán musculoso. Pero ¿qué coño pasa con nuestro ganado?

El ayudante, con las cuerdas vocales amputadas y colgando del agujero de su garganta, no puede contestar, pero se vuelve hacia el calvo de la ocarina y le hace un gesto con la navaja.

Creo que quiere que nos toques una canción con ese boniato tuyo, dice el jorobado de las gafas.

El hombre coge el instrumento entre sus grandes y huesudas manos, inclina hacia el fuego su calva reluciente, y una vez más imita el lamento del ganado que muge. Casi de inmediato, tan rápidamente como se agitan las cartas al barajarlas, toda la pradera se vuelve a llenar de ganado que pasta.

Ante eso, lo ponen de nuevo en el suelo y le desatan los tobillos. Él recoge el Winchester caído. Si sois capaces de hacer eso, ¿por qué habéis armao tanto jaleo?

Ah, sheriff, no nos haga caso, dice el tipo con aire de predicador, guiñando un ojo bizqueante mientras arrastran al gordo destrozado a la oscuridad, más allá de la hoguera. Sólo estamos haciendo el ganso, ya sabe, para divertirnos con esas gracias disparatadas que siempre hacen los vaqueros, es nuestra forma de ser. Y ahora, ¿por qué no se sienta y se sirve unas judías con joroba de búfalo?

No tengo apetito. Se muere de hambre, más bien, pero las vituallas a la vista no parecen ser de la variedad comestible. Aunque no diría que no a un trago de ese whasky.

Jaa. Se hace un silencio como caído del cielo salpicado de estrellas. Seguro que no.

Nadie se mueve. Difícil leer sus expresiones. El fuego se ha reducido a unas brasas, que les pintan el rostro de rojo oscuro. En su mayoría, tras las espesas máscaras carmesíes parecen sonreír o mirarlo con aire ausente. Esperando a ver qué coño hace. No le cabe otra. Si quiere algo tendrá que servirse él mismo, y ya ha manifestado sus deseos. Hay una botella solitaria de pie sobre una piedra justo al otro lado de la hoguera, reflejando la luz. Como una provocación. Observa las manos. En el silencio tenso e inmóvil no se oye nada aparte de los apagados chisporroteos y el crepitar del fuego que se extingue. Incluso el ganado parece haber dejado de pastar. Casi se ha decidido a disparar a la botella, sólo para quitarla de en medio, pedir otra y ver lo que pasa, pero entonces su ayudante se inclina hacia delante para cogerla, soltando chorros de sangre por las heridas, y se acerca tambaleante hacia él, dando traspiés entre las brasas. Cuando se la tiende, pone en blanco

el ojo bueno y se derrumba a sus pies. El silencio mortal no se interrumpe. Él limpia la sangre del cuello de la botella. Gracias, ayudante, te lo agradezco mucho, dice cansinamente y, observándolos con recelo, se lleva la botella a los labios.

La botella está vacía. La tira lejos, oye cómo repiquetea sobre la tierra reseca, un ruido tenue y mezquino que le hace daño a los ojos. Está solo, tendido de espaldas con el sombrero sobre la cara para protegerse del ardiente sol del desierto en su punto más alto. Atisbando entre toda esa luz bajo el ala del sombrero, ve que los hombres de su partida, lo que una vez fue su partida, se han largado y se han llevado el rebaño, ningún rastro de su presencia salvo unas cuantas osamentas blanqueadas y un pequeño espacio calcinado donde estuvo la hoguera. Más unas alforjas. No quiere saber lo que hay dentro. Se pone laboriosamente en pie, tratando de no caerse otra vez; la cabeza le pesa una tonelada, difícil mantenerla sobre los hombros. Cerca de él, medio enterrado en la arena: el cráneo de una res que lo mira con sus órbitas vacías, ofreciéndole una nota enganchada en un cuerno. *Estamos allá lejos, dice. Venga buscarnos si quiere. Cualquier ayuda agradece. Sus amiguetes de la equis partida.* Hay una posdata en la otra cara: *Cuidao con la serpiente cascabel que vive en la calabera, es una verdadera japuta.* Demasiado tarde. Los colmillos ya le han penetrado profundamente en la parte interna del muslo, la achatada cabeza de ojos vidriosos tan enorme como una bota vieja y cuarteada allí acomodada, en las ingles, el tremendo cuerpo rayado retorciéndose frenéticamente entre sus piernas como una picha monstruosa en un espectáculo de feria. A la sorda pesadez en la cabeza sigue inmediatamente un dolor agudo y feroz en sus partes pudendas. Los zahones y el pantalón de gamuza tendrían que haberle protegido, pero la enorme serpiente le ha alcanzado en la parte tierna del muslo, y ahora le tiene los colmillos enteramente atornillados allí, a través del cuero y de la carne. Saca de la funda el viejo cuchillo de caza con mango de asta de ciervo y rebana por el cuello la cabeza de la serpiente de cascabel. El cuerpo decapitado se retuerce y se sacude en el suelo, pero la cabeza cortada, incluso después de apuñalarla entre los ojos, no deja de mirarlo entre sus piernas con una mezcla de arrepentimiento, familiaridad y sonriente desafío. Se la arranca y la tira lejos pero los colmillos permanecen como agujas de acero clavadas en el hueso.

Se desata los zahones y tira de los pantalones de gamuza, pero le están muy estrechos; se los puede pasar por las nalgas pero no por el muslo, sobre

la mordedura de la serpiente: son como su segunda piel. Ya se le están inflamando el muslo y la entrepierna, que cambian de color, y empieza a sentirse mal. Sabe que debería chupar el veneno pero la mordedura está en un sitio que no puede alcanzar, aunque logre quitarse los pantalones. De modo que se hace cortes en las mordeduras a través de la pernera del pantalón con el cuchillo de caza y aprieta con todas sus fuerzas para que salga la sangre y el pus, sintiendo que se le hincha el cuerpo entero y le sube la temperatura.

Piensa que está acabado, pero entonces avista la ciudad en el lejano horizonte, titilando al calor. Es su única posibilidad. Se echa la cartuchera al hombro y, lleno de sudores fríos, echa a andar en esa dirección, trastabillando, cayendo, incorporándose y prosiguiendo la marcha. El veneno lo está afectando. Unas veces la ciudad está allí, otras no está. Ve un camastro acolchado que se transforma en un arbusto de artemisa cuando llega a él, un abrevadero que se convierte en una seca hondonada cuando se deja caer en ella, la boca abierta, el rostro en la arena.

Tendido allí, con polvo entre los dientes, cree recordar —es una especie de recuerdo pero en cierto modo está pasando— que acompaña a una caravana de emigrantes hacia el Oeste a través de las polvorientas llanuras. Quizá sea un pistolero contratado o un explorador, tal vez uno de los pioneros, no está claro, pero el viaje los conduce a través de interminables espacios ennegrecidos en la planicie calcinada, el polvo aventado por las ruedas de madera, tan espeso que los pañuelos húmedos atados en torno a la cara no logran filtrarlo (tiene el sabor en la boca, le cubre la lengua, se le atasca en la garganta), las yuntas de bueyes avanzando lenta y pesadamente por todo eso, los yugos de nogal crujiendo, las cadenas chirriando y el tintineo metálico de los cacharros, el gemido de los ejes sin engrasar, los chillidos de los niños; oye todo eso. De pronto estallan tormentas sin saber cómo y se abaten iracundas sobre ellos, los rayos machacan el suelo a su alrededor como cañonazos eléctricos para luego desaparecer con la misma rapidez, dejando la tierra tan calurosa y polvorienta como si no hubiera llovido.

En la calma posterior a una de esas precipitaciones, justo cuando salen a gatas de debajo de la lona encerada de las carretas, se ven atacados por una banda de indios salvajes a caballo, que parecen salir aullando de la misma tormenta que se disipa, los desnudos cuerpos con franjas rojas y negras, el largo cabello de ébano flotando al viento, plumas de águila calva en la cabeza, tiras de piel de antílope y colas de mofeta como blanco plumón atadas a las rodillas y los codos: es algo digno de ver, aunque cualquiera que se quede mirando puede convertirse en un alfiletero humano. Ya caen los colonos —

hombres, mujeres y niños, sus caballos y bueyes también— con flechas en la garganta, el pecho y las órbitas de los ojos. Él parece conocerlos a todos pero en realidad no los conoce, salvo a la hermosa viuda de negro, la maestra de esa ciudad en la lejanía, que se mueve entre los caídos, curándoles las heridas, consolando a los moribundos, distrayendo a los heridos y niños huérfanos, enseñándoles el alfabeto.

Le cuesta mucho trabajo pensar, tiene dolores y se siente muy enfermo, pero sin saber cómo, cojeando con la pierna mala, haciendo muecas de dolor y náusea, consigue que pongan las carretas cubiertas en un círculo serpenteante, las lanzas enganchadas en los ejes traseros, como parapeto improvisado contra la incesante granizada de flechas mortales. Los torpes carros se tambalean y vuelcan, grandes ollas de hierro, mecedoras y mantequeras se derraman como ofrendas de paz, arados, sartenes, orinales y sierras de arco, una proliferación de utensilios trasladados que le da vértigo, o que más bien ilustra el vértigo que lo invade. Junto con los colonos aún vivos se remanga —oye las trompetas de la caballería a lo lejos pero callan en medio de una nota, falsa esperanza, sólo cuentan con ellos mismos— para empezar a matar salvajes, cosa que hacen en gran número, derribándolos de los ponis como si cazaran moscas, pero no dejan de venir a galope tendido, oleada tras oleada, tocando silbatos de guerra hechos con huesos de ala de águila y lanzando gritos y aullidos como un tropel de demonios, al tiempo que les arrojan una lluvia de flechas tan densa y veloz que oscurece el día, hasta que pronto no quedan más colonos aparte de él mismo, y una flecha le ha atravesado la cara interna del muslo, un dardo envenenado, porque siente la inflamación y tiene la boca llena de arena.

Piensa que está acabado, impresión que puede haber tenido antes, pero entonces pasa la maestra, que agacha la cabeza hacia donde él yace y lo mira con el ceño fruncido, como si la ofendiera lo que ve. Lo siento, señá, dice, o cree decir, todo está desapareciendo. Es consciente de que debe ofrecer un aspecto horroroso y estar muy hinchado por ahí abajo, por donde sobresale la flecha, y no está seguro de tener los pantalones bien subidos. No importa. Ella saca unas tijeras y se los corta enteramente, arranca el asta de la dentada flecha como quien extirpa una mala hierba, se quita luego una de sus medias negras y le hace un torniquete en el muslo desnudo, procurándole un breve atisbo de la tierna pantorrilla bajo la falda negra, lo que le da ganas de llorar, o quizá sea el dolor. Ella hurga y corta en la herida con las tijeras, luego se agacha para chupar el veneno. Las flechas continúan silbando por encima de sus cabezas pero parecen elevarse cada vez más en el aire hasta casi

desaparecer de la vista, en lo alto, donde rondan los halcones. La oye chupar y escupir, ve cómo se mueve entre sus muslos el moño negro y prieto, pero no siente sus labios en él, todo está muerto por debajo de la ligadura. Pero no por encima, sin embargo. Donde ella tiene la mano. Cuando acaba, la maestra le limpia la herida con un líquido caliente que ha sacado de algún sitio, le echa unos polvos del color de la potasa y le vierte en el gaznate algo con sabor a amoníaco, provocándole arcadas. Cuando aún está escupiendo, ella le clava una aguja larga y roma en una parte tan blanda por encima de la herida que suelta un grito como el de los salvajes aulladores que acaban de pasar, inyectándole algo de un frasco en cuya etiqueta hay una calavera y dos tibias cruzadas. Tranquilo ahora, dice ella, y desata el torniquete para utilizar la media como venda, rozándole con frecuencia mientras realiza la tarea la cosa que se levanta cerca, que es lo único que está en posición vertical en kilómetros a la redonda. Antes de ponerse en pie y dejarlo allí, ella la mira con aflicción durante un momento, como si fuera lo más triste y lamentable que hubiera visto jamás.

Lo siento, señá. No pueo evitarlo. Pero le doy las gracias. Agachando la cabeza, ella lo mira con el ceño fruncido, apretando los finos labios sin pintar. Tiene un diminuto lunar negro en la mejilla, puesto allí, al parecer, aunque probablemente no sea sino una verruga, para realzar su largo vestido negro. Por lo que ma hecho en la pierna, quiero decir.

Me ha, dice ella con severidad. Le doy las gracias por lo que *me ha* hecho en la pierna.

Sí, señá. Cierra los ojos. De na.

Cuando vuelve a abrir los ojos, está tendido cuán largo es sobre satén negro y por un momento piensa que es un ataúd. ¡No, no, no estoy muerto!, jadea, intentando levantarse.

Claro que no, sheriff de mis entretelas. La cantante del salón está sentada frente a la cómoda, empolvándose los pechos. Él se deja caer de nuevo en la cama, con la impresión de haber recibido una coz ahí abajo. Al otro lado de las ventanas abiertas, donde los visillos de encaje penden blandamente al calor de mediodía, oye el crujido de ruedas de carro, el martilleo del herrero, pies calzados con botas andando por aceras de tablones, imprecaciones, relinchos, gritos, algún que otro disparo. Parece que los ruidos están hechos para él, no duran más que la necesidad que tiene de ellos, y teniendo en

cuenta la forma en que las ciudades hablan al sheriff, puede que lo estén. Pero ta faltao un pelo pa estarlo, tesoro.

He tenido un sueño horroroso. Si es que ha sido un sueño. Parecía mu real.

Y la mar de excitante, por lo que he podido apreciar.

Estaba tendido en el desierto. Agonizando. Completamente solo. Y vinieron los lobos. Una manada entera.

No me digas. Y te devoraron.

Pensé que iban a hacerlo. Y no podía remediarlo. Pero al final no lo hicieron. Sólo me husmearon y luego se pusieron en fila y me chuparon en el sitio que me dolía y me dieron lametazos en, ya sabes, mis partes masculinas, como vacas con una piedra de sal. Me daba miedo moverme, no fueran a arrancármelas de un bocado, así que me quedé quieto como un muerto.

Siempre que a mí me ocurre algo así, me empieza a picar tol cuerpo y me pongo a estornudar de mala manera.

Ése no era mi problema, exactamente.

No, pero se le parece. Le guiña un ojo en el espejo, se alza los pechos uno después de otro, se pone colorete en las puntas. Bueno, de tos mos eso explica cómo tencontrao, to hinchao y desvariando como si te hubieras vuelto loco de remate, los pantalones de gamuza hechos jirones y llenos de meaos de algún animalucho asqueroso, debían ser esos lobos. Eras un espectáculo verdaderamente morboso, cariñín; toda la ciudad ha salido a verte cuando te traía.

No macuerdo de na deso.

Pos claro que no. Estabas mu mal de la chola. Y de la chorra también, que te brincaba como una ardilla por fuera del pantalón. Espanté a los buitres y cargué tus encantadores despojos a la grupa de mi jamelgo y te traje por la calle principal; menudo desfile, banderas ondeando, fuegos artificiales, banda de música y to, fue más divertido que una barbacoa india. Pero lo más bonito fue cuando me pediste que me casara contigo.

Cuando ¿qué...?

Claro que, como hace tan poco que enviudé, me lo tuve que pensar un par de minutos...

¡Belle! ¡¿No nos habremos enmarida...?!

Entavía no, cariño, pero el predicador debe estar al llegar. Me he compraó unas bragas especiales pa la ocasión, te van a encantar. Te las enseñaría pero da mala suerte ver a la novia...

¡Pero, Belle, no pueo hacer eso! Eso..., eso..., ¿cómo decirlo...? ¡No va con el trabajo!

Tonterías. Te conseguiré otro. Puedes tocar el piano.

No sé tocar el piano.

Yo te enseñaré.

No quiero aprender. Ella le acerca los pechos con puntas rubí para que se los bese. Él aparta la cabeza. Dita sea, Belle, no es buena cosa, yo no soy de los que echan raíces.

Tacostumbrarás, tesoro. De tos mos es demasiado tarde, lo has prometido.

Pero tú misma has dicho que no estaba bien de la chola.

Da lo mismo, una promesa es una promesa. El incumplimiento de la palabra dada puede que no sea un delito que acarree la pena de muerte, pero el castigo tampoco es mu agradable. Se inclina sobre él y le hace cosquillas en la oreja con uno de los pezones pintados. Venga, guapo, dales un besazo. De ahora en adelante son to tuyos. O casi to tuyos.

Llaman a la puerta. ¡Está abierto!, grita Belle, aún inclinada sobre él con un pitón metido en su oreja, y entra un individuo larguirucho, calvo, con perilla, un ojo cerrado, cosido por una horrible cicatriz, y un monóculo en el otro, bombín y Biblia apretados contra la entrepierna, y el cuello de la camisa del revés. Qué tal vais, queridos amigos, dice. Vengo a despachar los ritos conyugales.

Estamos casi preparaos, reverendo, en cuanto termine de untarme y ponerme mis aderezos.

Otros ciudadanos se aglomeran en la puerta. ¡Eh, Belle! ¡Lo hemos dispuesto to como querías! ¡Allí tiene to un aspecto mu conyugular!

¡Gracias, muchachos! ¡Hay montones de vituallas, y hoy la bebida corre de mi cuenta y de la del sheriff! ¡Necesito que dos de vosotros ayudéis a cargar con mi querido prometido, porque no se encuentra en plan ambulatorio, pero los demás podéis bajar y empezar ya!

¡Yupii!, gritan, lanzando los sombreros al aire y bajando ruidosamente las escaleras, con el predicador gritando al mismo tiempo que ellos.

Un viejo de torva mirada con barba de treinta centímetros y pata de palo se queda allí con un palurdo de bigote fino y sombrero de copa arrugado, y mientras Belle vuelve al tocador a prenderse el rubí en la mejilla, se acercan a levantarlo de la cama.

Eh, un momento, amigos, creo que ao mejor deberíamos esperar un poco, dice. Ni siquiera me tengo en pie.

Es que está nervioso, sheriff, dice el del sombrero de copa mientras lo sacan de debajo de las mantas y la colcha. El tipo lleva un brazo en cabestrillo, a menos que sólo tenga uno, y el trazo del bigote, según observa él, está marcado a fuego. Tol mundo se pone nervioso el día de su boda.

Belle, ya sé que quieres hacerlo ahora mismo, dice el patachula, pero ¿por qué no se pone unos pantalones? ¿Por lo menos pa la ceremonia? Es tan repulsivo por ahí abajo, que se me revuelven las tripas.

No he acabao de remendárselos, dice la cantante, moviendo las caderas para embutirse en un vestido de novia de seda y terciopelo. Y apestan cosa mala. Tiene que ir tal como está.

¿Y es que no tienes por lo menos una falda vieja o algo con que se pueda tapar?

Yo no me pongo faldas, dice él en tono categórico.

Y yo tampoco me caso con un vaquero con faldas, dice Belle, abotonándose.

Está bien, dámela, dice él. Me la pondré.

Oye, Belle, ¿y tus viejas bragas de color rosa? ¿Esas anticuadas de pernera larga con la raja por detrás?

Ah, claro. No sé si están limpias o no, pero las tengo detrás del biombo. Vuelven a soltarlo en la cama y el viejales se acerca allí pisando fuerte, con la pata de palo machacando el suelo de madera como si quisiera partir los tablones por la mitad.

El palurdo de un solo brazo va a ayudar a Belle con los botones, de modo que él se impulsa hacia el borde de la cama con ánimo de dejarse caer. No podrá ir muy lejos a rastras, tan dolorido como está, pero calcula que si llega a la ventana abierta, con un poco de suerte podrá salir por allí.

Calcula mal. Vaya hombre, sheriff, dice el patán del labio marcado a fuego, y volviendo con toda calma lo levanta con su único brazo, le da la vuelta y le ata las muñecas a la espalda con un solo y fluido movimiento. No hay por qué formar tanto alboroto. Contraer los lazos no es el fin del mundo.

El viejo barba gris vuelve haciendo ruido, y aunque él se resiste, pataleando y retorciéndose, consiguen ponerle las brillantes bragas de Belle, pese a lo estrechas que le están, con el viejo sujetándolo y el más joven atándole las cintitas a las rodillas con una lazada. ¡Ah! ¡Qué mono está!

Le has puesto lo de delante atrás, ayudante, observa la cantante, ahuecándose los volantes del vestido. Se le sale el asunto.

No se las podíamos poner por el otro lado, Belle. Tendríamos que haberle remetido los cataplines. Pero no pasa na. Ahorrará tiempo después.

¿Tú eres mi ayudante?, pregunta él al viajales patapalo.

Pues claro, sheriff, dice el aludido, abrochándole la cartuchera a la cintura, mientras el otro tipo le pone las botas. ¿No me reconoce?

Las ha pasado canutas en el desierto.

Eso debe ser.

Bueno, cogedlo y pabajo, chicos. ¡Estoy prepará y deseando hacerlo!

¡Un momento! Si eres mi ayudante, tengo que darte una orden... Después, sheriff, dice el viejo haciendo una mueca, con saliva de tabaco escurriéndole por la barba como un arroyo pantanoso, y le calan el sombrero blanco, lo levantan de la cama por las axilas y lo sacan por la puerta. Es que ahora la fiesta está a to meter, y estoy más seco que un hueso pelao en el desierto.

Cuando aparecen en el descansillo con él a rastras, los invitados a la boda los reciben desde abajo con gritos de júbilo, seguidos de un largo acorde de piano, entrechocar de botellas y comentarios a pleno pulmón, todo ello salpicado de sonoros silbidos ante su traje de novio. Su ayudante alza el brazo y le quita el sombrero para saludar por él. El salón está decorado enteramente de blanco, con pálidas serpentinas de trapos descoloridos y papel de catálogos enganchadas entre las vigas, guirnaldas de vaporosa muselina sobre las ventanas, el mostrador y las puertas batientes, flores blancas de papel en todas las mesas de juego, un esparcimiento eyaculatorio de fichas blancas de póquer, y, colgando de las serpentinas, vigas y guirnaldas, cientos y cientos de tintineantes bastoncillos blancos que, según descubre al chocarse con algunos al bajar las escaleras, son huesos, tallados en forma de seres humanos y animales, la mayoría en posturas de cópula. Hasta las escupideras se han blanqueado para la ocasión. Al fondo, detrás del piano de cola blanco como la nieve, huesos de piernas y brazos se han apilado en semicírculo en torno a la gran rueda de la fortuna, convirtiendo el sitio en una especie de altar nupcial, con el letrero del billar, ¡BOLAS REDONDAS Y TACOS DERECHOS!, clavado en el centro, y huesos más finos, trabajados para asemejarse a las partes íntimas del cuerpo, cuelgan como flecos en lo alto del semicírculo.

La presunta novia, con los pechos al aire y aspecto radiante, pasa en medio de los invitados, recibiendo abrazos y besos, piropos, palmadas y pellizcos en el trasero, vasos de whisky y parabienes en general provocativos, así como bolsitas de polvo de oro, que se guarda entre los senos. Regalos de boda, supone él, o ganancias de una apuesta, de alguna que haya perdido él, sin duda, observación que formula a su ayudante, cuya respuesta es la siguiente: Noo, sheriff. Jaa. Es pa su noche de bodas. Cobra entrada.

Pos no van a ver na de na, dice él de mal humor, y el ayudante se echa a reír, mostrando los huecos entre sus dientes manchados de tabaco.

Nos ha repetido que iba haber magreo en abundancia, le dice.

¡Ésta va por ti, cariño!, grita la cantante, encaramándose al piano con las rodillas en alto, mientras el pianista, un mestizo desorejado que fuma en pipa y lleva un pijama blanco, acomete una melodía y ella empieza a cantar una canción de amor sobre la doma de un potro indomable, y los hombres que lo han llevado hasta allí lo levantan frente a la exuberante asamblea con su camisa de gamuza y las largas bragas de color rosa abiertas de par en par a modo de ilustración. No de indomable potro salvaje —está machacado de dolor y mortificación, las muñecas aún atadas, las piernas como de plomo e inservibles, el corazón en las botas—, sino de las desagradables consecuencias del exceso de civilización. Después de toda esa excitación, el predicador se pone el sombrero en la cabeza calva, golpea el mostrador con la Biblia, y dice a todos que se acerquen a la gran rueda de la fortuna: ¡Traigan sillas y tomen asiento, cabulleros! ¡La sagrá ciriomonia está a punto de conmensurar!

Sillas y mesas chirrían en el suelo de madera. El mestizo empijamado, sacando humo de su pipa de maíz, aporrea una especie de marcha que suena como una carrera de caballos o un tren descontrolado, mientras lo arrastran hacia allí para dejarlo al lado de Belle. Hola, guapo, musita ella, pellizcándole los atributos más a la vista. Por todo el salón se eleva un coro preparatorio de carraspeos y escupitajos, eructos, pedos y oraciones o palabrotas, lo que sean, y entonces el predicador expectora un aglomerado que hace tintinear una escupidera encalada a unos metros más allá y anuncia: Salú, queridos hermanos y queridas hermanas, nos hemos arreunío aquí con la más sagrá y reverenciosa alegría pa enjaezar al sheriff con nuestra amada Belle, e instalarlo así en la silla de montar más suave de tol puñetero Terrortorio, ¡y estoy seguro de que tos estáis dacuerdo en eso!

Los hombres lanzan vítores y gritos y dan patadas en el suelo —¡Amén, reverendo! ¡Loada sea!—, la cantante se ruboriza y les sonrío tímidamente por encima del hombro. Luego le coge la mano que tiene más cerca y se la pone en la cadera diciendo: ¡Sí quiero! ¡Sí quiero!

Un momento, buñuelito de crema, dice el predicador, quitándose el monóculo. Entavía no hemos llegao a esa parte del asunto.

Pos dese prisa, reverendo, exclama ella. ¡Porque estoy que me salgo toa entera! Y se da la vuelta para plantarle un beso, al tiempo que le lanza la pierna sobre la embragada cadera y se restriega contra ella, levantando un

acceso de gritos y silbidos y frenéticos lanzamientos de botellas contra las paredes encaladas.

Su pierna mala cede bajo el peso de ella, y el palurdo del sombrero de copa, sujetándolo con su único brazo, gruñe: ¡Arriba ese cuerpo, sheriff! Muestre un poco de agallas y apechugue, que por eso es usted famoso.

Yo no soy famoso por na, jadea mientras el predicador le quita de encima a la cantante, a quien luego ayuda a alisarse las faldas. Salvo por encontrar problemas, quizá.

Jaa. Menudo pinta está hecho, sheriff, dice su ayudante, lanzando un lapo voluminoso y golpeando en el suelo con la pata de palo como si fuera algo vivo. Me parece que se excedió un poco en la despedida de soltero.

¿Qué despedida de soltero?

La suya. Ya sabe, la fiesta de antes de matrimoniarse.

Pero si yo no he ido a ninguna fiesta.

Un momento, dice el otro tipo. ¿Que no ha celebrao la despedida de soltero?

¿Qué pasa?, pregunta el predicador, ajustándose el monóculo en el ojo.

El sheriff, dice el ayudante. ¡Que no ha dao despedida de soltero!

Eso produce una consternación general y la cantante, con cierto aire de desesperación, dice: ¡No importa! ¡Puede darla mañana! ¡Puede dar la tira de ellas, si quiere!

Vamos, Belle, no puede casarse sin celebrar la despedida de soltero, dice el ayudante. Es el reglamento.

Ay, qué coño, dice Belle con desánimo, dando una patada a una escupidera con tal vehemencia que repiquetean todos los huesecillos del local.

¿Qué le parece, reverendo?, pregunta el viejales.

Me parece que no hay más remedio, tenemos que cumplir las normas a rajatabla. Pero no podemos hacerlo aquí, esto está demasiado adornamentao pa un asunto tan ordinario y desfachatao. Mejor nos provisionamos de bebercio y nos llevamos a éste al establo. Allí no estropiciaremos na y puede que esa vieja cerda siga hozando por los alrededores, aunque antes habrá que encontrarla.

Los hombres recogen brazadas de botellas del mostrador y lo que queda del banquete nupcial y, cargándose a hombros, lo llevan entre los huesos tintineantes hacia las puertas batientes, mientras la cantante se levanta el vestido de novia y, furiosa y pisando fuerte, sube de nuevo las escaleras hacia su cuarto, soltando un torrente de imprecaciones sobre todos ellos.

¡Eh, Belle, un momento! ¿Nos das nuestro polvo de oro?

Lo que os voy a dar, hijoputas, es una entrada para una próxima ocasión, replica secamente.

Pero si no va a haber otra.

Pos eso.

Joer, dice uno de los hombres, ya podrían haberme dicho que esa vieja cerda la había palmao antes de tirármela.

¿Y qué más tabría dao?

Bueno, pues pa empezar no habría intentao besarla.

Los hombres dan gritos y resoplan agriamente al oír eso. Creo que voy a tener que probar con esas bragas, dice uno de ellos en tono inquietante. No por primera vez. Él sabe que se le tiene que ocurrir algo. Difícil pensar, sin embargo, casi se deja la cabeza en el camino hasta ahí. La noche está muy oscura, lo llevaban a hombros y no vio venir la parte de arriba de las puertas del establo. Se quedó un buen rato sin conocimiento. Ahora, con las muñecas aún atadas a la espalda, está sentado en un pesebre y amarrado al montante con su propia cartuchera trabajada a mano. Pasan de cuando en cuando a echar whisky barato sobre él y en él, y a untarle de mierda de caballo mientras le gastan bromas sobre la noche de bodas, dada su condición de especial invitado de honor de la fiesta, pero en su mayor parte los asistentes a la despedida de soltero se dedican a atiborrarse de comida y bebida, sentados o echados en torno a una lámpara de petróleo en un compartimiento vacío, tomándose el pelo, contando chistes, diciendo guarradas, cazando tábanos e inventándose siniestras calaveradas, que la mayoría de las veces tienen que ver con la persona física del novio. Que no se encuentra en condiciones óptimas. Tiene la cabeza a punto de reventar, la pierna le sigue doliendo desde el hombro a causa de lo que ha debido pasarle antes de protagonizar el drama nupcial de la cantante, y también ha sufrido magulladuras en casi todo el resto del cuerpo.

Aunque es hombre de pocas palabras y opiniones, tiene la cabeza siempre llena de pensamientos atribulados, y a pesar del golpe en el cráneo no se le ha ido ni uno solo. Es un vagabundo, de esos a quienes su propia historia se les escapa en el momento de vivirla, y sin embargo vagabundear es una aventura mientras que estudiar en exceso la historia personal significa dejarse regir por ella, y él es por encima de todo un hombre libre, decidido a asumir el sentido de su vida aunque no tenga ninguno. O así es como siempre ha pensado de sí mismo antes de renunciar a sus andanzas para ver cómo se le daba aquí

haciendo de sheriff, y aunque ahora no comprenda del todo por qué lo ha hecho, cree que puede deberse a esa opresión de la soledad que con frecuencia acompaña a la libertad como un escalofrío, y también a la presencia de la maestra de escuela, que para él representa tanto un misterio como una provocación, igual que lo es para los hombres acurrucados en torno a la lámpara de petróleo, a juzgar por las escabrosas fantasías que tejen sobre ella, ahora en el centro de su conversación. Quizá tenga que ver con la vanidad, también, con el deseo de la estima de los demás, menos efímera que la que gana en los azarosos encuentros con el revólver o los puños. Bueno, debería ser quien es, y el problema en el que se encuentra se lo ha buscado él mismo por haber dejado de serlo; cuando haya pasado esta calamidad deberá recordarlo, por olvidadizo que sea, y vivir así lo mejor que pueda, o al menos tal es su determinación, allí atado y apestando en el comedero de caballos. Poner sus pensamientos en orden le ha aclarado un poco la cabeza, lo que, según piensa, es sin duda la razón por la que en un principio inventaron la despedidas de soltero.

Hay un par de caballos al fondo; los oye piafar y resoplar tenuemente. Aunque sigue comprimido en las largas y ceñidas bragas de Belle, también lleva las botas y las espuelas de plata, que, debido a un excesivo uso, por su parte o por la de otro, se han desgastado hasta convertirse en afiladas ruedas de acero, y se le ocurre que podría cortarse las ligaduras, tomar prestado uno de esos caballos y largarse de allí, con que sólo lograra poner la pierna buena debajo de él en el comedero. Lo que no es fácil, porque la pierna mala no hace más que ponerse en medio, y a consecuencia de los encontronazos se oyen sonoros golpes contra hueso, madera y metal, pero los hombres hablan a gritos de la maestra y están demasiado borrachos para que puedan oírlos. Poner la pierna debajo no es su único problema. Una vez que lo consigue, se da cuenta casi inmediatamente de que le resulta más fácil cortarse el culo que las ligaduras. Poco a poco, sin embargo, a medida que las pasa y vuelve a pasar por la espuela, nota que empiezan a deshilacharse.

Lo que de verdá matrae, dice uno de los hombres, son sus ojos. Azules y líquidos como una violeta en el rocío de la mañana, ¿sabéis lo que quiero decir? Ah, y su pelo, joder. Como rayos de sol rizados en bucles de oro, de ese oro que nunca he encontrado por aquí. Me gustaría follármela por el pelo.

Pero ¿qué estás diciendo, tarugo? No es rubia. Y tampoco tiene los ojos azules, son más bien grises, del color de la lluvia, pálidos y transparentes como si se pudiera ver a través de ellos. Me gustaría follármela por los ojos.

Serán del puto color que yo quiera que sean, asqueroso de mierda. Cierra el pico antes de que te arranque las tripas y haga salchicas pal desayuno de mi perro.

¿Tú y cuántos arregimientos más, bocazas?

Alto, amigos, os equivocáis los dos, dice otro; son verdes. Él continúa serrando las cuerdas que le amarran las muñecas, centrada ahora su atención en esa única tarea, pero por lo visto crecen de nuevo allí por donde las va cortando, sólo que aún más gruesas, como si fueran acumulando tejido de cicatriz. Tiene los ojos verdes como un prado en primavera, moteados con colores de flores silvestres, y brillan como si hubiera una luz que los iluminara por dentro, puestos los dos en una cara cuya pálida complexión es la mezcla más noble y suputil de lirios y rosas, si es que alguna vez habéis visto semejante cosa. Y justo en medio de to eso, una naricita vivaracha que te mira de frente, tan delicá y vulnerable que te se llena de lágrimas el corazón sólo con ver la indocente pureza del dulce ángel que la lleva. Me gustaría follármela por la nariz.

Pero no es dulce tol tiempo, desde luego.

No, no te falta razón, tiene una manera de ser que no siempre es fácil daguantar.

La mayor parte de las veces, en realidad, dulce no es la palabra más adecuá.

Y si no dices la palabra *adecuá*, señor mío, mejor que te pongas a cubierto, porque cuando quieres darte cuenta te empieza a restregar su educación.

La maestra es una verdadera especialista en restregar educaciones.

Lo que dices no es ninguna tontería, compa. Una vez que dije *me sa* delante de ella, me cogió por banda y me lavó la boca con jabón de lejía. Creí que la diñaba con toda aquella espuma podrida.

A mí me sacudió en el culo con una regla durante casi una hora sólo porque no sabía que tenía una puta subjuntivitis.

¿Qué es la subjuntivitis?

Ni puñetera idea, pero cuando la seño está delante ni me socurre decir que no lo sé.

Él siente que la cuerda cede súbitamente, al fin, sólo con unas cuantas hebras por cortar, pero ha de interrumpirse cuando uno de los asistentes a la fiesta se acerca titubeando en la oscuridad para mear en el comedero. Es el predicador calvo con el ojo cosido por una cicatriz. Ahora lleva el cuello al derecho, aunque todo lo demás está del revés, lo que le causa problemas en el

pesebre. Trastabillea de la borrachera que tiene, ni siquiera parece verlo allí dentro. Ya quisiera yo hacerle una subjuntivitis a ésa, grita a voz en cuello, expulsando por encima del cinturón y salpicando por todas partes menos en el comedero.

Cuidao, amiguete, grita uno de los reunidos en torno a la lámpara. Te estás metiendo en terreno peligroso.

Na, en serio, masculla el predicador, ya de vuelta, aún chorreando por la pernera del pantalón, para reunirse con los demás. Algunos hilos de las cuerdas parecen haberse agrandado y adquirido la dureza de tendones, nutriéndose de la sangre que le sale de los cortes del trasero. No hay tiempo que perder. Si queréis saber la verdá, cogería a esa listilla, me la pondría debajo y me la follaría por el culo hasta no poder más.

¡Oiga, reverendo, que está hablando de la maestra! ¡Que se refiere a una mujer tan pura como el lirio de los valles, de alguien tan intachable y tan indocente como un ángel del cielo!

¿Y no sería eso razón suficiente? Quiero decir, muchachos, que estamos en el puto Terrortorio, ¿que coño pintan aquí los lirios de los valles? ¡A tomar pol saco! ¡Yo digo que nos la cepillemos!

Qué palabras tan animosas, compadre. Me pido segun. ¿Quién va primer?

Reina el silencio en torno a la lámpara de petróleo, finalmente interrumpido por un pedo tartamudo. ¿Te presentas voluntario o qué?, pregunta alguien. ¡No, no! Es que me sa escapao. Igual que sus muñecas, el tenaz enredo de las ligaduras ya vencido. Tras desabrochar la cartuchera, sale con dificultad del comedero, ahora con un enjambre de estremecidos cabos de cuerda, y, cojeando con la pierna mala, se dirige cautelosamente hacia donde están los caballos. Bueno, dice alguien, es la puñetera fiesta del sheriff, a él le toca domar a la seño.

¿No lo hemos hecho ya?

Que yo recuerde, no, compa.

Pero ¿es que no...?

¿Me estás llamando embustero?

¡No, no! Tienes razón, yo tampoco macuerdo. Vamos por él.

La propuesta recibe una aprobación general, expresada con elocuentes gruñidos, y él sabe que no puede dejar de avanzar, aunque ésa sea la tarea más difícil. Tiene la sensación de que cruzar el establo es como una marcha desesperadamente lenta a través de un espeso barrizal, y trepar al primer caballo con que se topa está más allá de su actual estado de forma. ¡Eh! ¿Dónde sa metido?, oye gritar a alguno. ¡No está! ¿Qué...? Un tremendo

cansancio se apodera de él y teme que toda su heroicidad no haya servido de nada, pero la perspectiva de tener que violar a la maestra y casarse con la cantante lo espolea, y, aspirando una bocanada de aire, saca al animal de su compartimento sin hacer ruido. ¡Ahí está! ¡Donde los caballos! Con su última gota de energía se tira de cabeza a lomos del caballo y, pegándole en la grupa con el sombrero y la cartuchera y gritando como si hubiera perdido el juicio, lo saca del establo a galope tendido y se pierde en la noche del desierto.

A mediodía, sigue sin fuerzas sobre la montura como un muñeco de trapo, con las nalgas hechas trizas asándose al sol y sirviendo de festín a las moscas. Le duelen demasiado para moverlas. Le duele todo el cuerpo. Tiene ahora las costillas tan doloridas como todo lo demás después del largo y desesperado galope para alejarse de la ciudad, y le da la impresión de que se le ha quebrado la espina dorsal. Pero al menos ya está fuera de esa ciudad. Para siempre, espera. De la larga noche recuerda poco, después de los gritos y los disparos. En cambio, se acuerda de otra noche en el desierto, hace mucho, cuando seguía cabalgando sin rumbo y aún no había llegado a la ciudad, que entonces no era sino una burlona anomalía en el horizonte diurno. Llevaba deambulando durante algún tiempo y se había acostumbrado a la desolada austeridad de aquel horizonte y al desierto vacío que atravesaba, aunque aquella noche en particular parecía aún más desprovisto de rasgos vivientes que de costumbre. Ni un solo cactus, ni una yuca ni artemisa, ni siquiera un matorral. Ni plantas rodadoras. Ni pizca de agua. Únicamente peñascos y arena hasta donde alcanzaba la vista, una enorme cosa muerta extendida a todo su alrededor bajo la extraña inmensidad del firmamento plagado de estrellas, el inerte más allá más allá de este inerte más allá, adonde, con lo que le queda de aliento, ha llegado. Un silencio desolado cubría la pétreo llanura como comprimido y hecho un fardo y amontonado pesadamente sobre ella, ni siquiera un suspiro de viento, nada sino el hueco y cronométrico toc toc de los cascos del mustang, el caballo y él las únicas cosas que se movían en aquel vacío.

Hasta que, mientras observaba, las estrellas empezaron a deslizarse, a realinearse por el negro telón del cielo como para enviarle un mensaje. Una advertencia, quizá. Pero era un ajeteo perezoso, como cuando se revuelven las fichas del dominó, nada a lo que pudiera atribuir un sentido, y así fue como percibió una ínfima porción de su destino: que todo lo que el universo tuviera que decirle le sería para siempre incomprendible. De modo que,

bueno, después de todo quizá podría entender lo que las estrellas tuvieran que decirle.

Mientras miraba fijamente el espectáculo, se topó con un viejo indio sin dientes sentado en una piedra lisa ante un pequeño montón de relucientes brasas rojizas. Casi lo pisó antes de verlo allí, un brujo a juzgar por su aspecto, aunque bien podría haber sido una vieja *squaw* con las tetas arrugadas. Esa persona, que también contemplaba el enjambre de estrellas en lo alto mientras chupaba una pipa de larga boquilla, no hizo ademán de saludar pero tampoco pareció sorprenderse de que hubiera aparecido frente a él, o ella, de esa manera. ¿Qué es lo que dicen, viejo?, preguntó. ¿Qué dicen las estrellas? El indio o la india giró despacio la cabeza y lo miró, sentado en la silla como si fuera una excrescencia del mustang. Tras un largo silencio, el indio dijo: Dicen que el universo es mudo. Sólo los hombres hablan. Aunque no hay nada que decir. Entonces el anciano apartó la cabeza, se quedó callado de nuevo y se ocupó de las brasas, cuyo único propósito parecía consistir en proporcionarle fuego para volver a encender la pipa de cuando en cuando. Probablemente habría sido mejor dejarlo y seguir su camino. En vez de eso, cambió una tira de cecina de buey por unas cuantas caladas de la pipa, y sin saber cómo todo se puso a dar vueltas a su alrededor (ahora podía entender el cielo; era como un caleidoscopio que removiera imágenes obscenas allá arriba) y el viejo indio se largaba con su caballo y todas sus pertenencias. Aunque veía doble, consiguió abatir al salvaje ladrón, que se alejaba al galope, de un balazo en la nuca disparando los dos revólveres a la vez. No sabía si las dos balas habían hecho el mismo agujero o si había matado a dos indios, pero no se quedó allí para averiguarlo, ya estaba bastante asustado por los espectáculos astrales que se desarrollaban ante sus ojos. Silbó para que volviera el mustang, se izó de nuevo sobre la silla (era como si él hubiera encogido un poco, como escalar una montaña, y tuvo la impresión de que el caballo lo ayudaba en cierto modo) y, abarcando con los brazos el amplio cuello, se alejó, la cabeza gacha, de aquel lugar pedregoso y desolado. Fue quizá por entonces cuando sintió el anhelo de volver a la civilización.

De la que ahora está hartó. Un tanto a favor del desierto, después de todo. La visión que tiene de él, colgado, con el culo en pompa sobre el lomo del caballo, un viejo poni color tabaco cansado de los duros caminos, es sobre todo la del suelo que pasa bajo los pesados cascos del animal, y se le ocurre que la supervivencia en el desierto sin duda depende de la absoluta atención a esos detalles al tiempo que se evita tener la mirada fija en el horizonte, lo que puede dejar sin vista a una persona. El horizonte es una visión que ya no sufre

sino rara vez, y únicamente al revés, bajo el vientre del caballo, cuando su cabeza oscila en esa dirección. Es una perspectiva desconcertante, que de pronto le hace sentirse sin trabas, forzándolo a agarrarse al áspero y peludo cuerpo de la montura para no caerse hacia atrás en el cielo, de modo que cierra los ojos con frecuencia cuando el firmamento aparece en su campo visual. Y es cerrando así los ojos por miedo a tener por techo el árido desierto cuando oye el grito apagado de una mujer.

Sorprendido, se yergue de pronto y cae del caballo. Se hace un daño considerable, sobre todo en la parte medianera, ya un poco penetrada por todos los demás dolores, con lo que en este momento es de padecimiento de lo que principalmente está hecho su cuerpo. Se queda tendido en el pedregoso suelo, encogido, dudando de que llegue a incorporarse alguna vez, escuchando los gemidos como de roedor de la mujer, pero no por mucho tiempo; no se ha cruzado con muchas mujeres por ese territorio y por tanto la novedad misma lo estimula lo bastante para erguirse y echar una mirada. Es la maestra de escuela, atada y amordazada en el suelo a pocos pasos de él, según una medida antigua, de una época en la que él aún podía andar. Ahora se arrastra boca abajo hacia ella, desplazándose lateralmente como haría una serpiente quebrantada. ¿Sencuentra bien, señá?, jadea.

Ella lo fulmina con la mirada, forcejeando con las ligaduras. Tiene los brazos y los tobillos atados a la espalda y la boca abierta tras un pañuelo rojizo manchado de sudor, muy parecido al que llevaba él, bien anudado por detrás de las orejas. Torpe por sus propios descalabros y su timidez, intenta desatar el pañuelo, pero ella niega con la cabeza y sacude el cuerpo hacia él, gruñendo ahora con insistencia y dirigiendo los ojos con temor hacia el horizonte, como si no hubiera un momento que perder. Intenta ponerla boca abajo, pero por lo visto está firmemente inmovilizada contra el suelo: él se alza un poco sobre la cadera para ver lo que pasa y se encuentra con que está amarrada a algo que parecen trozos de viejos y herrumbrosos raíles de ferrocarril, enterrados en la arena. Quita la tierra para llegar a los nudos y siente que la carne suave bajo el vestido negro salta contra sus manos para luego retroceder rígidamente. Me disculpe, señá, dice él, quitando un poco más, sintiendo que ceden sus dolores. Ella percibe sus efluvios, lanza una mirada a las mugrientas bragas color de rosa, y vuelve la cabeza asqueada, como con ganas de vomitar. Él ha de pasarle la mano bajo el cuerpo para llegar a los nudos que le inmovilizan pies y manos, las cuerdas duras como raíces y profundamente enterradas, y sólo después de esforzarse con ellas durante un buen rato se da plenamente cuenta de dónde se encuentran sus

propias manos, porque hasta ahora no ha pensado racionalmente en el trasero de la maestra, ni en el sitio de ahí abajo en el que se bifurcan sus muslos, donde ahora se le hunden los atareados puños de nudillos en carne viva, aunque tiene una vaga idea de la compleja maraña negra que debe envolver todo eso, reliquia de una época más antigua. Cuando, para encontrar el extremo de una cuerda, ahonda un poco más, ella arquea la espalda alarmada para alejarse de sus manos, golpeándole el vientre con las rodillas, pero él no le desea mal alguno, ni tampoco tiene intención de aprovecharse de ella, porque la considera la criatura más inocente y virtuosa de la tierra, y hasta su trasero no es tanto un culo en su imaginación como el pedestal sobre el cual, erguida y verdadera, se alza su virtud. Resulta bastante evidente, desde luego, de dónde le ha venido la idea del erguido pedestal, habida cuenta de la abertura y el harapiento estado de las largas y ceñidas bragas de Belle, y vuelve la espalda a la maestra con objeto de no ofenderla con esa cruda y deprimente visión. Lo siento, señá, dice, desenfundando el cuchillo de caza y poniéndose a horcajadas sobre ella, pero los nudos están muy apretados y no pueo desatarlos, voy a tener que cortarlos. Así que no se mueva, no quisiera pincharla.

La maestra pone los ojos en blanco al ver el cuchillo (en realidad, aunque la cuestión le ha estado rondando toda la noche por la cabeza, no está seguro de qué color son, porque lo que ve es sobre todo la penetrante negrura de las pupilas), y se queda sin fuerzas. Incluso su trasero se parece ahora más a un culo bajo el dorso de su mano mientras sujeta las cuatro extremidades prisioneras para que no se muevan, y la cadera medio alzada de ella, que su miembro roza ahora con rigidez como queriendo trazar un surco en ella, es una cadera femenina pese a la gruesa envoltura negra, flexible y suavemente redondeada, un consuelo para la vista y el tacto. Pasa con cuidado la hoja bajo las cuerdas entre las muñecas y los tobillos, agradeciendo el tiempo que le lleva hacerlo, y entonces las corta con un solo tajo hacia arriba. Los extremos de las cuerdas se arrugan, caen a la arena y los raíles desaparecen, pero toda su atención se dirige a la maestra, que está —tan pálida y llorosa, un blando envoltorio de la más inmaculada y vulnerable dulzura— demasiado débil para incorporarse. Él se pone en pie con dificultad, su virilidad alegremente estremecida bajo el sol abrasador, no puede hacer gran cosa para remediarlo, y la coge tiernamente en brazos justo cuando por el lejano horizonte llega un tren con un estruendo ensordecedor, y lo empuja hacia atrás con la poderosa violencia de su paso. Y entonces, tan rápidamente como ha aparecido, desaparece otra vez. Lo oye alejarse en la distancia como si doblara una curva

invisible para él, y luego deja de oírlo. Deposita a la maestra en el suelo, aún con la mirada fija en el horizonte vacío, le corta el trapo que la amordaza. Si no es la cosa más rara que viera en toda mi vida, dice.

Que *he visto*, replica bruscamente ella, escupiendo la mordaza y arreándole una bofetada. Una verdadera galleta que le hace castañetear los dientes. Luego monta en su caballo a mujeriegas y lo deja allí plantado, solo en el desierto vacío, sin una palabra más. Él se frota la mejilla mientras observa cómo disminuye rápidamente hasta desaparecer detrás del horizonte. Imposible entender a las mujeres.

Aún le escuece la cara del bofetón de la maestra cuando la ciudad se desliza de nuevo bajo sus pies y la cantante del salón se asoma por una ventana del primer piso gritando: ¿Qué haces otra vez por aquí, forastero? Creí que te habías largao. ¡Tu jeta está por toda la ciudad!

Supongo que no podía estar mucho tiempo fuera, contesta él secamente. Es cierto, ve su rostro en carteles de SE BUSCA clavados por todas partes, aunque el que hay colgado en la barandilla de amarre frente a la cárcel cerca de la vieja calesa más bien parece una perspectiva desde atrás de su desesperada evasión del establo: ¡LADRON DE CABAYOS!, dice. ¡RECONPENSA! ¡MUERTO O VIBITO Y COLEANDO! Salvo por la cantante de pelo anaranjado enmarcada en la ventana con visillos de encaje, no hay señales de vida en la polvorienta ciudad, ni siquiera una brisa cálida que remueva la soga del patíbulo ni agite el letrero del salón. Está desierta y silenciosa, pero todo parece cargado de tensión a la luz sin sombras de mediodía, como si la ciudad entera estuviera minada con dinamita. No está en condiciones de desenfundar frente a nadie, pero tiene las manos tensas sobre la cartuchera debido a una vieja costumbre de pistolero, que es la única que él respeta. ¿Dónde está todo el mundo?, pregunta.

No sé. Habrán ido a buscarte, bandido. Menuda despedida de soltero habréis tenido. Debo reconocer que estás mu atractivo, en medio de la calle con el arma fuera como si quisieras cazarnos a tos. Ao mejor debería bajar y colgar en ella el chichi mojado durante un ratito, lo justo pa que no se te reseque mucho al sol.

Vale, me gustaría saber si aún tienes mis pantalones por algún sitio.

Me parece haberlos visto. No te muevas dahí, tesoro. Los busco y te los bajo.

Quedarse allí, en medio de su propia galería de retratos, carece de todo sentido, y además tiene la impresión de que Belle podría pensar en el dinero de la recompensa o en nuevos planes de boda, pero en una ciudad abierta y destartada como ésta, construida con unos cuantos tablones y un poco de hojalata, no es fácil encontrar un sitio para esconderse sin que nadie lo descubra. Se decide finalmente por su propia cárcel, donde podría defenderse mejor hasta que todo quedara explicado. De modo que se encamina hacia allí cojeando marcadamente, llevando a rastras la pierna mala como un caballo tira de una parihuela cargada, y dentro se los encuentra a todos, que lo están esperando. Lo derriban con una zancadilla, le quitan las armas y le dan una buena tunda con puños y botas, culatas de revólver y patas de palo.

Te habríamos ahorcado directamente, repugnante canalla ladrón, que no sirves pa na, pero como una vez fuiste agente de la ley, tendrás derecho a un juicio, justo y como está mandao, y luego te colgaremos.

No magáis favores, dice con un gemido, rodando por el suelo para abrazar su dolor, y lo patean un poco más. Tiene la impresión de respirar directamente por un frío y doloroso agujero en el pecho, y se da cuenta entonces de que ya no lleva la placa. Se le debe de haber caído allí, en el establo. O puede que antes. No recuerda cuándo fue la última vez que la vio.

Lo arrastran por los pies y lo arrojan a un calabozo, pero dentro hay otra persona. Parece que lleva tres o cuatro semanas muerta. Cuando les señala ese hecho, un viejo jorobado con anteojos, que quizá fuera su ayudante en otro tiempo, uno de ellos en todo caso, da un puntapié al cadáver y dice: Debe ser un malhechor que otro sheriff mandó ahorcar. Me solvidó darle de comer, me parece. Recogen el cadáver, lo tiran a la calle, lo encierran a él allí y cuelgan la llave en la pared del fondo, que por lo demás está cubierta de fotografías de muertos, desde recién nacidos de ojos vacíos a bandidos acribillados a balazos pasando por montones de víctimas de matanzas.

El ayudante actual, un individuo alto y feo, de pelo largo y grasiento como cuerdas de metal trenzado y unos cuantos dientes de oro desperdigados, se sienta en una chirriante silla giratoria con una pipa, una botella y una baraja de cartas mientras los demás hombres se dirigen en la oscuridad hacia el salón, discutiendo sobre la forma de repartir la recompensa. Lo que él lamenta ahora, hecho un ovillo en el suelo del calabozo, es no haber saltado a aquel tren cuando pasó rugiendo. No pensaba. En eso, no. Lo que una mujer puede hacer de uno. Claro que las cosas no habrían sido muy distintas. Una noche, tras una reyerta en un salón, recuerda ahora, lo metieron en la cárcel con un famoso ladrón de trenes al que iban a ahorcar al amanecer. En la ciudad

donde me crié, le dijo el ladrón de trenes, corría un montón de puñeteras historias. Era imposible dejar de oírlas. Temía pasarme toda la puta vida oyendo aquellas increíbles patrañas inventadas por otra gente. Muerta, mayormente. Así que me vine pacá. Pa inventar mi propia muerte, cabría decir. Bueno, pos parece que lo has lograo, repuso él, porque era joven y alocado entonces y admiraba a aquel hombre. El ladrón de trenes, sin embargo, se le quedó mirando como si fuera el tonto del pueblo. Y una mierda seca, le dijo.

Continúa en el suelo y va habituándose a la postura cuando la cantante del salón aparece con un puchero de barro lleno de judías estofadas. Está hecho un verdadero asco, dice, observándolo desde fuera. Esa ropa suya es de lo más repugnante. Quítasela, ayudante, la lavaré antes de que lo exhiban en la sogá.

Yo no toco esas bragas inmundas, Belle.

No tienes por qué tocarlas. Sólo dame el sombrero y las botas y la camisa de gamuza.

El ayudante se rasca pensativo los sobacos, y luego le grita: ¡Quítate esos trapos, palurdo, y tíramelos pacá antes de que te haga otro bujero en el culo de un balazo!

A tomar pol saco, murmura él, y el ayudante dispara un tiro que le quema la oreja. Probablemente le ha hecho un agujero.

Cuidao, ayudante. Lo vas a estropear pa la ejecución. Abre, yo le quitaré la ropa.

No estarás tramando alguna jugarreta, ¿verdá, Belle?

Me gustaría hacerle una y arrancarle de raíz esa cosita suya tan mona, ayudante, si es que te refieres a eso. Éste es el perro traidor que me dejó plantá en el altar, ya lo sabes, tú lo viste. Joer, cómo espero el momento de ver cómo se balancea el malqueda hijoputa éste. Venga, ábreme y déjame a mí.

Humm. Vale, dice el ayudante. Él oye el ruido de la llave en la cerradura. Pero de tos mos no voy a dejar de apuntarte con el revólver.

Bueno, pero no le hagas más bujeros, que en esta ciudad ya no hay suficientes hombres duros para ocuparse de los que yo tengo. Deja el puchero de judías en el suelo y se arrodilla junto a él, ofreciéndole una ración de vista de sus partes desnudas. Te he traído algo pa comer, tesoro, dice en tono sugerente, y parece enviarle un beso húmedo con la cosita que ella tiene entre los muslos. Él aparta la cabeza. Sí, ha sufrido ciertos destrozos esa oreja, desde luego. La cantante se le pone a horcajadas entre las piernas, le quita las

botas y aprovecha para darse un masaje en las partes peludas, le desabrocha luego la cartuchera y le saca la camisa por la cabeza. Otra vez estás en un lío, mi héroe, musita, respirando agitadamente. Tienes más problemas que un caballo con cola de rata y atado en corto en temporada de moscas.

Malegro de saberlo. Tenía miedo de que to marchara bien.

¿Qué le estás diciendo, Belle?

Le dicho que era un rata por haber robao ese caballo y que dentro de poco lo colgarán bien alto. Bueno, ahora métete esas habichuelas pal cuerpo, poco queda, y espera aquí a que te lo traiga to.

Yo no pienso ir a ningún sitio.

Te puedes jugar el culo a que no, dice el ayudante, volviendo a cerrar. La cantante, según observa él, tiene la mano libre metida en los pantalones del ayudante.

Por ahí abajo, ayudante, eres casi tan feo como por arriba, afirma ella.

Lo sé. ¿Tienes ganas de char un polvo, Belle?

Nunca se me quitan, gime ella, hurgándole con la nariz bajo el enmarañado pelo para mordisquearle un grueso bulto de tejido cicatrizado que antaño quizá formara parte de la oreja. Sigue jugando con ese trozo de cartílago, ayudante, y dale vida hasta que vuelva con la ropa del chico.

Parece salir por la puerta y volver enseguida, aunque no es así, él lo sabe, porque entretanto ha encontrado la sierra en el puchero de judías y se ha dedicado a serrar los barrotes de la ventana mientras su guardián, dando chupetones a la botella de whisky y haciendo un solitario a la luz de la lámpara, le da la espalda. Los barrotes, según ha descubierto, son viejos postes alquitranados de una cerca; podría haberlos arrancado de un puñetazo.

Vuelve a dejar la sierra en el puchero de judías cuando el ayudante se levanta algo curda de la silla y se acerca tambaleante al calabozo para abrirlo. Esta noche güeles de lo más bien, Belle.

Bueno, ayudante, podrás darme un lametón dentro de un momento. Sólo déjame que le dé estos trapos a ese bribón, estoy harta de verle andar desnudo por ahí. Nada civilizo.

Él observa que le ha teñido de negro la camisa de gamuza. Estaba demasiado mugrienta pa lavarla, explica ella, he tenido que darle color. También le ha traído un ancho sombrero flexible, guantes, pañuelo de cuello y botas, todo negro. Hasta los calzoncillos largos son negros. Le quita las destrozadas bragas rosas y las tira por la puerta del calabozo: ¡Toma, vete oliendo éstas mientras esperas, ayudante! El hombre, bizco de tanto beber, las coge, las mira con aire atontado, se pone verde y sale dando tumbos por la

puerta para vomitar en la calle. Mientras está fuera, la cantante le pone los calzoncillos largos y, colocándole los magullados huevos con particular ternura, musita: Hay un caballo y armas esperándote frente a esa ventana, tesoro. Ahora coge el resto de tu librea y lárgate de aquí mientras el ayudante y yo decimos nuestras oraciones. Nos veremos más tarde.

Pero ¿dónde?

No te preocupes, guapo, dice ella sonriendo. Tencontraré. No puedes perderte.

Pasan muchas cosas y entonces se encuentra de nuevo solo y abandonado en el desierto, tumbado bajo la negra bóveda de la noche, hambriento, sediento, demasiado dolorido para ponerse en pie y echar a andar, pero es hombre muerto si no lo hace. Ningún desastre por esos parajes, desde luego, mucho más grave es la preocupación de haber perdido el sombrero y las botas en el frenético galope para alejarse de la ciudad a lomos de la yegua negra. Ese animal, tras haber efectuado el rescate, lo tiró al suelo allí mismo, dejándolo sin fuerzas y con necesidad de otra montura, abandonado sobre lo que un viejo trampero bajado de las montañas denominó una vez la piel seca de lo inefable, que por entonces él consideró una forma dominguera de referirse a lo infollable.

Una de las cosas que pasaron fue que, mientras Belle se ocupaba del ayudante borracho detrás del escritorio (No queremos que ese bandido se excite demasiao, verdá, dijo ella, lanzando un guiño al feo ayudante mientras lo obligaba a tumbarse allí, donde el preso no los veía), él cogió las botas y se escapó por la ventana del calabozo, que estaba un piso más alto por detrás que por delante; vio que el caballo lo esperaba abajo con su cartuchera sobre la grupa, así que sólo tuvo que soltarse y dejarse caer, haciendo un ruido al tocar la silla como el de la pelota al dar en el guante de cuero. Le dolió, pero no tanto como había temido, aunque probablemente los últimos castigos sufridos habían marcado nuevas pautas en ese sentido. Pero si la yegua, una hermosa purasangre negra como el carbón, quería jugar al béisbol con él, se sentía menos inclinada a llevarlo a parte alguna, ignorando impasible sus más desesperadas exhortaciones. Le dio coba y rodillazos, le chasqueó la lengua en la oreja, le tiró de las riendas, le dijo arre con un áspero murmullo, le pegó fuerte con la mano en la grupa, y la maldijo como la diabla negra que era, pero ella sólo volvía la cabeza y lo miraba con melancolía, tal vez con reproche o decepción.

En el salón, entretanto, había estallado una disputa, un altercado por el dinero de la recompensa, según podía colegir él, o quizá se lo habían estado jugando y alguien había hecho trampas, y ahora la pelea se desbordaba en la calle. Había puñetazos, disparos, botellas y sillas por los aires, ventanas y espejos hechos añicos y, en medio de todo aquello, una creciente agitación de borrachos clamando por un linchamiento: ¡Es ese puñetero ex sheriff ladrón de caballos que nos está jodiendo vivos! ¡Vamos a sacar ahí a ese miserable rufián y a colgarlo bien alto! ¡Sí! ¡Ha arruinado esta ciudad! ¡Venga! ¡Vamos por ese joputa! Pero, incluso cuando el jaleo se extendía peligrosamente en su dirección, la yegua, clavada en el sitio, no se movía un ápice, mirándolo con sus tristes ojos por encima del hombro, y él empezó a preguntarse si la cantante del salón, aún más rencorosa por su frustrada boda de lo que aparentaba, no le había tendido una trampa de consecuencias aún más angustiosas que una ejecución legal. ¡Arre, dita seas!, gritó, pero la obstinada criatura se negaba. Le dieron ganas de aplastarle los sesos con algo pero era todo lo que tenía, de modo que apretó los dientes, se inclinó hacia delante, le acarició el lustroso cuello negro y le suplicó fervorosamente que lo sacara de aquel polvoriento agujero infernal antes de que fuera demasiado tarde, musitándole en la erecta oreja que ahora estaban los dos solos, ella tenía su destino en sus manos —o en sus cascos, mejor dicho—, y si quería quedarse allí y morir como una imbécil, pues, bueno, él respetaría su deseo, porque a él le salía más a cuenta que lo mataran de un tiro allí mismo, en medio de la calle, que balancearse de una cuerda como un salchichón, pero no había necesidad de que ella sufriera un destino tan horrible, eso no era necesario para ninguno de los dos, porque aún había tiempo, y suficiente, pero tenían que espabilar —¡y rápido!—, y mientras él hablaba la yegua había empezado a piafar y resoplar y sacudir la cabeza, y le dijo que era el caballo más bonito que había visto en la vida pero le habría dado lo mismo que fuese el jumento más feo de toda la creación, aun así la querría, con que sólo pusiera los cascos en polvorosa y mandara su precioso culo a hacer puñetas de allí, y al momento siguiente estaban a kilómetros de la ciudad, atravesando como el rayo la noche del desierto a tal velocidad que apenas podía mantenerse en la silla, los párpados vueltos, los dientes descubiertos tras los labios estirados, el nuevo agujero en su oreja silbando, la ropa desgarrándose por el viento. Entonces, con la misma brusquedad, se detuvieron y él, impulsado hacia delante, dio una voltereta por encima de la cabeza del caballo, aterrizando justo donde yace ahora, de espaldas, mirando a las indiferentes estrellas, sin sombrero, sin botas, sin armas e incapaz de imaginar cómo podría ponerse de

nuevo en pie, con la voluble yegua negra ya desaparecida hace mucho en la noche, como si, después de traerlo hasta ahí y dejarlo tirado, hubiera concluido su trabajo.

Bueno, no es la primera vez que lo tira un caballo. Domar potros salvajes forma parte de su ser, es lo que hace. O formaba, hacía, hasta donde alcanza su memoria, porque sus recuerdos sobre eso residen sobre todo en la base de su columna vertebral, ahora recién zarandeada. Pero de eso hace ya tiempo. El mustang con el que vino aquí era probablemente el último que había domado. Si es que realmente llegó a domarlo. No fue fácil. El animal había vivido en libertad, adquiriendo el principio inquebrantable de que nadie lo montara. Lo cual, como a él tampoco le gustaba que nadie se le subiera encima, podía respetar, pero sólo hasta el momento en que empezaba a dolerle. Aquel caballo era capaz de permanecer inmóvil como una piedra y de pronto soltarse como el resorte de un reloj, tirando a la gente en todas direcciones, sin que dos de sus cascos tocaran el polvo al mismo tiempo. Caracoleaba, saltaba hacia el sol, se zambullía desde las alturas, y sacudía la grupa; era como estar a horcajadas en la punta de un látigo o tratar de agarrarse al borde de un precipicio en pleno terremoto. Con los carrillos del trasero. Se vio arrojado a barrizales, grupos de cactus, carros de estiércol y hogueras, una vez incluso a la copa de un árbol. Hasta que se puso furioso. Maldita sea, era el caballo o él. Hizo que lo ataran a los estribos y la silla con la intención de montarlo día y noche durante tanto tiempo como fuera necesario. No sabe cuánto duró eso, pero le pareció una eternidad, una pesadilla quebrantahuesos que jamás tocaba a su fin. Un día volvió en sí en el fondo de un barranco en medio de un zarzal, aún atado a los destrozados arreos mientras el caballo pastaba tranquilamente en la colina sobre su cabeza.

El caballo había ganado la partida pero después de aquello se llevaron bien. Como socios, más o menos. Ninguno de ellos volvió a su lugar de procedencia; de haber querido, él no habría sabido encontrar el camino de vuelta. En cambio, continuaron avanzando, solemnemente, una pareja de caminantes de pies ligeros, que seguían el viento, hasta que ese vagabundeo los trajo aquí. Al desierto. Donde ahora, por algún sitio, ladra un coyote y aúlla un lobo solitario. Un recordatorio no muy sutil. De que es carne. Y el vientre reseco del desierto en el que yace está vacío y lleno de un hambre insaciable e inagotable. Incluso en ese momento siente ese vientre que resuena débilmente bajo él, y oye: *un animal que se aproxima sigilosamente*. No tiene armas, ni siquiera el cuchillo de caza, pero sea lo que sea no va a comer gratis. Se queda completamente quieto, intentando calcular la distancia

y la dirección de donde viene, olfateando el aire para encontrar alguna pista, mirando fijamente al cielo de la noche, deseando que fuera un espejo. Ningún movimiento allá arriba esta noche, las estrellas están todas clavadas en su sitio, pero titilan como si estuvieran flojas y pudieran desplomarse fácilmente. Se concentra en ellas, como si fuera capaz de arrancar alguna sólo con la mirada. Y entonces, para su gran sorpresa (da un grito) lo consigue, o eso parece, pero la estrella no aplasta al depredador y en cambio cae sobre él. Pero: no una estrella. No. Le ha golpeado en la cara una bota, su propia bota. Erguida sobre él está la yegua negra. Ha vuelto. Tiene la piel húmeda de sudor y espuma en las comisuras de la boca. Deja caer la otra bota, el sombrero, la cartuchera, el cuchillo envainado.

Sigue tumbado, observando al gigantesco caballo que se yergue sobre él, el cuerpo negro tapando las estrellas, pero los ojos brillando como lunas, y de pronto se siente más vinculado a la tierra de lo que nunca ha estado. Es como si el caballo, a quien ha juzgado tremendamente mal, sin explicar nada (él sigue tan ignorante como siempre), le hubiera otorgado una razón para vivir, y un deseo también, y ahora sabe que sobrevivirá a esta noche. La yegua se inclina, frota su amplia nariz contra la suya, le hociquea el pecho como para animarlo a que se levante. Sí, es consciente de que debe seguir adelante, puede que la hayan seguido hasta aquí, pero la armoniosa visión del universo que tiene en este instante es tan absorbente que quiere aferrarse a ella un momento más. Siente que mirando, mirando a lo alto, al caballo y al cielo, ve la verdad misma, su núcleo y su esencia. Inefable, desde luego, como dijo aquel viejales maloliente, aterrado por lo que veía, pero su corazón, su órgano menos utilizado, está conmocionado. Alza la mano agradecido para acariciar el cuello de la yegua, pero ella se estremece y retrocede bruscamente. ¿Qué...? ¡Sangre! ¡Está herida! ¡Le han disparado, esos crueles gallinas, esos cobardes tarugos! La rabia que lo invade tiene un propósito: lo impulsa a incorporarse y a ponerse la cartuchera y las demás cosas que su montura le ha traído. ¡Está dispuesto a enfrentarse a todos ellos! La yegua lo observa pacientemente, hocicando el suelo como si pastara, aunque no hay nada que comer. Las botas son lo más difícil. No puede agacharse bien y se le han ido las fuerzas. Ella pone una pata a su lado para que tenga algo donde apoyarse. Hecho eso, intenta levantarse agarrándose a su hombro, llega a ponerse de rodillas, pero parece incapaz de conseguir lo demás. Si planta un pie en el suelo, cede el otro. Ella también resuelve ese problema. Lo coge con los dientes por los fondillos del pantalón y lo iza a su grupa, sobre la cual se derrumba torpemente, boca abajo y con las piernas colgando. En eso queda su

enfrentamiento con el mundo. Ella relincha quedamente. Él le abraza el cuello, y juntos se alejan al galope de allí.

No es de los que sueñan mucho. Cuando está despierto, despierto está, y cuando duerme, duerme. Pero esta noche en el desierto, derrumbado sobre la grupa de la yegua negra al galope, sueña que viaja en una diligencia en compañía de una bella mujer vestida de negro que es el doble de su tamaño. Pasan por un territorio peligroso lleno de indios y bandidos, y ella le cuenta la historia de un joven aventurero, valiente y lleno de iniciativa, durante la azarosa travesía de un páramo demoníaco. El joven era honrado y fuerte, poseído de espíritus animales y dotado de un desarrollo muscular dominante, le cuenta ella, de hombros cuadrados como de hierro forjado y miembros semejantes a barras de acero. Él intenta imaginárselo, mientras ella vuelve la cabeza, enseñándole el negro lunar de su mejilla, para mirar con nostalgia por la ventanilla de la diligencia como si el hermoso joven anduviera por allí, en alguna parte. Atacan la diligencia, pero extrañamente ellos sólo son espectadores. El joven tenía un pelo rizado rubio como el oro y una frente varonil, prosigue ella con voz queda, volviéndose de nuevo hacia él, y unos ojos azules y destellantes, que eran tiernos y conmovedores en estado de calma, pero firmes y resueltos en estado de agitación. Su nariz aquilina era recta como una flecha y parecía esculpida en el más fino mármol de Paros, tenía la mandíbula cuadrada, una hendidura en el mentón y unos dientes perfectos y blancos que destellaban cuando sonreía como dos filas de lustrosas perlas. Ella sonríe tenuemente como para mostrarle ese brillo nacarado, aunque en realidad su boca está llena de sombras. El joven no se aprovechaba de su fuerza superior, ni la utilizaba sin mediar una considerable provocación, y en esos casos únicamente en limpia contienda. Y siempre se mostraba caballeroso con las mujeres. Ahora están completamente rodeados de indios o bandidos, o de ambas cosas, y el viaje en la bamboleante diligencia es cada vez más incómodo, con las ruedas de madera chocando contra baches y piedras, saltando y brincando con tremendas sacudidas, las ballestas de cuero rechinando, balas y flechas granulando los paneles. Él creía ser independiente y libre y controlar su propia suerte, añade ella con el pesar nublándole el rostro, pero desde luego no era sino un simple agente del destino. Y encima de todo eso, suspira, está muerto. ¿Muerto?, pregunta él. Quiere echarse sobre su regazo y que lo abrace, pero ella tiene las manos entrelazadas sobre las piernas. El cochero de la diligencia, ahí arriba, dice

ella. ¿Es que no ha prestado atención? Está muerto. Los caballos se han desbocado.

Por eso van tan deprisa y sufren tantas sacudidas. Sabe que tiene que demostrar su propia valentía e iniciativa; incluso quizá sea ésa la razón por la que han emprendido ese angustioso viaje. Agachándose, se baja del asiento y abre la puerta de la diligencia. Que el ímpetu de la velocidad arranca de sus goznes, derribando de los caballos a varios asaltantes como un madero lanzado contra un conjunto de jinetes de plomo. No es fácil llegar al asiento del cochero; debe subir por el flanco de la diligencia desbocada, una mano después de la otra, agarrándose a los marcos de las ventanillas, las molduras, las barandillas y los adornos metálicos, y más de una vez está a punto de salir despedido. Aferrarse al bamboleante vehículo es como montar un caballo salvaje, y se da cuenta de que quizá sea la única persona capaz de hacer eso en el mundo. Mientras, balas y flechas se incrustan en el flanco de la diligencia, casi rozándole y hasta hiriéndolo quizá, no está seguro, aunque tampoco le importa mucho; no espera salir vivo de todo eso, sólo quiere llevar a cabo lo que tiene pensado hacer.

El asiento de cochero encima de la valija del correo está vacío y luego no lo está: un hombre de ojos ardientes y ásperas patillas grises se yergue sobre su cabeza. Va gritando al atronador tiro de caballos —*¡Jia! ¡Jia!*— mientras los azota con un largo látigo negro, lanzándolos a una carrera aún más veloz. El cochero parece darse cuenta de su presencia, de que sube a gatas por el costado de la diligencia, pero hace como que no lo ve. No puede ser el verdadero cochero. Los bandidos o los indios deben haber matado al auténtico. A quien él quería o pudo querer (de haberlo conocido). *¡Jia!*, grita el conductor de ojos frenéticos mientras hace restallar el látigo. Aunque sólo ha llegado a las rodillas del cochero, se las arregla para arrebatarse el látigo. El conductor se encoge atemorizado y retrocede cuando él blande el látigo por encima de la cabeza —parece encontrarse a unos dos metros frente a él, como en una plataforma sobre la primera pareja de caballos—, lo hace restallar y de un solo golpe le arranca limpiamente la cabeza: que sale por los aires, rebotando en el techo de la diligencia con una expresión de ciega perplejidad. Él se vuelve para coger las riendas, pero no hay riendas, y los caballos desbocados van a todo galope, arrastrando a la escorada diligencia hacia un enorme precipicio. A su lado en el asiento, el decapitado cadáver del cochero se sacude de un lado a otro, martilleándole el hombro como tratando de derribarlo del asiento y vengarse de él por haberle arrancado la cabeza. Podría saltar de la diligencia condenada, pero la dama de negro sigue dentro, de

modo que tiene que detenerla antes de llegar al precipicio. La única forma que se le ocurre es avanzar como sea hasta los caballos de cabeza y refrenarlos. Sin vacilar, se lanza sobre la primera pareja de animales justo a sus pies, pero falla y cae entre los dos, sobre el arnés que los une, que por alguna razón asocia con un ligero. Quiere levantarse y alcanzar los caballos delanteros, pero se ha quedado enredado de alguna manera y el ritmo de los cascos al galope lo empieza a adormecer. Cuando se está quedando dormido, la mujer de negro aparece a su lado en el arnés. No pasa nada, le dice, acariciándole la frente (¿con la nariz?). No es culpa suya. Y se tumba a su lado, acunada sobre el estruendo de los cascos, y, en paz consigo mismo al fin (¿el precipicio?, no es nada, olvídalo), se queda dormido, acurrucado tranquilamente junto a ella.

Cuando se despierta, al principio no está muy seguro de qué se despierta ni de quién podría ser el cálido cuerpo contra el que se aprieta. Mantiene los ojos cerrados un momento para retener algo de la placentera aura del sueño antes de que la dureza del mundo lo atrape de nuevo, la sensación que le daba de saber quién es y por qué está aquí, pero en realidad ese aura se ha desvanecido y todo lo que queda es el recuerdo de estar a la orilla de algo (¿una mujer?) y la expresión del viejo trampero entrecano cuando le dijo que era la única persona capaz de hacer eso en el mundo. Ni siquiera está seguro de que fuese él mismo en el sueño, era como si hubiera sido otro, alguien que lo llevaba a alguna parte adonde él no quería ir. Lo que no tiene sentido. Aferrarse a los sueños es como querer comerse un olor. Todo es muy vívido y real y está pletórico de significado en el momento, pero después sólo quedan vagas imágenes espectrales que atosigan la cabeza despierta.

Vaya, vaya. Buenos días, tesoro. Él abre un poco los ojos. Es la cantante del salón, plantada en la puerta. Una puerta, la que sea. ¿Habéis dormido bien, los dos?

Está tendido en un viejo y gastado colchón relleno de paja y cubierto de andrajosas mantas, pero es más cómodo que el suelo del desierto o una traqueteante silla de montar, a lo que está más acostumbrado, y ha dormido profundamente. Y mucho tiempo: debe de ser mediodía. Su compañera de cama es la yegua negra, tumbada de lado y de espaldas a él. Se aparta de ella y se incorpora, aún tratando de recordar el sueño, pero en su mayor parte se ha desvanecido. No se acuerda de cómo ha llegado ahí, tampoco. *Ahí* es una desvencijada cabaña de madera, severamente tiroteada y con la mitad del tejado al aire. Le han quitado las botas y la camisa de gamuza; sólo lleva calzoncillos largos de color negro y un pañuelo al cuello.

Soñaba con mi padre, dice con un bostezo abismal mientras a su espalda la yegua se levanta pesadamente de la cama y se dirige fuera para despachar sus asuntos matinales.

Cuenta. ¿Buen tipo?

No sé. No lo he conocido.

La cantante, de pie al sol de mediodía que entra por el tejado, va hoy ataviada con un elaborado vestido negro muy propio de ella: blusa y falda hasta la rodilla con flecos y abalorios, botas altas, revólveres en las caderas, y un sombrero negro de copa plana con pequeñas borlas carmesíes colgando del ala rígida, a juego con el rubí de la mejilla. Quiero decir en el sueño, dice ella.

No macuerdo. Creo que quería matarme.

Debía ser él, entonces. Pero ponte las botas, vaquero. No querrás que los agentes de la ley te pesquen aquí.

No sé cómo me los he quitao encima. ¿Adónde vamos?

Ella se pone un antifaz negro sobre los ojos y le tiende otro igual. Ahora eres un forajido famoso, tesoro. Así que tenemos que montar una banda de ladrones, atracadores y pistoleros pa dedicarnos seguidamente a matar y robar.

Mientras esperan para asaltar un tren esa noche, él y su banda de forajidos, todos hombres duros con sombreros negros, se han sentado en torno a una hoguera sobre los raíles que han arrancado, mientras la cantante de pelo anaranjado, ahora reina de los bandidos y encaramada en lo alto del botín de la jornada, les canta viejas baladas sentimentales que hablan de la soledad perdida, de palomas sucias, de tipis incendiados en valles inexplorados de salvia púrpura, de malas pasadas y disentería, de mojar el churro en el viejo corral, allí donde fluyen ríos de sangre bajo los susurrantes álamos. Se han pasado todo el santo día atracando tiendas y bancos y matando gente y están un poco cansados de cabalgar, contentos de ese interludio reparador, y cuando Belle les canta la historia del juez que ahorcó a un pueblo entero, todos cantan con ella (incluso él se une al coro, aunque desafina bastante) mientras enumera las víctimas, añadiendo dos o tres más en cada estrofa —¡Cuelga a la maestra, al predicador y a la prostituta china! ¡Cuelga al trepador y al jugador y al patapalo con su bota!—, mientras el coro grita al unísono: *¡Pero a mí no me ahorcó!* Y se ríen y escupen al fuego y se pasan las botellas de whisky, hombres violentos y despreocupados, de buen humor.

Su yegua negra está acurrucada a su lado, junto al fuego, dejándose utilizar como respaldo y como protección contra los elementos. El sitio adonde han ido a parar está pelado y abierto a los cuatro vientos, que de noche tienen gran actividad, metiéndoles polvo por la nariz y arrancándoles el sombrero. Deben vigilar la hoguera para que las brasas lanzadas al aire no incendien la reseca maleza y les desbaraten los planes del robo, pero necesitan la luz para no perder de vista los raíles del tren, que llevan escabulléndose todo el día, escurridizos como culebras de agua. Les ha costado horas arrinconarlos en este lugar solitario, y eso gracias principalmente a su yegua negra, que los ha conducido hasta aquí siguiendo una pista de finas cenizas, después de que el seguimiento de la vía férrea acabara en un punto sin salida frente a un abrevadero. Incluso allí intentaron eludirlos, razón por la cual hicieron la hoguera encima de ellos: si vuelven a cambiar de sitio, lo harán juntos.

En general, después de pasar tanto tiempo en la silla, sacándose brillo en los muslos y con la próstata machacada durante todo el día, se encuentra bastante dolorido y tanto estar sentado como de pie le resultan posturas insufribles, pero la yegua es cabalgadura fácil y, si acaso, esta noche se siente mejor que al principio de la jornada, ningún martirio nuevo, y sus viejas heridas y magulladuras curadas en su mayor parte, como desaparecidas tras un delicado masaje con aceites. Es rápida, además, y sin miedo a nada, hoy corriendo más deprisa que las balas dirigidas contra ellos cuando se alejaban al galope del enfrentamiento, y es capaz de volar sobre cercas y precipicios, salvar cualquier declive o crisis con toda calma, dar media vuelta en un pispás y ponerse delante de quien va detrás. Durante las aventuras de la jornada tuvieron que matar a algunos tenderos, empleados de banca y ayudantes del sherif, pero el único problema serio ocurrió cuando robaban sombreros negros en una tienda de prendas de confección y se encontraron con otra banda que atracaba el mismo establecimiento. En medio del explosivo tiroteo que se desató, la yegua se escabulló en el interior y robó todos los sombreros, lo rescató de donde estaba atrapado detrás de los rollos de percal y, pateando unas cuantas cabezas por el camino, abrió brecha limpiamente para que la banda huyera sana y salva. O casi. Perdieron un par de hombres en la granizada de plomo, pero unos miembros de la banda rival les propusieron más tarde unirse a ellos si les daban un sombrero, así que ahora están de nuevo al completo.

Y en este momento uno de los nuevos de la banda, un tipo larguirucho de anchas patillas, con camisa blanca, chaleco negro, elásticos en las mangas y

unos anteojos como dos monedas de diez centavos enganchadas con alambre, interrumpe a la reina de los bandidos, que levanta la pierna al son de una canción sobre unos tramperos que están armando jolgorio en una cabaña, para quejarse de que el sombrero no le sienta del todo bien. Se me queda en las orejas de forma un poco rara, refunfuña.

Dita sea tu jeta podrida, gruñe un jorobado de barba negra, desenfundando su revólver con culata de nogal y metiéndole un balazo justo entre las dos monedas. Belle estaba cantando.

Alto ahí, mojigato, dice un gordo estrábico, moreno, con un purito colgando de los gruesos labios cuarteados. Ese tipo era compañerete mío. No tenías que apiolarlo sólo por interrumpir una puta canción.

¿No? El jorobado vuelve el revólver hacia el gordo. ¿Es que quieres ponerte a la cola, carne de buitre?

El gordo entorna los ojos y, dando una lenta calada al purito, las manos tensas sobre las rodillas, mira sin expresión al cañón del revólver. Me ganas pola mano, amigo. Creo que me voy a rajar. Cae ceniza de la brasa del purito agitada por el viento que se levanta. Pongo el envite en el bote y paso.

Si echas al bote no pasas, fanegas, y el envite es tu culo, dice el jorobado barbudo, amartillando el revólver.

Él se levanta de donde está recostado contra la yegua negra, se acerca a ellos, dispuesto a matarlos a los dos si es preciso, al tiempo que la reina de los bandidos baja del montón del botín y se interpone entre ambos, con el sombrero de borlas ladeado severamente sobre una ceja como para significar que va en serio. No tenemos tiempo pa peleas de mierda, chicos, dice ella, dándoles una bofetada en la oreja tan fuerte que les arranca el sombrero de la cabeza. Él alarga el brazo y quita el revólver al jorobado, baja el percutor, vacía el cilindro, lo deja caer sobre sus piernas. Ahora quiero que vosotros dos, boceras, par de zoquetes, os deis la mano y hagáis las paces.

Jo, Belle...

Vamos, no vale la pena discutir la cuestión, dice ella, arreándoles otro sopapo. El tren va a llegar en cualquier momento. ¿Estáis en la banda o no?

¡Cómo! Pos claro, Belle, pero...

Entonces, venga.

Bueno. Vale, dacuerdo, dita sea, siento haber matado a tu compa. Es que me puse mu nervioso esperando el puñetero tren.

No es na. A decir verdá, de tos mos no insuportaba a ese pavo engreñido.

Así está mejor que bien, chicos, dice la reina de los bandidos, pasándoles la mano por el pelo antes de encaramarse de nuevo al montón del botín y

afinar la guitarra, mientras él vuelve a recostarse contra la yegua, toqueteándose el pendiente de oro que Belle ha robado antes para el agujero de bala de su oreja y, con la vista puesta en las estrellas sacudidas por el viento, piensa en cómo pasan frente a él sus propios días arrastrados por esos vientos, junto con su recuerdo, además, barridos como si nunca hubieran existido, no dejando más que esa persistente constelación de hábitos e impresiones que constituye la vaga e inconexa idea que tiene de sí mismo; y las constelaciones, como le recalcó una vez un viejo explorador malhumorado, no existen realmente sino que son meras ilusiones localizadas de vagamundos terrestres. Eso fue lo que dijo, y parece bastante probable. Lo que significa que no sabe nada, y a veces aún menos, cuando la confusión se apodera de él. Una impresión que le ha dejado la jornada, por ejemplo, es que al parecer está más dispuesto a quebrantar la ley que a mantenerla, pero esa preferencia se confunde con un desasosiego en su fuero interno que lo inquieta y cuya naturaleza sospecha pero se niega a comprender del todo, porque siempre se ha considerado —por ocupación, propósito y constitución— un hombre libre, vagabundo y solitario, no sujeto a tales preocupaciones. Pero todo eso era antes de poner los ojos en la maestra de escuela. Aún la está viendo, amarrada a las vías del tren, una criatura tan triste, tan dulce y desvalida, retorciéndose por ahí abajo. En resumen, al diablo su constelada visión de sí mismo, bien puede estar (aunque eso es precisamente, no lo puede estar) enamorado, y ahora, por mal camino y fuera de la ley, es un amor que le está enteramente prohibido. ¿Aún no vibran esos raíles?, pregunta Belle.

Un mestizo con un parche en un ojo y pelo negro, largo y grasiento, aplica una oreja al raíl sobre el que está en cuclillas. Noo. Naa.

Ao mejor no son éstos, dice un viejo patizambo de barba gris con camiseta roja y sombrero hongo. Ao mejor es sólo una vía falsa que el puto tren ha puesto ahí pa despistarnos.

La yegua negra alza la cabeza a su espalda y la sacude con un resoplido discrepante. Éstas son las vías buenas, viejo, dice él con voz queda, dando unas palmaditas en el hombro de la yegua. No te preocupes. Estará aquí dentro de na.

Para que el tiempo de espera pase más deprisa y se tranquilice la inquieta banda de temperamentales corre caminos, Belle canta viejas canciones de campamento sobre los revólveres rápidos y el destino, el vigor y la libertad (Algo que aúlla, algo negro y peludo que ronda por la llanura, gorgoritea en la noche negra y ventosa, con el rubí tan encendido en su mejilla por la luz de la hoguera que más parece una ventana en el horno de su boca), y al final

(¡Espacio sin fin! ¡Amén! ¡Amén!) los hombres y él se suman en coro echando la cabeza atrás y emitiendo prolongados y melancólicos aullidos, que parecen penetrar en el viento para fundirse en él y extenderse por el paisaje, impregnado ahora de un vago fulgor, como para cubrirlo con el dolor brumoso de sus deseos sin realizar.

Poco a poco se apagan los aullidos en la distancia, transportados por los vientos que se alejan, y en el denso silencio que sigue, el mestizo de pelo greñado y grasiendo aplica la oreja a las vías y musita: ¡Ahí viene!

Apresuradamente, apagan el fuego a pisotones, se ponen los antifaces y montan a caballo: ya lo oyen, gime tristemente a lo lejos, como devolviéndoles los aullidos, y viene en su dirección. Él planta la yegua en medio de la vía para bloquear el paso del tren y también para que los veleidosos raíles sigan clavados en su sitio, mientras los demás se congregan a su alrededor, empuñando pistolas y fusiles, a la espera de lo que vaya a suceder. El estrépito crece, el silbato de vapor se desgañita, oyen el rítmico traqueteo de las ruedas de acero, cada vez más cercanas, pero aún no hay señales del tren propiamente dicho.

Ya deberíamos ver sus luces, dice alguien, y de pronto se hace el silencio.

¿Qué...? ¿Dónde se ha metido?

¡Chiss!

Quietos allí en plena noche, apiñados a caballo sobre el tramo de las vías que han inmovilizado, escudriñando el pálido horizonte vacío, nada que oír salvo su propia respiración y a veces un casco que patea el suelo, alguien que aspira nerviosamente por un diente desprendido. Y entonces, de forma tan súbita como cuando cayó el silencio, el tren se precipita rugiendo hacia ellos, el silbato chillando, la linterna delantera oscilando sobre sus cabezas como un péndulo diabólico, escupiendo fuego por la chimenea, chispas volando de las batientes ruedas. Los caballos se encabritan, los jinetes se desploman, algunos gritan y huyen, pero la yegua y él se mantienen firmes y el tren vuelve a desaparecer. Caen de nuevo las sombras y el silencio, aún más profundos que antes.

Mientras los demás hombres, farfullando maldiciones, se sacuden el polvo de la ropa y vuelven a subir gateando a los caballos, la reina de los bandidos se pone a su lado montada en su dorado potro de crin clara y dice: ¿Qué te parece?

No sé. Ha debido esconderse. O lo intenta.

¿No ha pasao?

No. Está por ahí. En algún sitio. Sus ojos, momentáneamente cegados por la linterna de la locomotora, se van habituando poco a poco a la oscuridad, y escudriña el lóbrego paraje buscando algún accidente del terreno que pueda esconder tan enorme aparato. En su mayor parte sólo macizos de salvia, matorrales, afloramientos de pálidos peñascos.

¿Qué me dices de esa vieja mina de plata abandoná?

¿Mina de plata?

Por allí. Dentro de aquella pequeña grieta a este lado de la loma que se ve a lo lejos. ¿Ves el agujero negro? Es honda y tiene raíles que ha podido utilizar.

Él asiente con la cabeza. No puede estar en otro sitio. Se vuelve hacia el viejo barbagris. Tú quédate aquí, viejales, y cuida de que esos raíles no se larguen a otra parte. Los demás, conmigo.

Hay una buena galopada por la vasta planicie desértica hasta la mina de plata, pero llegan a su debido tiempo, o mejor dicho en nada de tiempo, porque él sigue calculando la distancia que han de recorrer cuando de pronto detienen los espumeantes caballos frente a la boca de la mina y se preguntan lo que van a hacer.

Está ahí dentro, seguro, musita uno de los hombres. Loigo jaderar.

Bueno, hmm, ¿qué hacemos, chico? Es el jorobado de gatillo fácil, que ahora lleva los anteojos de montura metálica sobre la protuberante nariz, con el reflejo de una estrella en la pupila de los dos discos negros.

Parece que no hay más remedio. El tren sa metido en ese bujero. Si queremos desvalijarlo, nosotros tamién tendremos que entrar.

Ya, claro. Bueno, puede que tengas razón. Hunde las nudosas manos en las profundidades de la barba, rascándose las raíces. Gira la cabeza mirando a los demás. *Alguien* va tener que bajar ahí.

Los miembros de la banda, en semicírculo a su alrededor, lo miran hoscamente en la oscuridad. Hay un largo silencio, roto únicamente por la locomotora, que suelta un poco de vapor en las profundidades de la tierra. Está bien, dice al cabo. Y se reparte en consecuencia. Refunfuñan un poco, pero Belle dice: Pos claro. Coño. Es justo.

Cuando intenta entrar en la mina, sin embargo, la yegua se encabrita y se planta, obligándolo a desmontar (mejor entrar a pie de todos modos, razona, habrá más posibilidades de apartarse de su camino en caso de que salga de ahí como una bala de cañón), luego pone el cuerpo de la montura de costado frente a la negra boca del túnel, bloqueando la entrada. La yegua resopla en tono suplicante, frotándole el hocico en la camisa de gamuza, haciéndole dar

un traspiés. Recobrando el equilibrio, le pasa el brazo sobre la cruz y le murmura en la oreja inclinada, que se agita frente a su nariz como tratando de espantar una mosca: No pasa na. Ahí dentro no hay sino un viejo saltarín de barrancos que se ha salido de los raíles. Y en cualquier caso, mierda. Ya sabes. No tengo más remedio.

Un día, hace mucho tiempo —lo recuerda cuando pasa por detrás de la afligida yegua y entra en el pozo de la mina, negro como la tinta, avanzando a tientas y como poseído por una íntima obligación de la que ni siquiera es consciente—, ganó una mujer en una partida de póquer descubierto, como en la canción que antes cantaba Belle. Era, como suele decirse de tales mujeres, una ninfa de la pradera que había matado a muchos hombres ejerciendo sus encantos, de manera que habían puesto precio a su cabeza y la perseguían los cazadores de recompensas. En realidad él mismo practicaba esa actividad por entonces, así que de hecho acababa de ganar cien dólares. El problema era conducirla al fuerte más próximo y cobrar antes de que algún cazarrecompensas rival la encontrara, así que en vez de matarla directamente y tener que arrastrar su peso muerto por ahí, pensó que lo mejor sería conducirla a pie hasta que pudiera cobrar sin percance alguno. Calculó mal. Tenía que habersele ocurrido, no desconocía la reputación de la mujer, pero por aquel entonces era joven, y temerario (como si hoy fuese más prudente: fíjate dónde estaba), y poco instruido en las hechiceras artes de las ninfas profesionales de la pradera. Se decía que lanzaba sus conjuros necrománticos mediante un metafísico frotado de miembro, de modo que, por precaución, se ató una pistolera entre las piernas y se puso al revés otro par de calzoncillos, luego la amordazó y le ató las manos a la espalda. Desde luego, eso significaba que debía darle de comer y lavarla, tareas que le llevaron a descubrir que había en ella otras cosas embrujadoras aparte de sus ojos, que no dejaban de fijar la mirada en él, una mirada salvaje, porque era medio india, tenía sangre mestiza, y sin embargo era una mirada de tal pureza y bondad natural que acabó viendo sólo eso y cayendo en su poder, con lo que ella, una vez desatada, practicó en él sus talentos asesinos. Los días siguientes se fundieron en un presente incesante y, mientras sentía que se le iba escapando toda la esencia vital, perdió la noción del tiempo. Y del espacio: incluso el paisaje pareció cambiar, adquiriendo un resplandor rosáceo, un brillo que al final era todo lo que alcanzaba a ver, pues la intensidad de su placer, que también era dolor, disolvía los salientes, los huecos y pliegues del

mundo en una sola superficie rubescente y palpitante que lo circundaba como ahora hace ese túnel por el que desciende a tientas, túnel que también se le aparece rojizo y palpitante, aunque esa vehemente palpitación quizá no sea sino su propio pulso, tal como había sido entonces, y el matiz rojo una ilusión proyectada sobre sus ojos por la tiniebla absoluta de la mina. ¿O acaso son el ahora y el entonces las verdaderas ilusiones y en realidad sigue embrujado, y ese impotente descenso a las entrañas de la tierra no es sino el irónico adiós teatral de la ninfa? Puede, y sin embargo parece recordar una secuela, en la cual, de algún modo, gracias a la fuerza de su joven voluntad, escapó al sombrío encantamiento y, aunque casi demasiado débil para mantenerse en pie, logró someterla y atarla otra vez y vendarle los ojos también y, en la ciudad en donde pronto se encontró, buscó un predicador que fuera capaz de romper el encantamiento. Bueno, dijo el predicador, examinándola con sus fatigados ojos amarillentos, podríamos llevarla al río y tratar de bautizarla. ¿Cree usted, reverendo? Yo eso lo encuentro un poco anodino. La forma que tengo de bautizar, hijo, dijo el predicador con una tenue sonrisa negra, o da resultado o termina en entierro. Así que la dejó con él y se dirigió al salón de enfrente para recobrar algo de su vitalidad natural. Allí se le acercaron varios hombres que le propusieron afablemente que los invitara a una copa y le preguntaron por la suripanta que había remolcado hasta allí, atada como un gato montés que llevan a desollar, y él les habló libremente de ella, pues iban desarmados y carecían de ambición más allá del whisky que quedaba en la botella. Así que las entregó a ese charlatán que tiene la fábrica de sermones en la acera de enfrente, ¿no? Eso mismo. Pensaba que podía quitarle la hechicería metiéndola en el río. Bueno, amigo, pos creo que acabas de perder cien machacantes. Ese tipo podrá ser un cuentista que se sube al púlpito a soltar amenes los domingos, pero el resto del tiempo no hay cazador de recompensas más enérgico e implacable en todo el Territorio. Se quedó allí sentado asimilando aquellas noticias poco gratificantes, sintiendo que su vitalidad se agitaba de nuevo pero incapaz de mover adecuadamente los miembros. Decídme, entonces, dijo. ¿Qué día es hoy? No sé, pero no es domingo a menos que ese tiburón bíblico lo diga. Entonces, aunque poner un pie delante de otro aún requería un esfuerzo considerable, cogió el fusil y fue a buscar al predicador y lo encontró desnudo, en la piel y los huesos, completamente succionado y flotando boca abajo en el río. Nunca volvió a ver a la ninfa de la pradera pero no está seguro de haberse librado completamente de ella, porque le dejó lleno de dudas sobre el mundo que pisa, sobre sí mismo y sobre lo que es real y lo que obedece a sus conjuros.

El tren se pone de pronto a toser, muy cerca, sobresaltándolo, y él se pega de espaldas contra la resplandeciente pared del túnel, pero a continuación todo es silencio. Mientras, con cautela, sigue avanzando despacio, se le ocurre (las rojizas paredes se lo recuerdan: sí, no son ilusión) que los temores de que se precipite rugiendo hacia él para atropellarlo no tienen razón de ser, porque desde luego el tren se ha ocultado ahí abajo con el quitapiedras por delante y no puede dar la vuelta, el resplandor rojo debe provenir del farol del furgón de cola. Cosa que, al doblar una curva en pendiente, alcanza a ver, oscilando débilmente de un lado a otro por los pesados temblores de la locomotora atrapada al otro extremo. Allí está agazapada, la nariz enterrada en el túnel cada vez más estrecho como un cachorro fustigado tratando de esconderse en una bota.

Vaya, vaya, dice. ¿Qué depósito de locomotoras tenemos aquí?

El tren deja escapar una explosiva bocanada de vapor, hace aullar el silbato y resonar las campanas, pero no son más que bravatas vacías.

Espera a que se enfríe y luego le dice: Por aquí no hay salida, ya sabes, a menos que retrocedas de cola hacia el bujero por donde has entrado. To está en cuenta, no puedes coger velocidad, y allá arriba hay un montón de forajidos malvados y temerarios deseosos de desmantelarte remache a remache en cuanto aparezcas arrastrándote. Así que creo que lo mejor que puedes hacer es dejar aquí mismo toda la mercancía y marcharte en paz.

Hay otro aullido del silbato, un chorro de vapor y el entrechocar de los enganches, mientras el farol de cola oscila frenéticamente en su percha en el último vagón y arroja sombras saltarinas por el túnel infernal, pero el tren sabe perfectamente que está vencido. Un postrero y ruidoso espasmo recorre toda su longitud, y luego los vagones se desploman hacia delante, derrotados, entrechocándose plañideramente unos contra otros, y el farol de cola deja de balancearse y cuelga blandamente con inerte abatimiento.

Mocuparé de que no te hagan ningún daño, dice él, y el tren, en abyecta capitulación, suspira pomposamente y empieza a soltar su contenido. Cuando se ha vaciado por entero, con las ruedas y pistones de acero gimiendo pesarosos, él lo conduce fuera del pozo de la mina. Tiene la sensación de haber pasado semanas ahí abajo, pero probablemente no ha sido tanto, aunque emerge a plena luz de mediodía y encuentra a su banda aún montada y esperándolo tal como la ha dejado, la yegua negra en primer lugar, que lo recibe a la entrada con un relincho de entusiasmo y una caricia en el pecho con el hocico. Dejemos que se vaya el tren, muchachos, anuncia. Ya no lo necesitamos. Ha volcao toda su carga ahí abajo. ¡Servíos lo que queráis!

¡Yupii!, gritan los hombres saltando de la silla, y luego, en cuanto el tren, resoplando tristemente, sigue su camino marcha atrás y se aleja de la entrada, se precipitan en el interior de la mina disparando los revólveres y echando a correr para ver quién llega primero y elige la mejor pieza del botín. Él oye el estrépito de sus botas que resuena por el túnel negro como la pez, el rebote de alguna bala de vez en cuando, sus maldiciones cuando chocan contra las paredes y entre sí y caen rodando pozo abajo. Aún montada —al sol, su bayo dorado tiene un aspecto sucio y casoso, del color de una boñiga de vaca de ayer—, la reina de los bandidos se quita el antifaz y dice por encima de él: Tengo noticias para ti, chaval.

Antes de que pueda dárselas, sin embargo, los interrumpe una tremenda explosión en las profundidades de la mina y la boca del túnel escupe una lluvia macabra y repugnante. Él se vuelve con furia y dispara el fusil inútilmente al tren que huye, ahora visible únicamente por el rojo farol de cola que oscila burlonamente en la distancia blanqueada por el sol. Salta a horcajadas sobre la yegua, ya preparada para la persecución, pero Belle lo contiene.

Vale, vaquero, le dice, cogiéndole las riendas. Deja que se marche. De todos ya no necesitamos a la banda. Han capturao al verdadero ladrón de caballos. Te han concedido el perdón. Eres un hombre libre. Él se queda quieto en la silla, asimilando la inesperada noticia. Libre. La palabra es como el susurro de una brisa refrescante. Se estira, y el paisaje parece dilatarse a su alrededor. A lo lejos, por encima del tren judas que desaparece, un halcón solitario planea en círculos, como llamándolo. Es hora, anuncia en el cielo azul pizarra describiendo elegantes giros y espirales, de dejar atrás esa ciudad. Incluso como cuatrero fugitivo ha sido su prisionero, pero ya no. Se quita el antifaz y entornando los ojos mira a la lejanía, a la línea del horizonte, en busca de algo hacia lo que dirigirse antes de que todo se pierda de vista. Puedes volver a ser sheriff, tesoro. Tú y yo, podemos limpiar esa ciudad reptilínea.

Lo de sheriff no me hace mucha gracia, señá. Creo que me voy a lanzar otra vez al camino. La cantante, pues eso ha vuelto a ser, se entristece ante la noticia, pero no parece sorprendida; él es quien es, después de todo. Y entonces, ¿quién dicen que fue?

Pos no te lo vas a creer. La maestra. Llegó a la ciudad montada en él, con más cara que espalda.

¿Cómo? Pero si fui yo quien le dio ese caballo.

A nadie le importa cómo lo consiguió. Iba montada en él, delito suficiente. Metieron su culo mojigato directamente en el calabós, sin hacer preguntas ni esperar respuestas, y sanseacabó. La ahorcan mañana a mediodía, así que adiós y que le vaya bien.

El halcón ya no está en el cielo, esa pizarra blanca otra vez. El horizonte se ha encogido un poco hacia él, sin que esté claro si es para alentar o frustrar su marcha, y el viento, si es que lo ha habido, ha dejado de soplar. Su montura resuella impaciente, cocea el suelo. Él le acaricia el cuello. ¿Has dicho que el puesto de sheriff estaba disponible?

Creía que ibas a salir disparao hacia el crepúsculo.

No parece que sea ese momento del día. De tos mos, creo que no me pueo ir ahora mismo.

Así se habla, cariñín. Sabía que no ibas a abandonarme. ¡Venga! Todavía tengo el vestido de seda y terciopelo con todos esos botones y casi sin nada derramao encima. ¡Vamos ya!

Lo que me fastidia, ya sabes, dice la cantante, observando la ciudad extendida a sus pies en líneas paralelas como ofreciendo la prueba de que realmente está en alguna parte, es la tristeza que da, ahí plantada como una mota de polvo en el quinto infierno. Y lo grande que es.

Extraña, más bien, dice él. Han llegado a un risco desde donde se domina la ciudad, un promontorio que él no había observado antes. No veo que se mueva nadie ahí abajo.

Es porque estamos mu altos.

No tanto como pa no leer el letrero del salón ni ver el visillo que cuelga de tu ventana.

¡Y qué bonito está! Ella extiende la mano y le aprieta el muslo cubierto de gamuza. Él también alcanza a ver la horca, que, como la ciudad entera, en este momento está desocupada, un alivio, porque tenía miedo de que hubieran tardado toda una jornada en llegar allí y ya fuese demasiado tarde. A menos que ya sea el día siguiente. Me muero de ganas de meterme otra vez entre mis sábanas de satén. Ella suspira, dándole un ansioso apretón en el muslo. Mi recatada naturaleza no está hecha pa dormir en cualquier sitio.

Belle, dice él, tengo que decirte una cosa.

Y yo sólo te digo una, cariño: ese maldito caballo no se va a meter en mi cama.

Pos eso precisamente. No es necesario.

Pos clao que no. ¡Pero mira eso!

A sus pies, las calles se llenan de diminutas figuras que corren de acá para allá en azaroso frenesí como una colonia de hormigas cuando aplastan su habitáculo. Entran y salen apresuradamente de los edificios, cruzan la calle a toda prisa, caen de tejados y ventanas, giran, ruedan, tropiezan, y aunque todo ocurre en el denso silencio de mediodía, él comprende que se están disparando unos a otros. Sí, ahora ve fogonazos, volutas de humo. Y entonces les llega el sonido: una serie tartamudeante de pequeñas descargas como ristas de petardos que estallan.

Yo diría que es una ciudad que necesita desesperadamente un sheriff, observa la cantante. Espero que no se hayan cargao al predicador.

Arrastran a los muertos por los pies o se los llevan los buitres y las figuras desaparecen, aunque las descargas continúan durante un tiempo antes de apagarse gradualmente. Luego los edificios cambian de posición como las apuestas en una partida de faraón, el banco mudándose adonde estaba el salón, el salón sustituyendo a la iglesia, que ahora se desplaza hacia el centro junto al establo, la oficina de concesiones y la cárcel cambiando de sitio a cada lado de la tienda, y así sucesivamente hasta que todo el trazado urbano queda enteramente trastocado. Las calles se quedan vacías y el silencio reina como antes. Él tiene la impresión de haber presenciado algo decisivo pero no sabe qué es, aunque tampoco logra concentrar sus pensamientos en ello, tanto lo invaden los serios temores sobre cierta persona y el peligro en el que se encuentra. No tapures por el predicador, Belle, le dice. No me voy a quedar. Tengo un asunto que atender. Y luego me marcharé.

De pronto vuelven a aparecer las figuras en las calles, abajo, correteando, cayendo y rodando por tierra como antes, inscribiendo su deprimente destino en la polvorienta tablilla de la ciudad, y un instante después se reanuda el tartamudeo de estallidos, tatuando el aire del desierto. No está seguro de cómo llevar a cabo lo que piensa hacer, pero lo más sencillo y audaz sería simplemente bajar al galope, liberarla, subirla al caballo y largarse, y supone que es lo que hará, o intentará hacer. Si es que se lo permite. Hay en ella una veta de furibundos principios capaces de frustrar cualquier empeño amistoso. Imagina el forcejeo, y sus labios se mueven involuntariamente en una tenue sonrisa. ¿Qué tiene ésa que no tenga yo por partida doble?, inquiera la cantante en tono seco, endureciendo la voz.

Él aprieta los labios, con la sensación de que acaban de verle las cartas en el momento decisivo de una partida de póquer. No es eso. Abajo, las pequeñas figuras se retiran y las calles se vacían y los edificios se disgregan

de nuevo como tratando de resolver algún rompecabezas. Es que no es ninguna ladrona de caballos, y no puedo dejarla morir por eso.

Humm, dice Belle en el silencio que retorna. Se ha echado hacia atrás, sobre la espalda, el sombrero de borlas, y su anaranjada cabellera reluce al sol como si le hubieran prendido fuego a la cabeza. Esa arpía es fea como un poste y tan simpática como un gato muerto, y ni siquiera tiene las piernas lo bastante arqueadas como pa montar bien a caballo. Si fuera yo la que van a ahorcar, ya tabrías largao hace mucho, ¿verdá, guapo?

Ella es diferente, Belle. Recuerda la primera vez que la vio, enmarcada en la ventana de la escuela, la cabellera negra recogida en un moño apretado, tan pálida y hermosa, mirándolo fijamente como para instruirle con la sola mirada en los entresijos del universo y en los medios de sofocar el espíritu del mal en el corazón humano. Es comprensiva y refiná y un ángel de pureza. Incapaz dalbergar malos pensamientos.

Maldita sea su estampa. Es una zorra repipi con una mazorca de maíz bien remetía en su culo de ángel refinao. No soporto esos aires de superioridad que se da al hablar, pavoneándose de lo que ha aprendido en los libros. ¿Qué pinta aquí alguien como ella? La cantante se interrumpe para recobrar el aliento, que se le escapa en breves y furiosas bocanadas. En su rostro hay una expresión que le recuerda a su mustang justo antes de que lo matara de un tiro. Así que, por qué no lolvidas, vaquero. Hiciste una promesa.

Él emite un suspiro. La cosa no está saliendo como él había imaginado. Incluso había pensado que Belle podría ayudarlo. No hay testigos de esa promesa, Belle.

¿No? ¿Cuánta gente cres que hay ahí abajo?

De nuevo se precipitan por las calles con sus sombreros y sus acampanados zahones, disparándose unos a otros, poniéndose a cubierto, apareciendo en los tejados para caer enseguida, los buitres, igual que antes, cerniéndose hirsutamente sobre sus cabezas como crupieres calvos con chaqueta negra, observando la partida, a la espera de recoger las ganancias. El tenue *esta-ta-ta-llido* de las detonaciones lejanas crece mientras las calles se vacían y la agitación disminuye hasta apagarse del todo. No sé, dice él, mientras los pequeños edificios reajustan de nuevo su posición en torno al patíbulo. Un número grandecito, supongo. No se quedan quietos lo bastante pa contarlos.

Bueno, sean los que sean, corazón, tos esos testigos tengo.

Bajo ellos, las calles de la ciudad, bruñidas al rojo vivo por el calor de mediodía, se quedan tan desiertas y silenciosas como antes. En ellas aparece ahora una figura solitaria montada en un caballo negro como el carbón toda vestida de negro con espuelas de plata, dos revólveres de seis tiros y un anillo de oro en una oreja. Es él. Un hombre con una misión que cumplir. Indignada y asqueada, la cantante lo ha dejado, o eso es lo que parece, nada pudo hacer él, y ahí está. Bajo el ancho borde del sombrero de fieltro observa con cautela, sintiéndose vigilado, ventanas y tejados, esquinas. Esperando problemas. La yegua también parece inquieta, mueve nerviosamente la cabeza, mordiendo el bocado. Bueno, es un caballo fuera de la ley, probablemente no ha puesto antes la pezuña en esta ciudad salvo para algún asunto ilegal; tal vez tenga motivos para no estar tranquilo.

En el centro de la ciudad, frente al salón, un mestizo barrigudo a quien le falta una oreja y un tipo alto y bizco con bigotes de manubrio de puntas caídas y pelo tatuado en la calva están probando la trampa de la horca con una cabra que tiene una soga al cuello, y por lo visto no por primera vez. ¡Eh, sheriff!, lo saluda el tipo del pelo tatuado, arrastrando la cabra a su posición. ¿Qué le parece la horca?

Él los saluda con un movimiento de cabeza y observa la caída de la mustia cabra, de ojos exorbitados, para luego dirigir cautelosamente la yegua hacia la cárcel. Así que es el sheriff otra vez. Sí, vuelve a llevar la insignia de plata, la del agujero. Lo que explica el fuerte tirón en el pecho desde que volvió la espalda al tentador horizonte para cabalgar de nuevo hacia la ciudad. Reluce en su camisa negra como nunca lo ha hecho antes.

Junto a la puerta de la cárcel hay un cartel que anuncia la ejecución para el día siguiente a las doce, con un retrato de la maestra que observa con severidad a todo aquel que se atreva a sostenerle la mirada. Le conmueve la

intensidad de esa mirada, su pura y tierna inocencia, su rectitud, y sabe que frente a ella está perdido.

Amarra la yegua a la barandilla, y aunque se muestra espantadiza y reacia, girando los ojos, tirando del ronzal, la necesita para lo que piensa hacer. Descuelga el fusil del pomo de la silla. Sólo un momento, luego saldremos pitando de aquí, dice con voz queda, acariciándole el sudoroso cuello para calmarla, y entra en la cárcel preparado para todo lo que pueda suceder.

Pero la prisión está vacía, nadie sino un viejales con un parche en un ojo, desplomado en la silla giratoria de madera, con una insignia de ayudante en su andrajosa camiseta roja. El ancho surco de una cicatriz le atraviesa la barba gris, sobre el cual corre un reguero de saliva de tabaco, y su único ojo está enrojecido por el alcohol. Hola, sheriff, dice arrastrando las palabras mientras intenta levantarse. Malegro de verlo. Ha venido a tiempo pa ahorcar personalmente a esa tiparraca ladrona de caballos. Suelta una risita, luego se deja caer de nuevo en la silla giratoria, da un trago de una botella de whisky, eructa, se la ofrece. ¡A su salud, sheriff!

¿Dónde está?, pregunta él.

¿La prisionera? Lan llevao al salón pa quitarle la ropa y darle unas friegas antes de colgarla.

¿Al salón?

Sí, bueno, allí es que hay agua y jabón y mucha gente pa sacarle lustre. Los muchachos pensaban frotarle luego bien con grasa de oca y aceite de mofeta, pulirla como es debido. Él ya está en la puerta, con un martilleo en las sienes que es peor que una mordedura de serpiente. ¡Eh, un momento, sheriff! ¿No está fuera de la ley, ese caballo dahí?

Puede. Voy a ver. Tú quédate aquí y echa el ojo bueno a esa botella de whasky.

Descuide.

La yegua, cubierta de sudor, tiene los ojos desorbitados y se encabrita contra el ronzal, de modo que la suelta. Que no te vean, musita al desatarla. No tardaré mucho. Te silbaré cuando estemos listos pa largarnos. El caballo vacila, coceando el suelo, relinchando quedamente, pero él le da unas afectuosas palmaditas en la grupa, y la yegua, mirándolo por encima del hombro, se pierde entre las sombras de detrás de la cárcel.

El objeto de su búsqueda tampoco se encuentra en el salón. Ahí todo está tranquilo, cuatro tipos que juegan a las cartas, otros dos frente al mostrador, un charco de agua en medio del local en torno a un cubo de agua jabonosa, con un trozo de encaje negro desgarrado colgando del borde. Los del

mostrador ríen, señalando el cubo y el cepillo de mango largo que hay al lado. ¡El jodío chepa!, dice uno de ellos, desternillándose.

Hola, sheriff, lo saluda sonriente el que atiende el mostrador, un mestizo moreno con aire de dormido a quien le falta media nariz. Encantao de volver a verlo. ¿Qué quiere soplar?

Estalla una discusión en la mesa de juego, el aire se llena de destellos de acero liberado del cuero, resuenan disparos y un individuo alto y flaco de pelo de estopa pierde media mandíbula y por añadidura todo lo demás, estrellándose contra la pared por el impacto antes de deslizarse al suelo hecho un amasijo sanguinolento. Parece que sa quedao una silla libre pa usted, sheriff, dice el hombrecillo delgado de gafas que lo ha matado, volviéndose a guardar la Derringer humeante dentro de la negra chaqueta de paño. Ponga el culo nel asiento y estudie un poco el libro de oraciones del diablo.

No soy dao al juego. ¿Qué ha pasao con la prisionera?

¿Se refiere a esa ruin ladrona de caballos? Jo. Pos no sé. Apuntando a una escupidera de bronce lanza un salivazo marrón de tabaco, acierta y hace temblar el recipiente sobre su base redonda como una peonza de apuestas. Puede que esté en el médico pa purgarse y estar tan limpia por dentro como por fuera, aunque después de que la lavaran aquí, dudo mucho que laga falta.

Los otros resoplan y se desternillan de risa. Ahora que lo pienso, el médico tiene que haberla visto ya, declara el camarero, con un palillo ensartado en una grieta entre los dientes manchados de tabaco. Ha estao aquí hace poco, oliéndose el dedo.

Entonces es posible, dice otro, riendo, que layan metido en la escuela pa darle unos cuantos palmetazos.

¿Qué tiene eso que ver con el robo de caballos?

Na. Es sólo pa divertirse. Dar su merecido a esa zorranca.

Y todos vuelven a retorcerse de risa mientras dan palmadas en el mostrador y en la mesa.

Sale empujando las puertas batientes, con la sangre martilleándole en los oídos y los ojos. No se acuerda de dónde vive el médico, si es que lo ha sabido alguna vez, de modo que se dirige a la escuela. Por el camino oye unos martillazos que provienen de un taller de detrás de la casa de comidas. Es un carpintero desgarrado de rostro hirsuto que está armando un ataúd de madera. Qué tal, sheriff, dice, poniendo el féretro de pie. Sólo me falta cortar la tapa. En el interior, en el fondo, hay un tosco dibujo lineal de una figura humana yacente, sin duda el contorno de una persona allí tumbada. Han recortado el rostro de uno de los carteles, lo han pegado dentro de la línea de la cabeza y

han introducido dos clavos en el sitio de los pezones. Los brazos sólo llegan a los codos (probablemente ella tenía las manos juntas entre los clavos), pero las piernas están allí en toda su ahorquillada integridad. Creo que le irá perfectamente. ¿Qué le parece?

Me parece que debería quemarlo.

La escuela tampoco está donde la recordaba. En cambio, muy cerca de allí, se encuentra con un establecimiento de comestibles y ferretería, y entra a preguntar si la han visto.

¡Sheriff! Pero ¿dónde se metido?, grita el tendero, un individuo rechoncho y patizambo con un tupé negro y la nariz hundida en la cara roja. ¡Desde que se marchó usted, ha habido una verdadera plaga de bandidos que han venido a armar jaelo! ¡Fíjese en lo que me he hecho en la tienda! ¡Han roto a tiros las ventanas, han matado a mis empleados, me roban la mejor mercancía y manchado de sangre y bosta de caballo todo lo demás! ¡Tiene que hacer algo por arreglarlo! ¡Pa qué sirve un sheriff si la gente honrada no tiene protección!

Pa esa pregunta no tengo respuesta que valga, dice él, mirando fríamente a los brillantes ojillos del tendero. Ahora intento localizar a una prisionera desaparecida.

¿Cómo, se refiere a esa desvergonzada y despreciable picarona que tiene tan malas pulgas? No ha desaparecido. Sus muchachos han estado aquí con ella hace un rato, me dejaron sin fustas ni mangos de hacha; seguro que se lo va a pasar en grande. Me parece que se dirigen al establo. Ya sabe. El escenario del crimen. Él da media vuelta para marcharse, pero el tendero lo agarra del codo con una sonrisa lasciva en su redonda cara rojiza. Tengo que decirle, sheriff, que cuando me trajeron me fijé en algo que no había visto en la vida. Mira con un ojo por encima del hombro, le guiña el otro y se inclina hacia él, su aliento frío y fermentado apestando a moho y podredumbre. Ella estaba..., humm, ya sabe, le susurra burlescamente a la oreja. ¡Estaba *llorando!*

De un tirón se libera de la grasienta zarpa del tendero y sale con aire resuelto al porche de madera, con las espuelas resonando en la quietud del mediodía. Se detiene para echar una mirada a la ciudad polvorienta. Ni rastro de ellos. Podrían estar en cualquier sitio. Un borroso movimiento en la sombra cerca del cobertizo del herrero, pero quizá sea su caballo que anda por allí. Simplemente debería volver sobre sus pasos y esperarlos en la cárcel. Pero entonces la aguja blanca de la iglesia lo atrae. Ella le dio una Biblia una vez, recuerda. Tendrán que llevarla allí antes o después si ella quiere, y seguro que querrá. Quizá hasta haya una ley sobre eso.

Nada más pasar las puertas de la iglesia lo recibe el pastor, o *un* pastor, de pie con una levita negra detrás de una mesa de madera sobre la que se ve una Biblia, un par de dados de marfil (¡ARREPIÉNTETE, dice al lado una nota doblada como una tienda de campaña, ANTES DE PALMAR!), un revólver y una bandeja para la colecta. Qué tal, sheriff, dice el pastor, tocándose el ala de la chistera. Es un individuo alto y desagradable, con dientes de oro, un cabello grasiento que le sale por debajo del sombrero y nariz de borrachín, en cuya punta se asientan unos anteojos de montura metálica como dos platillos de una balanza para polvo de oro. Bienvenido a la casa del topoderoso. ¡Viene a tiempo para rezar las vísperas!

No vengo a rezar. Busco a una prisionera desaparecida.

¿Se refiere a esa mala pécora, ladrona de caballos? ¿Ha desapareció? Una cortina de cuero a espaldas del pastor le tapa la vista, pero oye las actividades de los feligreses, que gritan y ululan a la manera de los pietistas. Bueno, pos ao mejor está ahí dentro, con los demás pecadores.

Gracias, reverendo, dice él, haciendo ademán de entrar, pero el pastor lo coge del codo. Tiene el revólver amartillado y le apunta a la oreja. Alto ahí, hermano. No se puede pasar sin pagar.

Ya se lo he dicho, no he venido a rezar. Asunto oficial.

Da igual. Tiene que poner algo en la bandeja o no lo deajo pasar.

No tengo dinero, dice con firmeza, mirando al cañón del revólver. Pero voy a entrar.

No tiene que ser dinero, dice el pastor, sin dejar de apuntarle a la cabeza con el revólver pero soltándole el codo para tirarse del cuello de la camisa y dejar un poco más de trayectoria a la nuez. Esas bonitas botas servirán.

No. Las botas, voy a necesitarlas. Si no hace caso y sigue avanzando, ¿le dispararía el pastor por la espalda? Podría.

Bueno, ¿y esa cabellera negra trenzá con abalorios, entonces?

Él titubea. No sabe por qué la lleva. Para que le dé buena suerte, quizá. Como una pata de conejo. Pero no es supersticioso. Y no huele precisamente bien. Dacuerdo, dice, cortándola de la cartuchera con el cuchillo de caza y tirándola a la bandeja de la colecta, donde se retuerce y estremece por un momento antes de encogerse como un escarabajo muerto.

Ahora le juego las botas a una tirá, si le parece bien, dice el pastor con una sonrisa de oro, cogiendo los dados y agitándolos con una mano sucia y nudosa, pero él lo deja atrás y pasa bajo la cortina a la pequeña iglesia de una sola nave, mientras el pastor dice a su espalda: ¡Elevo mis más solenes súplicas al buen Dios pa que encuentre a esa mocosa canne de horca, sheriff!

¡No quisiera perderla en el último instante y dejar desconsolado al infierno entero!

Veladas lámparas de gas cuelgan de las tiznadas vigas en la estancia de paredes revestidas de madera, un ambiente brumoso de humo con olor a cuerpos rancios sin lavar y a los nauseabundos vapores de whisky malo — bebido, desbebido y regurgitado— que sirven como comunión en tablones puestos sobre el respaldo de unos bancos. En el denso humo cuelgan como adornos audibles los ecos rituales del resonar de escupideras, de la lluvia de dados sobre mesas de juego, del tintineo de monedas, el blando rumor de los naipes, el paso del trinquete y el timbre de las ruedas de la fortuna y las tragaperras, el *clic clic clic* de la bola de la ruleta, y, en medio de los fervientes gritos de los empedernidos jugadores, se producen juramentos, rotura de vasos y disparos de revólver en una especie de abandono emocional. ¿Estáis vos servidos, cabulleros?, chilla uno, y otro grita: ¡Cagüendiez, dame una buena! En alguna parte de la iglesia, entre el ruido y el humo, oye a la cantante del salón que gorgoritea sobre un héroe mágico dotado de un cimbel considerable, ya ahorcado y que en paz descansa, su voz a medias sofocada por el cargado ambiente. Sombreros con manchas de sudor cuelgan en formación de las paredes bajo proclamas doctrinales relativas a escupir y al juego limpio, hileras de cabezas de animales decapitados, polvorientos espejos azogados que no reflejan nada y pinturas religiosas de bandidos muertos y damas desnudas en posturas de adoración, pero la única señal de la que busca está en uno de los carteles que anuncian la ejecución del día siguiente colgado sobre una mesa de faro, con su retrato obscenamente retocado. ¡ENVITE Y TRACATRÁ!, dice, y con un tosco dibujo indica dónde y cómo hacerlo.

Dobla una esquina (la hay, la estancia se está complicando) y llega a una mesa de juego con unos dados extraños, pequeños y deformes, más parecidos a unos nudillos, lo que sin duda son. Siéntese, sheriff, y sacuda el codo, dice el encargado de la mesa, un tipo achaparrado de mandíbula torcida, ataviado con unos andrajos pardos y un pañuelo de colores anudado en la frente, un pobre diablo moreno y de mal aspecto que le resulta vagamente familiar. Tiene el brazo roto en un cabestrillo de cuero crudo, le faltan los dedos de la mano y un reciente verdugón rojizo le cruza las ásperas mejillas, la clase de magulladura que suele hacer una fusta. Desde ahí ya no oye a la cantante; en cambio, detrás de la gran rueda de la fortuna, hay un rítmico coro de gritos de borrachos que sube y baja, de modo que probablemente esté en algún sitio por aquella parte. No es alguien que quiera ver ahora mismo. Venga, sheriff,

tírelos, dice el tipo de la mandíbula de través, agitando el muñón al extremo del brazo roto. Esas porquerías son mías. Eran.

No tengo na que jugarme. Pero ¿no te conozco de algún sitio? Con la mano buena, el pobre diablo enseña una placa de ayudante doblada y oxidada, oculta entre sus mugrientos harapos. ¿Cómo? ¿Eres mi ayudante?

Lo era. Pero perdí los cuartos y algo más en ese perverso trile dahí, junto a la gran rueda. Ahora tengo que trabajar en este antro sacaperras.

¿Dónde está la prisionera, entonces?

Bueno, la hemos perdido, a ella tamién.

¿Perdido...?

Ese miserable maniobrero y explotador dahí, el podrido ladrón que regenta este chupadineros. El que me regaló el codo de más y mis propios nudillos pa jugar a los dados cuando me ocurrió abrir la boca y decir que labía pillao con un as en la manga. Él lo ve ahora, entronizado tras una mesa de blackjack bajo una resplandeciente lámpara de gas, cerca de la rueda de la fortuna, un tipo inmenso, calvo y lampiño, con traje blanco, camisa de volantes, corbata azul de lazo y gemelos de oro, que lleva unos lentes azules pegados a los ojos. Está tan tieso y pálido como una piedra, no mueve nada salvo los cortos y gruesos dedos, que reparten hábilmente las cartas. Los gritos rítmicos vienen de allí y pueden producirse como reacción a los naipes que distribuye. Ese cabrón sin madre reconocida nos ha dejao completamente limpios, sheriff. Y por si fuera poco sa quedao con la prisionera.

Mal hecho. Ella no estaba en juego.

Lo sé.

¿Qué ha hecho con ella?

Bueno, pos... Su ex ayudante titubea. No es mu agradable. Lanza una mirada inquieta sobre el hombro. Mejor vaya pallá a verlo con sus propios ojos.

Siente una cólera ardiente al tiempo que un frío glacial en el corazón y tiene la sensación de que va a volverse loco de repente con la violencia contrapuesta de sus emociones, pero aprieta los dientes con fuerza, recobra la calma, se coloca bien el sombrero sobre la frente, deja caer las manos a los costados, yergue la espalda, baja la cabeza y, a paso medurado, se dirige hacia el resplandeciente gordo de la mesa de blackjack. Tiene la impresión de que la estancia se ha agrandado un poco o de que se ensancha a medida que él avanza, y hay nuevos ángulos y esquinas que debe doblar, súbitas aglomeraciones de ruidosos jugadores borrachos entre los que ha de abrirse camino, y en ocasiones parece que el tipo que reparte cartas en la mesa de

blackjack está más lejos que cuando echó a andar hacia él, pero sigue adelante, procura no seguir sus ojos sino sus oídos (los gritos y aullidos), y así se encuentra al cabo de un momento entre el gentío que rodea la mesa de juego. Lo que provoca los rítmicos gritos, según ve al llegar, es el espectáculo de la maestra estirada sobre la rueda de la fortuna, que gira despacio, la falda negra cayéndole por encima de las rodillas cada vez que se pone cabeza abajo. Él intenta no verlo pero también queda un tanto hipnotizado por el rítmico ascenso y descenso, que descubre y oculta, de las deslumbrantes rodillas blancas de la maestra, con el hechizo rompiéndose únicamente cuando se da cuenta de que ella tiene los ojos fijos en él mientras va girando con una expresión entreverada de furia, humillación y angustiada súplica. Es una mirada de lo más fascinante cuando está al revés y los gritos alcanzan su mayor intensidad, los ojos quedan entonces sombríamente subrayados por las cejas, como con bolsas de profunda pena, la nariz de ventanas dilatadas semejante a un cuerno entre la frente, las rodillas desnudas por arriba no muy distintas de un pensamiento amargo, de un reproche.

Prosigue su avance, sin saber lo que va a hacer, pero antes de que llegue a la mesa, un tipo alto, con pelo tatuado en la calva, aparta a empujones a todo el mundo y, dejando caer una bolsa de gamuza, toma asiento. ¡Dame unas cuantas figuras, tú, trilero mascachapas!, grita con fanfarronería de borracho, retorciéndose las puntas enceradas del bigote de manubrio. Lo ha visto antes, probando la horca, sólo que desde entonces ha adquirido una pata de palo. Su compañero, el mestizo sin oreja, que lleva ahora una zarpa de oso en la nariz y una pluma enhiesta en la cinta del sombrero, ronda por allí con la bragueta abierta bajo el vientre que le sobresale por encima. Voy a ganar ese chumino giratorio pa mi amiguete y pa mí, y no quiero pillarte con cartas marcás, barajando con ventaja, realizando juegos de manos, arrugando los naipes, haciéndoles muescas ni amañándolos de ninguna manera, no quiero ver espejitos, barajas trucás ni escondrijos, y tampoco quiero presenciar grandes milagros como cartas de más ni ases que salen por arte de birlibirloque. ¿Me oyes? Así que, venga, menea el mazo, viejo burlanga, y dámelas buenas.

El que reparte, que tiene la baraja en las manos suaves y ensortijadas como un santo con un libro de oraciones, ha escuchado todas esas bravatas con serena indiferencia, la lisa cabeza apoyada en los estratificados pliegues del mentón como un cremoso montón de leche cuajada, las pupilas ocultas tras los anteojos azul cielo, que parecen pegados a los globos oculares. Las lentes coloreadas, bien lo sabe él, son para leer el reverso de los naipes, las bruñidas sortijas para reflejar el reparto, entre las que sin duda no falta un

anillo para marcar, y las mangas y el chaleco de lino se abultan y distienden con mecanismos disimulados que esconden triunfos. Cuando, con un movimiento tan mínimo que apenas resulta visible, baraja, corta y reparte, parece utilizar al menos tres mazos diferentes, mezclando un par de ellos y dando por abajo de la única baraja visible en todo momento, y en cualquier caso nunca por arriba.

El hombre bizco del pelo tatuado se levanta y aparta la silla hacia atrás con la pata de palo. He llegado a la conclusión unánime de que has hecho trampas, grita, mientras el que reparte desliza tranquilamente la bolsa de gamuza hacia el montón de sus ganancias, cogiendo luego el mazo para barajar de nuevo con tal soltura, que la baraja parece un inquieto animalillo atrapado entre las suaves y pálidas manos. A su espalda, la maestra, atada a la rueda de la fortuna, da vueltas y más vueltas forzadamente, aunque ahora, con el calvo de pie, con su pie y su pata de palo, cesan los rítmicos gritos.

Tranquilo, compa, susurra el mestizo desorejado, con la mano metida en los pantalones. Lanza un escupitajo por encima del hombro, lejos del que reparte. Es la leche de rápido, este fullero. No lo provoques. No es prudente.

¡Cierra el pico, manso cíclope, y apártate!, ruge el calvo. Y allí se planta, frente al repartidor de gafas, las piernas separadas y apoyado en la pata de palo, los hombros tensos, los codos fuera, las manos a unos centímetros de la culata de los revólveres. ¡A ver si te atreves, timador, que apestas como una carreta de boñigas de caballo!

Un agujero se abre explosivamente en el pecho del calvo como si le hubieran clavado un poste, proyectándolo hacia atrás entre el gentío, el repartidor habiendo desenfundado con calma, disparado y vuelto a enfundar sin dejar un momento de barajar los naipes con ambas manos. Deja el mazo sobre la mesa y apoya las gordezuelas manos a cada lado como diciendo: ¿Hay algún otro primo que quiera probar suerte?

Él se asegura de que lleva la placa de sheriff a plena vista, se tira del ala del sombrero, se sube la cartuchera, y entra en el espacio bien iluminado que acaba de abandonar bruscamente el hombre de la pata de palo y el pelo tatuado. Pone derecha la silla caída, observando con atención al que da cartas, y la coloca frente a la mesa de blackjack pero él continúa en pie. Vengo a pedirte que me devuelvas a mi prisionera, dice con voz queda. Tiene una corazonada sobre el repartidor, una idea de la que más convencido está cuanto más tiempo pasa estudiándolo de frente. Legalmente no puede apostarse por ella. Tú lo sabes. Puede que tenga que cerrar este establecimiento.

El enclenque de su ex ayudante, el del brazo destrozado, se inclina hacia el que da cartas, quien al parecer, aunque no mueve los labios, le musita algo en la oreja arrugada. Dice que no va a poder ser, dice el ex ayudante por la comisura de la boca. A espaldas del gordo gigantesco, las blancas rodillas de la maestra giratoria se alzan a la vista como un par de inexpresivas marionetas cubiertas con calcetines, para caer en la oscuridad, una y otra vez, tras la cortina de su vestido, pero él se arma de valor para no mirar, y también para no hacer caso de la ardiente mirada de ella, porque ahora debe pensar estrictamente en una sola y única cosa. Dice que si quiere llevarse a esa renegá ladrona de caballos, tendrá que sentarse a jugar una mano pa ver si la gana.

No pueo. No tengo bolsa. Sí, ahora está seguro. Por eso está tan quieto. Escuchando. Todo. Sus orejas escudriñan hasta el más mínimo sonido igual que sus lijados dedos de puntas rosadas acarician los naipes. Tras los anteojos azules, ese tipo es ciego.

Bueno, ¿y sus botas?, sugiere el ex ayudante. ¿O sus armas? Él niega con la cabeza. El ex ayudante musita algo al oído del gordo, acercando luego su oreja para escuchar la respuesta. Venga, dacuerdo, ha dicho. La vida, entonces, ha dicho. La suya contra la de ella.

Humm. Bueno, dice él, encogiéndose de hombros, mientras se sienta al borde de la silla para que su voz salga de la posición adecuada. De todas maneras, la suya vale menos que una falsa moneda. Un destello de regocijo parece surcar el rostro del hombre gordo, mientras las cartas, despiertas de nuevo, revolotean entre sus manos como un paro enjaulado, o un colibrí obteniendo su sustento. Él se quita las espuelas para que no lo traicionen, y luego, dejando la voz en la silla, se levanta silenciosamente con intención de situarse detrás del que da cartas. Póquer descubierto normal, dice su voz. Todas bocarriba. Ni una tapá. El repartidor ofrece la baraja hacia la silla. Sin cortar, tío. Dalas, na más. Un silencio mortal impera en la estancia mientras él da la vuelta a la mesa, nada se oye sino el tenue crujido y el metálico tictac de la rueda de la fortuna, apagado ya todo murmullo, lo que desconcierta al gordo, aunque no lo manifiesta. Con un ademán apenas perceptible, reparte a la silla vacía una jota y a él un rey. Creo que tratas de decirme algo, dice su voz desde la silla, siguiendo con el parloteo para encubrir sus movimientos. Algo que un viejo cazador de ciervos le enseñó una vez como medio de confundir a la presa. Era un truco tan simple y natural que, una vez que lo aprendió, se sorprendía de no haberlo sabido desde siempre. Pero una pareja de esos gallardos mozos ganan con la gorra a una vieja testa coronada, añade

su voz con chulería cuando cae otra jota, inmediatamente seguida, desde luego, por un segundo rey. Ah, ah, dice su voz. Dita sea mi suerte. Parece que me hace falta un tercer caballero de esos pa seguir en la pelea. Y lo obtiene, seguido a su vez por un tercer rey. Ya está detrás del repartidor, mirando desde arriba el efervescente montículo de su calva reluciente. Pos toma, chúpate ésa, dice su voz cuando aparece la cuarta jota. Creo que ahora, quitando milagros, la prisionera es mía. Sigilosamente, cuando cae el cuarto rey, desenfunda el cuchillo de caza. El repartidor gira levemente la cabeza como si hubiera oído algo fuera de lo normal y dirigiese la oreja hacia el sonido, de modo que su voz dice desde la silla: ¡Mira qué cosas! ¡Cuatro jotas! ¡Cuatro reyes! Pero no hemos terminao entavía, amigo. Tienes que darme otra carta. Sólo has repartido cuatro. El gordo titubea, inclinándose ligeramente hacia la voz, y entonces, con cierta impaciencia, lanza una reina negra que cae como una provocación entre las dos manos de hombres armados. Vaya, esto es el colmo, exclama su voz. ¿Cómo ha ido a parar ahí, esa quinta jota? El repartidor se sobresalta, parece a punto de coger el revólver o la carta, pero deja la mano quieta y, tras la más breve vacilación, tira un quinto rey. Ja, dice la voz. Sólo un miserable dos. ¡Te pillé, viejo! Y cuando aparece el revólver y acribilla la silla, él hunde profundamente la hoja en la garganta del repartidor, rebanando de lado a lado la gruesa carne apilada como si removiera un cubo de manteca de cerdo.

El hombre no se desploma sino que continúa allí sentado con toda su rotundidad, la cabeza un poco inclinada hacia delante como si se hubiera llevado algún chasco, los anteojos azules escurriéndosele por la nariz, alejándose de los fruncidos hoyuelos donde sus ojos estuvieron una vez. Su mano armada se crispa y dispara otra vez, haciendo añicos una lámpara cenital y mandando a cubierto a todo el mundo, la palma se vuelve luego hacia arriba y deja que el revólver caiga como si fuera un descarte. Del rebanado gáznate se destila una grasa blanquecina, que poco a poco se torna rosada. Él limpia la hoja del cuchillo en las hombreras del traje de lino del hombre, haciendo funcionar un dispositivo mecánico de ocultación que descarga varios ases por la manga, y luego vuelve a envainarlo con cuidado, observando todo el tiempo a los demás mientras se recobran y estudian la nueva situación. No está seguro de cómo lo van tomar ni de qué significaba el repartidor para ellos, de modo que para distraerlos de cualquier pensamiento conflictivo que se les pudiera ocurrir, dice: Yo diría que esas ganancias son pa quien las coja, cabulleros.

Eso provoca el enloquecido tumulto de rigor, y mientras se lanzan a ello él detiene la rueda de la fortuna para liberar a la maestra. Cuando le desata las muñecas, casi espera recibir otra bofetada, pero en cambio ella se desmaya y se derrumba sobre su hombro, las manos golpeándole sin fuerza en la espalda, de modo que debe desatarle las caderas y los tobillos con todo su peso encima. Las cosas se ponen feas en la iglesia, revólveres y cuchillos se desenfundan, puños y botellas vuelan, de modo que se marcha rápidamente de allí cargándosela al hombro como unas alforjas, mientras la estancia se encoge convenientemente hacia la salida para acelerar su travesía. En la puerta, antes de irrumpir en la noche como una flecha, lanza una mirada por encima del hombro libre al caos del interior (es su ciudad y, que él sepa, la única gente que ha tenido en la vida y está a punto de dejarla para siempre) y a través del humo ve al repartidor muerto, aún desplomado bajo la destellante lámpara como una antigua y melancólica ruina, su calva cabeza espejeada de azul hundiéndose poco a poco en la garganta supurante.

Atraviesa a zancadas, bajo un tapiz de estrellas que palpitan débilmente, la ciudad desolada, llamando a su caballo con quedos silbidos, con una mano agarrando un muslo tierno y relajado, estrechando con la otra las corvas cubiertas por la falda. Supone que la iglesia no contendrá mucho tiempo el tumulto en su interior, y sus esperanzas de salir rápidamente de ahí se van desvaneciendo. Se dirigió primero al cobertizo del herrero donde apercibió a la yegua negra por última vez, pero esa construcción no estaba donde su memoria le decía; encontrando en cambio la cárcel con el patíbulo delante, se encaminó seguidamente hacia el establo pero acabó de nuevo frente a la cárcel. La maestra empezaba a pesarle, así que pensó en esconderla en su escuela hasta que localizara a la yegua, o bien otro caballo o un par de monturas, pero vio que había vuelto frente a la horca y la cárcel, o ellas habían vuelto a él. Y allí está ahora, cerca del patíbulo en la silenciosa oscuridad, silbando suavemente, con una frustración creciente en las entrañas (¿dónde se ha metido el puñetero caballo?), tratando de orientarse, la mejilla apretada contra una cadera flexuosa, los brazos abarcando las piernas de la maestra como si fueran lo único seguro a lo que aún pudiera aferrarse. Clavado en el cadalso hay uno de los carteles que anuncian la ejecución para mañana a mediodía, aunque a la tenue luz de las estrellas la fiera severidad de su retrato parece haberse suavizado, como rendida al destino que la espera, cualquiera que sea. Está resuelto a impedir su ahorcamiento —si ahora le

preguntan por qué ha ido allí, dirá que ésa es la razón— y es como si el retrato lo comprendiera y lo mirase ahora con más esperanza que indignación; pero aún no tiene claro el modo de llevar a buen término su rescate, lo que quizá explique la delicada perplejidad que también parece percibir en el rostro del retrato, la mirada suplicante, los labios ligeramente entreabiertos como para formular una pregunta, o recibir un beso. ¿De adiós? Siente un picor en la comisura de los ojos, donde se va acumulando cierta humedad, que él toma por lágrimas. No debe decepcionarla. Aparta la cabeza de ese instrumento aterrador con el nudo corredizo de la soga colgando en las alturas de la noche, y ese hombre solitario, ese pistolero distante e inquieto, libre y sin ataduras, que no pertenece a nadie ni a nada, aprieta los labios con reverencia contra la ternura que tiene ahí, sobre el hombro, y mira por encima de la dulce loma de su cadera hacia el campo de estrellas que titilan más allá en el cielo sin luna, pensando: Estoy completamente perdido y no soy quien creía que era.

Se dispone a emprender otra búsqueda de caballo o refugio cuando oye que la iglesia se vacía a su espalda y los hombres salen en tromba a la calle. No hay tiempo; parecen aproximarse rápidamente desde todas partes, aullando sus eufóricos juramentos y maldiciones y disparando sus armas. Cruza la calle al trote, jadeando, sintiéndose ahora perseguido, la cabeza de la maestra rebotando contra su espalda (mirada suplicante, labios entreabiertos: él no piensa ahora en eso, aunque desde luego sabe que lo hará después), y se oculta en la cárcel, pero, agobiado por su carga, no logra echar el cerrojo antes de que los hombres de la ciudad entren empujando la puerta y lo obliguen a retroceder.

¡Eh, sheriff! ¡Vaya, lo que tiene ahí!

¡Fíjate! ¡Qué espectral tan gratificante!

¡La tocao el gordo, al sheriff!

Encienden las lámparas y forman un círculo a su alrededor, llenando la estancia, admirando a voz en cuello a la mujer cargada sobre su hombro, alargando la mano para palpar sus partes inánimes o pincharlas con el cañón del revólver. Él los esquivo como puede, retrocediendo hacia la puerta del calabozo, considerando sus posibilidades. Probablemente no tiene ninguna.

¡Teníamos miedo de que se nos aguara la fiesta y no la viéramos estirar el cuello!

¡Qué bien ha hecho, sheriff! ¡Como manda la ley!

Oiga, amigo, por qué no va a efestuar unas cuantas libaciones tranquilizantes y descansa un poco antes del gran día, dice un jorobado sin dientes y de ojos saltones metido en una voluminosa chaqueta blanca de lino

con una placa de ayudante prendida boca abajo en la sucia solapa. Nosotros cuidaremos de la prisionera.

No, dice él. En otros tiempos se habría abierto camino a balazos, sencillamente, o lo habría intentado; ahora no puede hacerlo. La vais a dejar en paz. No la van a ahorcar.

¿Qué...?

Voy a dejarla marchar.

¡No puede hacer eso, sheriff! ¡No tiene derecho!

¡Hemos construido la nueva horca sólo pa ella!

¡Tuvimos que arrancar toda la parte datrás de la casa de comidas pa que hubiera madera!

Eso no es cosa mía. No ha sío ella. Yo robé el caballo.

¿Usté qué...?

Los hombres retroceden un momento, sombrío ahora su jovial semblante, mientras el muslo de la maestra tiembla y se endurece bajo su mano como despierto de pronto por la brusca confesión. Póngame en el suelo, requiere ella fríamente a su espalda, y toda la ternura parece abandonarla. Ahora mismo, por favor.

Congojación, murmura alguno, lanzando un lapo al interior del calabozo como un signo de exclamación. Por lo visto, tendremos que cambiar el retrato de tos los putos carteles.

Él se hinca de rodillas para que ella plante los pies en el suelo, mientras los resentidos hombres, sin perderlo de vista, se apiñan de nuevo a su alrededor y la maestra se pone derecha rozándole apenas el hombro para apoyarse, un contacto, aunque puramente práctico, por el que él se siente agradecido. Continúa allí arrodillado un momento, como implorando misericordia, que quizá sea lo que hace, pero sin una palabra más ella da media vuelta sobre sus indiferentes tacones negros y, con las manos apretadas en las caderas, avanza contoneándose hacia la puerta mientras los hombres se quitan el sombrero y retroceden para dejarle paso. No es su costumbre romper el silencio pero, enfrentado a ese silencio espantoso y sin fin al que ahora está condenado (que afrontará, cuando ella se haya ido, con el callado estoicismo que es natural en él y por el que es conocido, y él se conoce), no puede evitarlo: Ni siquiera ma dao las gracias, dice a su espalda.

Ella se vuelve en la puerta abierta, enmarcada por la aterciopelada oscuridad de la noche. No hay mucho afecto en su mirada, pero él se anima al percibir la ausencia de una cólera excesiva. No ma dao, replica ella en voz queda pero firme. Ni siquiera *me ha dado* las gracias.

¿No? Se queda un poco perplejo pero es plenamente consciente de que le debe mucho, y se incorpora y se quita el sombrero como han hecho los demás. Lo siento, señá. Pero usted tampoco me da las gracias.

Ella suspira y sacude la cabeza. ¿Y por qué tendría que dárselas?

Pos, ya sabe. Por lo que acabo de hacer. Por salvarle la vida.

Yo no robé el caballo. Usted sólo ha hecho lo que debía hacer.

No. Le resulta difícil sostener su fija y dura mirada, que según cree es ahora del color del hierro fundido, de modo que en cambio dirige la vista al oscuro lunar parecido a un hoyuelo de su mejilla. No ha sido por ese motivo.

No ha sido por ese motivo.

No, señá.

¿Y por qué motivo ha sido, si me lo puede decir?

No..., no se lo pueo decir.

No se lo puedo decir.

No, señá. No pueo.

Ella suspira, y aunque lo sigue fulminando con la mirada, hay ahora más ternura en ese suspiro que en todo lo que le ha manifestado hasta entonces.

¿Sabéis una cosa? ¡Me parece que el sheriff tiene cierta debilidad por la seño!

¿Tú cres?

Ella se queda inmóvil un momento junto a la puerta, observándolo con toda su severa rectitud, y entonces esa rígida intransigencia se disuelve y, titubeante, con un susurro de las negras faldas, vuelve a entrar en la estancia y se planta frente a él con aire afable bajo la luz de la lámpara, echando atrás la cabeza para captar su reacia mirada, como suplicándole que la mire, cosa que, invadido de una tremenda flojedad, hace al fin.

Vale, pero ¿tiene la seño debilidad por el sheriff?

¡Jua! ¡De tenerla, me parece que sé dónde la tiene!

¡Cierra ya la boca! ¡Creo que la va besar!

¿Cómo? ¡No me lo creo!

Ni él. Sus ojos están llenos de esa visión —la frente suavizada, la mirada escrutadora, los labios húmedos y entreabiertos— totalmente nueva, incluso inimaginable hasta este momento, pero al mismo tiempo tan familiar que tiene la impresión de que ha tenido frente a él ese semblante lleno de complacencia durante toda su vida natural, y se inclina hacia ese rostro, cerrando los ojos, como si al fin hubiera encontrado lo perdido tanto tiempo atrás.

¡Allá va!

¡Ahora habrá que ahorcarlo seguro!

El calor de su aliento recae húmedamente sobre sus resecos labios cuando se produce una súbita y violenta explosión que sacude la cárcel entera —instintivamente la empuja hacia un lado, gira en redondo y desenfunda—: es la yegua negra, con los ojos desorbitados e hinchada hasta el doble de su tamaño, que ha irrumpido estrepitosamente en la estancia llevándose por delante la puerta, el marco y una parte del muro, rompiendo los cristales de las ventanas con el impacto y haciendo que los hombres, tropezando unos con otros, se precipiten en todas direcciones para apartarse de sus cascos que todo lo destrozan.

¡Eh! ¡Fijaos! ¡Es la yegua forajida!, gritan. ¡Sa vuelto loca!

La maestra de escuela ha caído al suelo a su espalda en el umbral del calabozo y se agarra a sus piernas. Él intenta silbar a la yegua para tranquilizarla pero eso sólo parece enfurecerla aún más. Se encabrita hasta el techo, la boca espumeante y las ventanas de la nariz dilatadas, y he ahí que vuelve los cascos al suelo, aplastándolo todo y lanzando por los aires polvo, cristales y astillas.

¡Cuidao!

¡Socorro! ¡No veo! ¡Creo que me sa metido una astilla en el ojo!

¡Ma aplastao la pienna!

El ayudante de espalda curvada y chaqueta blanca coge un lazo de una escarpia en la pared y con un gruñido lo lanza en torno al cuello de la yegua enloquecida, pero el animal alza las patas y con un solo golpe de los cascos le aplasta la cabeza, salpicándolos a todos de sangre y sesos sin dejar otra cosa sobre el cogote reventado del ayudante que la desdentada mandíbula inferior, que se le queda colgando como una cáscara de melón.

¡Haga algo, sheriff! ¡Sujete a ese caballo del demonio antes de que nos mate a tos!

¡Acabe con ese jodío animal! ¿A qué espera?

Él está ahora frente a frente con la bestia espumeante de ojos enrojecidos, de espaldas al calabozo vacío, amarrado al sitio por los brazos entrelazados de la maestra. Tiene los dos revólveres apuntando a los globos oculares de la yegua, que giran frenéticamente, pero, a pesar de que ha estropeado su momento singular con la seño, no se decide a apretar los gatillos, porque nunca ha poseído un caballo como ése y no quiere perderlo por un arrebato. Y menos cuando tanto podría necesitarlo. La yegua resopla y relincha, agita tremendamente las negras crines, aporrea el suelo con los cascos, parece luego acercarlos hacia las piernas de él, tras las cuales sigue encogida la

maestra, atisbando. Entonces vuelve a alzarse el animal, las patas delanteras agitándose en el aire, las traseras adelantándose, su relincho más parecido a un grito aterrador, y vuelve a bajar con estrépito (la maestra grita), aplastando, una y otra vez, los barrotes del calabozo a cada lado de él.

¡Es a la seño a quien persigue!

¡Entréguesela, sheriff! ¡No cabree más a esa creatura salvaje!

¡Para ya de una vez, dita seas!, grita él a la yegua enloquecida. ¡Retrocede! ¡Si quieres patear a alguien, abortón pestilente y alobao, me pateas a mí! El caballo resopla por los ollares y golpea el suelo, arquea de tal modo la cabeza hacia la cola que lo único que alcanza a ver él es su negra garganta, y deja escapar un relincho más parecido a un trémulo gañido. Luego baja la cabeza entre las rodillas y lo mira con aire suplicante por debajo del flequillo, arañando con un casco los tablones del suelo. Mu bien, eso está mejor. Ahora sal daquí, dice él. La yegua balancea la cabeza de un lado a otro, los labios vueltos hacia arriba sobre los dientes, la húmeda mirada ahora más dolida que desafiante. ¡Ya! Él baja uno de los revólveres y de un balazo le arranca la uña muerta del casco. La yegua lo levanta del suelo, agacha la cabeza, lo mira, vuelve a ponerlo en el suelo, y, tras una triste pausa, da media vuelta y sale lenta y pesadamente, cabizbaja, de la estancia. Alguien dispara un tiro, el caballo se tambalea ligeramente, se detiene, prosigue luego su pausado caminar. Los demás hombres, envalentonados, empuñan sus armas y empiezan a disparar con furia mientras ella avanza pesadamente, persiguiéndola más allá del agujero en la pared donde antes estaba la puerta, gritando maldiciones y apretando el gatillo sin parar.

Él ayuda a la maestra a ponerse en pie, sintiendo hacia ella la misma ternura que antes, tanto más cuanto que su corpiño de cuello alto se ha desabotonado y un olor dulce, como a polvos de talco, brota de la blancura que se atisba en el interior y le desencaja las articulaciones de una forma que ni el asalto de la yegua ni cualquier otro han logrado jamás. La mano de ella, sin embargo, se parece a una garra rígida y se retira al instante de la suya, todo cálido sentimiento ya claramente ausente de su ánimo. ¿Por qué no ha matado a esa bestia maligna?, grita ella. En la calle, oye a los hombres que están haciendo precisamente eso, el estruendo explosivo de su descarga como una exhibición de fuegos de artificio, y, por segunda vez en tan poco tiempo, cierta humedad empaña su visión. ¡Esa yegua quería matarme!

No lo sé, suspira él. Calculé que si lograba tranquilizarla quizá podríamos montarla y marcharnos de aquí.

¿Cómo? ¿Dejar esta ciudad? ¡Jamás podría hacer eso, idiota! De todos modos, añade, lanzando una mirada henchida de furia a la humedad que se arrastra sigilosa por sus mejillas, no es por eso.

Él no dice nada y ella le da una bofetada. Tan fuerte que le arranca el sombrero y a ella se le tuerce el oscuro moño. Afuera, parece que están destrozando la ciudad entera, y en su pecho él siente lo mismo, porque ha visto las mechas de bucles anaranjados bajo el moño deshecho.

Y el tumulto se apaga bruscamente y los hombres vuelven en tropel a la cárcel, arrogantes y acalorados por la excitación de la matanza, un turbio velo frente a los ojos de sombreros, cabellos y narices.

¡Eh, sheriff! ¡Tendría que haber visto cómo ha dejao su horca esa yegua loca!

¡Ha convertío tol asunto en un paquete de palillos!

¡Yupii! ¡Nunca he visto na igual!

¡Oxtrunción a la justicia, eso ha sío!

¡Y lemos hecho más bujeros que una criba!

Ni siquiera ha intentao escapar. ¡Era como si estuviese mu triste y se muriera por estirar la pata!

¡Pero no ha sío fácil! ¡Creíamos que nunca íbamos a tumbar a ese viejo jamelgo!

¡Le metío toda la munición en el cuerpo, a esa asquerosa creatura!

¡Ha sío creminal! ¡Menúo matalón estaba hecho el jodío caballo!

Claro que vamos a tener que construir otra vez la puñetera cosa pa colgar a este vaquero desgraciao.

Venga, coño, no lo terminaríamos a tiempo, la cabrona de la yegua sa ocupao bien de eso. Yo digo que lo dejemos y vayamos a emborracharnos.

Bien dicho, *hombre*. A mí no mimportaría meterme un par de jarras pal cuerpo.

Pos claro, convienen todos. Que se largue. Na hecho na malo.

No, muchachos, dice la cantante del salón, deshaciéndose el oscuro moño y sacudiendo la cabeza para soltarse los bucles anaranjados, un pecho con punta de rubí saltando ahora del corpiño desabrochado, no podéis hacer eso. Este canalla escrofuloso ha incumplío la ley y tiene que pagarlo.

Venga, Belle, sólo es un asesino, ladrón de caballos, cuatrero y asaltante de trenes, a más de hacer trampas a las cartas, ¿qué tiene eso de malo?

El joputa ma dejao plantá, dice amargamente. Ahorcarlo sería demasiao bueno pa él.

Los hombres se miran cansinamente, los hombros caídos. Joer. ¿Estás segura, Belle?

Estoy segura.

Pos vale. Tendremos que ir a buscar martillos y clavos, supongo.

Esa madera dahí está hecha migas. Habrá que deshacer el establo y empezar de nuevo.

Lo siento, sheriff, dice un viejales con bolsas bajo los ojos y una cicatriz de oreja a oreja que le pasa por la protuberante nariz como una cuerda de tender sobre la barba, y que ahora lleva una placa de ayudante. No podemos hacer na. Le quita la estrella de sheriff y las armas. Más le vale meter su pobre culo jodío en ese calabós, o lo que queda de él, y comportarse mientras nosotros nos ocupamos de lo que tenemos que hacer.

¿Coño le pasa de tos mos, ayudante?, pregunta alguien y todos se vuelven hacia él. Está observando cómo se prende la cantante el alfiler de rubí en la mejilla perforada. Y pensando que en realidad no estaba hecho para la vida civilizada y que considerar que podría estarlo siquiera un momento ha sido una debilidad y un verdadero fallo, fatal, a la vista de las consecuencias. Parece que una mula acaba de darle una coz en los cojones, al tío.

Es Belle. De verla vestida así.

Y ahora ese horizonte que siempre estaba ahí para él ya no lo está, y el vasto horizonte de su ojo interno tambien se ha desvanecido.

Te voy a echar de menos, tesoro. La cantante sonrío, remetiéndose el pecho pero dejando desabrochado el corpiño de la maestra. No tos los días pasa por aquí alguien como tú.

No *todos* los días, corrige él, y entra en el calabozo para desplomarse sobre los muelles descubiertos del camastro.

¡No, ja! Ella ríe, todos ríen. ¡No tos, seguro que no, coño!

Recuerda que cuando los hombres salieron a reconstruir la horca miró por la ventana del calabozo desde el camastro donde estaba tumbado y vio que las estrellas se juntaban y se ponían a girar en el firmamento como tolvaneas celestiales, y pensó: Se avecina una fuerte tormenta. Durante un tiempo hubo un silencio tan denso que le hacía daño en los oídos, y se acordó de un día caluroso que se encontraba solo en el desierto bajo el sol abrasador y se hizo un silencio semejante en medio de todo aquello y un numeroso grupo de guerreros indios pasó al galope, todos montados a pelo y sin riendas, las cabezas erguidas y mirando rígidamente al frente como atraídos por algo en el

horizonte que él no alcanzaba a ver, los cascos de sus caballos levantando un suplicio de polvo pero sin hacer el menor ruido. Mientras pasaban a toda velocidad, vio que tenían los labios cosidos con tiras de cuero crudo y el pecho y la frente tatuados con misteriosos pictogramas y, entretetejidos en la carne, dientes y pequeños huesos de animales, y comprendió que cabalgaban hacia el olvido y se llevaban consigo los secretos del universo, y que, aun cuando tales secretos no fuesen muy interesantes, eran los únicos que existían y él no llegaría a conocerlos. Tras ellos venía un río embravecido, que les mordía iracundo los talones y borraba sus huellas, y entonces, cuando los guerreros desaparecieron y los habituales ruidos del desierto volvieron, el río se redujo a un hilillo de agua en el cual bebieron su montura y él y luego estuvieron enfermos durante un tiempo.

Y en eso pensaba cuando se hizo el nuevo silencio mientras seguía tumbado en el catre del calabozo en la última noche de su vida, y si antes se habían oído ruidos de sierras y martillos, ahora los sofocaba ese denso silencio coagulado y luego los borraba el súbito rugido del viento ciclónico que todo lo envolvió a continuación, arrancando el tejado de la cárcel y llevándose la silla giratoria y el viejo escritorio de madera y arrojándolos contra los barrotes del calabozo, reduciéndolos a un montón de añicos que rebotaron en su cuerpo como dardos y flechas, al tiempo que se hacía un ovillo con los brazos sobre la cabeza, dejándoles como diana sólo el culo, más o menos inmune al castigo por estar curtido como el cuero tras haberse pasado la vida en la silla de montar. El viento trajo entonces consigo el gran azote de una lluvia ardiente y torrencial que le hincó los dientes y lo masticó con el hambriento ímpetu de una manada de lobos, y cuando el aguacero pasó, las afligidas estrellas cayeron del cielo en un torrente de meteoros que estremeció la tierra y sacudió los muelles del camastro, dejándolo, tirado y perplejo, en el suelo. Y entonces el polvo y la tierra y las reventadas piedras de los meteoros agitadas por los rugientes vientos cayeron rodando sobre él como si el desierto mismo hubiera cobrado forma animada y se hubiese levantado contra él, zarandeándolo, cegándolo y penetrándolo por todos los orificios, taponándole la nariz y la garganta hasta impedirle respirar, acabando por enterrarlo allí donde yacía. Pero se trata de un hombre hecho a los duros y caprichosos hábitos del desierto, y con mucha paciencia esperó a que pasara la turbulencia (lo peor ya había ocurrido, la seño lo había abandonado, y ni siquiera era la seño), meditando todo el tiempo sobre las ironías de su extrema situación —la circunstancia de que estuviera conteniendo la respiración, luchando por sobrevivir con objeto de existir una hora más para que luego lo

ahorcaran—, y cuando al fin pasó, él se abrió camino escarbando y escupió la tierra que le llenaba la boca y se destaponó las narices con los dedos y de nuevo empezó a respirar como antes.

La tormenta dejó tras ella un sol de mediodía, que ahora brilla sobre él a través de las ruinas de la cárcel sin tejado. La retorcida puerta del calabozo está abierta de par en par, y su antigua cartuchera con su revólver de seis tiros y culata de madera cuelga de un perchero en una de las paredes que aún quedan en pie tras la tormenta. No parece haber razón para no ponérsela, de modo que la coge y se la abrocha, y al hacerlo recuerda que antes de que los hombres salieran (o quizá después) recibió la visita de un fotógrafo tuerto, lo que tomó por una señal desfavorable, o por más de una. Era un individuo cadavérico, con sombrero de copa y barba de chino, y sentía por su oficio un entusiasmo locuaz. Insistió en enseñarle su legajo de fotografías de hombres ahorcados, dándole un golpe en las partes bajas con el cañón de su fusil y tirándole del pendiente cuando él cerraba los ojos sin manifestar verdadero interés. Según su docta opinión, dijo el individuo extendiendo sus muestras y requiriendo su atención, la fotografía de un solo ahorcado ofrece un aspecto más melancólico que la de varios en grupo, si bien los colgaos en multitudes de doce o más no sólo presentan oportunidades y dificultades especiales para el fotógrafo emprendedor, por ser menos estereotipada, cabría decir, sino que también tienen una forma de abrir el primer plano a un examen pictórico y llamar la atención sobre los que aún no han sido ahorcados. Dicho con otras palabras, un hombre colgao en solitario tiene una sola y triste melodía que ejecutar, mientras que un par de docenas forman toda una orquesta que toca una serie de popurrís mezclas y entrecruzaos. Dicen que dos son compañía, siguió diciendo el tuerto, mientras por su raquílica perilla corría un hilo de saliva de tabaco que acababa sobre sus fotos, añadiendo tonalides sepia cuando él las frotaba con un dedo largo y huesudo, pero no es verdad. Fíjese en esos dos indios renegaos que cuelgan aquí: ¡jamás habrá visto na más solitario que esto! Un canalla ahorcao es como una pregunta inquietante. Dos, como si se burlaran el uno del otro con ese estúpido balanceo del cuello roto, y ninguno tiene na que decir. A veces me gusta mirar mis fotos de dos ahorcaos sólo pa desternillarme de risa. Tres, lo que prefiere la mayoría de la gente, es una especie de misterio, como si se supiera qué están haciendo ahí arriba dos de ellos, pero ¿y el tercero? Lo más probable es que sea un error, como si anduviera de paso por allí, tropezara y cayera en el nudo corredizo. Si alguna vez es un error colgar a una persona, es ésta. Mi número favorito, sin embargo, es el de cuatro. Es más o menos el máximo de pataleantes que se

puede colgar en concierto a la vez que se está en condiciones de considerar la escena completa y apreciar la visión de cada uno de ellos en particular, de forma que se obtiene una especie de combinación de todos los demás. En general, sin embargo, se debe a mi especial interés por la arquitectura de la horca. Fíjese en esas fotos, lo diferentes que son, tantas formas nuevas y maravillosas dahorcar a cuatro hombres, tos a la vez, y con cuatro juntos balanceándose se pueden resaltar las vetas de la madera y atraer el ojo al espacio vacío bajo las botas elevás. Lo que desde luego es la única razón de que construyan esos estimables artefastos.

Con el fusil ya amartillado y listo, atisba con cautela por el enorme hueco donde antes estaba la puerta de la calle y ve que hoy no elevarán ninguna bota, ni suya ni de cualquier otro. Los restos de la horca, destrozada por la yegua negra, se han desperdigado en su mayor parte por obra de la tormenta, nada queda en la ancha calle polvorienta salvo unas cuantas astillas dispersas semejantes a descoloridos restos de alguna resolución anterior. Y lo que persiste de ese propósito sólo puede medirse por la ominosa ausencia de toda prueba que lo acredite, porque nada se mueve. Ni siquiera los visillos de encaje de la ventana por encima del letrero del salón. Los edificios de madera erosionados por los elementos, completamente abandonados bajo el ardiente sol, parecen fatigados y encogidos sobre sí mismos, un lúgubre silencio de muerte empapa todas las cosas igual que la bebida cala a un hombre hasta los huesos. Pero lo están esperando en algún sitio, o sitios, de eso no le cabe duda. Ha llegado la hora.

En la otra acera las puertas del banco cuelgan de sus goznes como de costumbre, y aunque haya que cruzar unos cien metros de espacio abierto, la mampostería ofrece más protección que la madera, y calcula que si es capaz de llegar hasta allí tendrá más posibilidades, o en todo caso podría durar un poco más. Se deja ver brevemente en el porche de la cárcel, luego vuelve a refugiarse en el interior. No ocurre nada, de modo que comprueba el revólver (se ha disparado una sola bala; la recarga), se cala bien el sombrero de ala ancha sobre la frente como creyéndolo capaz de contener el plomo, se limpia las orejas y se prepara para salir corriendo. Hay una especie de presencia ahí fuera, como un espacio lleno dentro del vacío visible, creada por la solemnidad de la hora y protegida únicamente por su tensa necesidad, y cuando penetre en ella, no habrá manera de salir hasta que esa presencia ya no esté allí, o que él ya no esté allí.

Una parte del muro de la cárcel se derrumba súbitamente a su espalda, hacia el interior, rompiendo el solemne silencio: da media vuelta rápidamente,

para disparar, pero no hay nadie y entonces, mientras está mirando, otra porción de pared se pliega sobre sí misma como un cuello almidonado y, tras un momento chirriante, se desliza lánguidamente al suelo con un estruendo de escombros. Sí, de acuerdo. Hora de salir.

Se pone en cuclillas, cuenta hasta tres, y luego irrumpe en la calle corriendo en zigzag, con el corazón y las piernas a toda marcha, esperando que el mundo entero estalle a su alrededor en cualquier momento y ponga un súbito y acerbo final a todas las cosas. Eso no ocurre, aún no, pero cruzar ese espacio le parece que dura años, sus botas aporreando una y otra vez la polvorienta plaza donde antes se levantaba el patíbulo, sus manos golpeando también el suelo cuando se agacha y vuelve a incorporarse, la distancia entre el banco y él pareciendo agrandarse incluso cuando se apresura hacia el edificio, y tiene la sensación de estar atrapado en una de esas interminables danzas tribales de caza, con él de presa designada con cabeza de búfalo — presa auténtica o falsa, sin duda es lo mismo—, sus agitadas piernas entumecidas, como el plomo ya, y su voluminosa e incómoda cabeza pesándole sobre el cuello y bamboleándose por su cuenta, sin fuerzas para hacer otra cosa. No logrará cruzar, está muy lejos. Ya no puede incorporarse en su titubeante marcha en cuclillas, toda tumbos sin impulso, está sin aliento, ha perdido el sombrero, de un disparo probablemente, si es que le disparan, no está seguro, con la sangre martilleándole en los oídos, la vista turbia de sudor y desesperación.

Pero entonces, justo cuando empiezan a cederle las rodillas, tropieza con una vieja calesa con una rueda rota que no ha visto antes pero que en cierto modo se pone ahora a su disposición, pasa rodando por debajo para luego saltar sobre una barandilla de amarre y agacharse detrás de un porche de madera de unos treinta centímetros de alto, jadeante, apuntando con el revólver hacia los edificios del otro lado de la calle. Se limpia el sudor de los ojos con la manga de la camisa y escudriña los tejados, los rincones oscuros, el borde de las cosas. Nada. Lo mismo que antes. Una quietud de muerte. Lo único excepcional ahí fuera es su sombrero negro de ala ancha, tendido al sol como una sombra sin objeto, tan amenazador como un cartucho de dinamita con la mecha encendida. Alza la vista hacia la ventana con una costra de polvo por encima de él: ¡ORO!, se lee en descascarilladas letras doradas. OFICINA DE CONCESIONES. Es un viejo edificio con armazón de madera, no tan sólido como el banco, pero ahí es donde se encuentra y la puerta está abierta de par en par, fuera de sus goznes, de modo que toma impulso y entra de un salto.

Pega la espalda a la pared delantera y barre la estancia con el revólver, pero está desierta, con gruesas capas de mugre rancia, únicamente alteradas por la marca de sus botas y sus manos cerca de la puerta. Se desliza por la pared al suelo, los pulmones agitados por el esfuerzo, escrutando su refugio. Una estructura endeble y desolada con un techo que se derrumba y gran número de ventanas sin visillos a todo alrededor, ya salpicadas de agujeros de balas perdidas; difícil encontrarse en peor sitio. En el mostrador hay un cartel, COJA UNA, pero la caja de delante está vacía, las cartas que contenía esparcidas y cubiertas de polvo allí donde han caído, como diciendo que la veta se ha agotado hace mucho. Ve una carta junto a su bota, boca abajo. Mejor sería dejarla ahí. Una vez conoció a un hombre instruido, un jugador que después de limpiar millones en el río se dirigió al Oeste para obtener ganancias aún más fáciles y succulentas y ganó otro montón de millones hasta que perdió no ya la suerte, sino la capacidad de controlar su suerte, y lo que le dijo una noche frente a la última cerveza que recuerda haber bebido fue lo siguiente: Si has perdido el tacto de la baraja, hijo, y debes descubrir una carta a ciegas, no la descubras. Pero él lo hace, sabiendo cuál es incluso antes de volverla, una carta que ya le han dado antes. Hay unas coordenadas escritas en el anverso, con números y cifras que no alcanza a entender, pero donde se cruzan en la esbelta cintura negra se lee una palabra: *SALÓN*.

Se guarda en el bolsillo la carta de dos caras tras haberle quitado el polvo frotándola en los pantalones, piensa en la soledad, en su sempiterno deseo de soledad, pero que ahora no puede e incluso no quiere realizar, y se vuelve a mirar por la ventana delantera, más allá del cartel ORO al revés (la pintura dorada es negra y grasienta desde dentro), hacia el viejo salón de la ciudad en la otra acera, con su letrero colgante, sus puertas batientes como alas plegadas, sus visillos aún blancos. Es una especie de provocación, un desafío, lanzado exclusivamente para él, lo sabe, aunque la carta haya estado allí desde siempre y cualquiera que pasara podría haberla recogido. También es sin duda una trampa. Probablemente una ratonera en la que se han escondido todos, esperando el momento oportuno con anchas sonrisas melladas en sus rostros destrozados, conscientes de que él, como la mosca atraída por un zurullo, llegará con toda seguridad porque es quien es y no lo puede remediar. Pero ¿y si pudiera, y si les dijera que se fueran a hacer puñetas y se levantaba y se largaba de aquel apestoso agujero? No daría resultado. Fuera donde fuese, la ciudad seguiría allí, el salón frente a sus ojos como una acusación y una burla. No si, como le dijo una vez un buscador de oro, sino cómo. Bueno.

Aquel tipo moribundo también declaró que la buena noticia es que todo pasa. O que alguien había pasado.

De modo que vuelve a guardar el revólver en la funda, sale al porche con zancadas acompasadas, baja a la calle polvorienta, sin apresurarse, pasa frente a la calesa arrodillada hacia él con la rueda rota y, un poco más allá, su sombrero abandonado, tendido allí en medio en su negra y arrugada soledad (¡Soledad!, exclamó un día un viejo y maloliente trampero con un bufido atribulado: Claro que la ansiamos, chico, es el señuelo que nos ha traído aquí, pero no es más que una ilusión, como encontrar una montaña de oro o unos putos ángeles), pero ya no frena su avance, ya no tiene miedo de lo que podría estar oculto en las cosas o detrás de ellas, hasta que llega a la acera de tablones frente al salón. Allí se detiene bajo la cegadora luz del sol, separa las piernas y grita a pleno pulmón: ¡Vale! ¡Ya estoy aquí! ¡Salid si no estáis cagaos de miedo! El eco de su áspera voz resuena en el vacío, como si se encontrara en el fondo de un cañón, y es la única respuesta que recibe. Está tan reseco que apenas puede articular palabra, la frenética carrera desde la cárcel ha absorbido todos sus líquidos, de modo que decide haber dicho todo lo que tenía que decir. Sube a la acera de tablones y avanza hacia las puertas, los tacones de sus botas resonando en la madera, luego se echa a un lado para mirar por la ventana. Nada sino una lóbrega oscuridad llena de polvo y telarañas, ahí dentro. Muebles rotos por todos lados, lámparas y botellas hechas añicos, el viejo piano de cola caído hacia delante como para morder el suelo con su triste dispersión de dientes desportillados, unos tirantes amarillos que sobresalen de una escupidera de bronce volcada como entrañas de pollo derramadas.

Da un paso atrás y considera todo eso, mira alrededor. El único signo de vida es su propio sombrero en medio de la calle desierta. Se ha equivocado en todo. La ciudad está abandonada. Aparte de él no hay nadie. Le flaquean los hombros y se da cuenta de lo cansado que está, un cansancio que no sólo obedece a los esfuerzos físicos sino a todas las difíciles reflexiones que ha realizado. En lo único que tiene ahora que pensar es en encontrar algo húmedo para despegarse la lengua del cielo del paladar. Ya se ocupará luego de buscar un caballo. No sabe dónde encontrar uno de esos animales, pero si queda algo de beber en la ciudad tiene que estar al alcance de su mano. Da media vuelta para entrar en el salón y las puertas batientes se abren de pronto y le dan un golpe en plena cara, enviándolo tambaleante hacia atrás, cabeza abajo, a la calle. Apenas alcanza a ver algo por la tremenda fuerza del golpe que le arranca lágrimas en los ojos, pero logra disparar hacia las puertas

incluso antes de morder el polvo. No hay nadie, desde luego. Las puertas se sacuden un momento sobre sus goznes y luego se quedan quietas. Se toca la nariz. Sí, rota. No por primera vez. No es una estructura hecha para este territorio.

Mientras yace allí de espaldas con un dolor palpitante en plena cara, se da cuenta de que la ciudad lo abandona y se lleva consigo el día. La oficina de concesiones, las ruinas de la cárcel y el campanario de la iglesia ya están bastante lejos, sus largas sombras oscureciendo el desierto. El banco va después, arrastrando sus puertas. El establo y la tienda. Toca la carta en el bolsillo para asegurarse de que sigue ahí, considerando que representa todo lo que ha ganado con sus solitarios afanes, todo lo demás fantasía y obsesión, el naípe sólo una señal de ellos. El salón es lo último que se aleja, como supervisando la retirada general, y cuando el local, a su vez, se encuentra a cierta distancia, el visillo de encaje de la ventana de arriba ondea brevemente como diciéndole adiós. Y entonces es de noche, y no hay nada que ver aparte del cielo negro acribillado de agujeros de estrellas en lo alto.



ROBERT COOVER (1932) es profesor de escritura electrónica y experimental en la Universidad de Brown. Es autor de obras de teatro, cuentos y novelas entre las que destacan *El hurgón mágico* (1969), *Azotando a la doncella* (1982), *La fiesta de Gerald* (1986), *Sesión de cine* (1987) y *Ghost Town* (1998). Su obra ha merecido numerosos premios entre los que destacan el premio William Faulkner, el American Academy of Arts and Letters y el National Endowment of the Arts. Su obra ha sido traducida a veintisiete idiomas.